

PARTE I

El día era frío, apropiado para quedarse en casa junto al fuego del hogar.

Ebrá no podía apartar la mirada del rostro de su padre, del hombre al que iban a ejecutar en la horca cuando el Lector de la sentencia acabara de enumerar los delitos por los que le habían condenado. Lloraba y sentía desesperación, angustia y miedo. Desesperación, porque su padre iba a morir injustamente, angustia, porque le quería, y miedo, porque se quedaban solos.

La plataforma de madera sobre la que su padre esperaba el momento de su muerte se alzaba sobre las cabezas de la multitud que se había congregado en la Plaza de las Ejecuciones. Dos maderos verticales y uno horizontal sostenían las cuerdas en las que se colgaban a los condenados. Aquel día solo iba a morir un hombre, pero había ocasiones en que se ejecutaba a cinco reos a la vez pues cinco eran las cuerdas preparadas en el madero. El verdugo, un tipo delgado, de rostro ratuno y sonrisa perversa aguardaba impaciente a que el Lector finalizase su interminable parlamento.

Cualquier ejecución era un espectáculo y los ciudadanos acudían con agrado a contemplar los ahorcamientos de malhechores, ladrones y asesinos. Diariamente, bien de mañana, se cumplían las sentencias que dictaban los jueces en nombre de su majestad la Emperatriz, salvo que lloviese mucho o hubiese otro espectáculo mejor. En esos días, los ahorcamientos se celebraban en los patios de las cárceles, sin público.

Ebrá recibió un codazo en el brazo y alguien le empujó con violencia. Por un momento, su mirada se desvió del rostro severo y firme de su padre. La gente, a su alrededor, gritaba, maldecía, insultaba al reo con desprecio y rencor, le tiraba verduras podridas y reía cuando alguna le acertaba. El verdugo maldecía a la gente mientras retiraba los restos de los vegetales estropeados. Él tan solo buscaba la mirada de su padre.

Tres filas más adelante se hallaba su madre. Ebrá vio su cabello negro recogido en un moño bajo y un esbozo de su rostro cubierto de lágrimas en el que la desesperación dibujaba muecas de dolor. Quería estar con su marido en los momentos finales de su vida. Quería estar allí y maldecir a la Emperatriz, a los jueces, al verdugo y a cuantos jaleaban la ejecución. Eso era lo que le había dicho: “- Sus rostros, Ebrá. Acuérdate de sus rostros -.” Le había insuflado su odio con breves y duras palabras. Pero su firmeza y valor se estaba derrumbando. Lloraba como él mismo lo hacía en aquel instante.

El redoble alto de un tambor oculto entre la multitud acalló los gritos por un instante y el Lector aprovechó la ocasión para hacerse oír:

- ¿El reo tiene algo que decir?

Era una pregunta retórica, algo que se decía sin esperar respuesta alguna.

El verdugo acercó un taburete bajo la soga y escupió sobre la tarima.

- ¡Sí!

La voz del reo sorprendió al Lector por la contundencia de la respuesta. Era un tipo corpulento, de escaso cabello, barba recortada y modales rudos, y le incomodó sobremanera la disposición del hombre a hablar en público. Sin embargo, no podía negar la última voluntad del reo expresada en alta voz pues la misma tradición imponía estas normas.

La gente calló deseosa de escuchar qué tenía que decir alguien que iba a morir momentos después.

- Bien. ¿ Qué quieres decir?

Ebrá buscó la mirada de su padre, pero éste no quería mirarle, ni a su madre tampoco. Alzó la vista para contemplar las fachadas mohosas de la plaza, al cielo azul que miraba por última vez, a las aves que se escapaban de los aleros.

- Date prisa, no tengo todo el día -. Exigió el Lector.

El condenado, sin mirarle, con los ojos fijos en el infinito, exclamó alto y claro:

- ¡Soy inocente y leal!

La muchedumbre estalló en un alarido de indignación. Algunos le tiraron las verduras podridas que les quedaban.

- ¡Eso dicen todos! -. Bramaban.

- ¡Siempre son todos inocentes!

- ¡Ah, Cállate y muere! ¡Maldito asesino!

Aunque los delitos que habían llevado a la horca a su padre nada tenían que ver con el asesinato, la muchedumbre le acusaba de ello. Así era más fácil odiarle. A la gente no le importaba que se impartiera justicia, le importaba el espectáculo que se les brindaba con cada nueva ejecución.

El verdugo se adelantó y empujó al condenado que tenía las manos atadas a la espalda y, aunque era más grande y fuerte que éste, no se resistió ni impidió que le arrastrara hasta el taburete.

Ebrá ya no pudo reprimir más sus sentimientos.

- ¡Padre! ¡Padre!

Sus gritos debían ser inaudibles para él pues la muchedumbre gritaba, reía, maldecía e

insultaba al unísono. ¿Cómo iba a escucharle? ¿Cómo sabría que estaba allí y que le quería?

El verdugo le hizo auparse en el taburete y él mismo se subió a una escalera para colocar la soga alrededor del cuello del hombre. El Lector contemplaba las maniobras del verdugo con desgana. Luego, ajustó la cuerda, bajó de la escalerilla y dio una patada al escabel.

La multitud estalló en un rugido de aprobación.

Ebrá cerró los ojos y sintió frío en el alma.

Cuando los volvió a abrir, su padre se balanceaba en la horca. Sintió que se desmoronaba, que todo el dolor que acababan de causarle acabaría con su vida allí mismo, rodeado de gente vociferante, perversa, rabiosa y desconocida.

Un hombre corpulento le empujó y le distrajo.

- ¡Bah, ya está todo visto! -. Retrocedía para irse cuanto antes de allí.
- Sí. No ha dado mucho espectáculo este miserable -. Dijo otro personaje, sucio y harapiento como un mendigo.
- Te acuerdas del de ayer...aquello sí que fue bueno...se le salió la lengua un palmo...- la risa grotesca y maliciosa que siguió a las palabras del hombre corpulento asquearon a Ebrá, al que le faltó la respiración y le entraron náuseas.

Una mujer de cabello encrespado y manchas en el rostro rió con estridencia. Llevaba un niño de corta edad colgando del brazo.

- Ves. Eso es lo que les ocurre a los niños malos...

Una vez cumplida la sentencia, la gente se marchaba e iba dejando huecos por los que Ebrá se fue acercando hacia su madre.

Padre dejó de balancearse en la horca mientras el verdugo recogía el taburete y la escalerilla, el Lector de sentencias abandonaba el estrado y los guardias se impacientaban pues el aire era frío y el hierro de los cascos les helaba la cabeza.

Cuando Ebrá alcanza a su madre le toca el brazo y ella ni se inmuta. Sabe quién lo ha hecho pues es un contacto tan habitual que no hace falta que mire. Se fija en su rostro sereno. No ve odio, ni dolor, ni rabia, ni enfado. Solo ve sus ojos azules fijos en la figura del ahorcado, de su marido. Bajo los párpados se distinguen claramente rastros de lágrimas en un rostro sucio, pero sus labios y su cara están serenas.

- Madre...- susurra Ebrá.
- Hijo....

Sí. Está muy triste. Su voz es una llama que se extingue aunque en su cara ninguna mueca delate sus sentimientos.

Sin darse cuenta se han quedado solos. La guardia que custodiaba el estrado se ha marchado con el Lector de sentencias, el verdugo se ha metido en su agujero y los espectadores han vuelto a sus quehaceres cotidianos.

Padre cuelga en la cuerda.

- Hijo, ven, vamos a bajarlo.

Una mirada triste de madre le saca del sueño. Por un momento, Ebrá se había quedado vacío, sintiendo que aquel frío y aquella mañana no habían ocurrido.

- Sí, madre.

Caminan hacia los peldaños para subir al estrado. En el suelo hay porquería, restos de frutas, pedazos de suelas de zapatos, bolsas raídas y vacías que alguien ha perdido. Los ladrones aprovechan cualquier oportunidad para ejercer su oficio.

Ya están subiendo los escalones del cadalso cuando una voz les detiene.

- ¿Eh, adónde vais?

Es el verdugo de la sonrisa de rata. Huele a sudor agrío y a mugre corrompida.

- Es mi marido -. La voz de la mujer es firme y valiente.

- Me importa una mierda quién sea. ¿Qué queréis hacer con él?

- Queremos llevarlo al Árbol de la plaza.

- ¿Al Árbol de la plaza? Pagan muy bien por un cuerpo joven como el suyo -. replica el verdugo.

- ¿Quién?

- No es asunto tuyo.

- No venderás a mi marido -. La voz serena y dura de madre enorgullece a Ebrá.

- Aunque sea tu marido, es mío. Así es la ley -. Sonríe el verdugo. Poco le importa que sea una esposa triste y dolorida que acaba de asistir a la muerte de su esposo en la horca. Con la piedad no se come, ni se bebe buen vino en la taberna.

- Pues quédate con la ley y dame a mi marido.

La voz de madre es tranquila, clara y amenazadora. Ebrá se sorprende al captar el tono amenazador pues nunca lo había escuchado en su boca. Madre siempre es dulce y cariñosa con él, con sus hermanos, con su marido, con los vecinos y con todo el mundo. Nunca hubiera creído posible semejante fuerza, semejante vigor. Da miedo a quién no la conoce.

El verdugo le sostiene la mirada unos segundos pero cede rápidamente. Una mueca de inseguridad cruza su rostro odioso.

- Está bien. Te lo entrego, pero deberás compensarme.

Los ojos de madre le observan con fijeza.

- No habrá compensación -. Dice con seguridad.

El verdugo baja la cabeza derrotado, quizás humillado.

Madre lo aparta bruscamente y Ebrá la sigue orgulloso de ella.

El cadáver del padre le deja impresionado. Desde tan de cerca, desata recuerdos de caricias, de palabras bondadosas, de conversaciones olvidadas. Recuerda como le hablaba de su vida cotidiana, del trabajo de carbonero con Marlon, su compañero de oficio, de cómo le protegía de los niños de la calle, de cómo alababa su escasa pericia. La voz reverbera en su memoria. Hasta hace unos días era un hombre feliz, tranquilo, preocupado únicamente por llevar comida a casa, por hacer de la vida cotidiana de sus hijos una vida mejor. Ahora solo es un cuerpo colgando de una triste cuerda.

Madre lo abraza.

- Ebrá, ayúdame a bajarlo.

No lo abraza, lo eleva para que él corte la cuerda. Madre ha traído un cuchillo y lo ha dejado sobre el estrado.

- No voy a llegar si no encuentro la escalerilla.

Ebrá mira a su alrededor. ¿Dónde la habrá dejado el verdugo?

- Ebrá, ven. Sostenlo tú y yo cortaré la cuerda -. Dice madre.

Ebrá obedece. Toma las piernas de padre y lo alza. Están calientes aún. Siente que su corazón se estremece. Pesa mucho y casi no puede sostenerlo cuando la cuerda cede. Las mazmorras y la tortura no consiguieron debilitar su cuerpo. Madre tira el cuchillo y le ayuda. La rigidez aún no ha llegado y su cuerpo cae sobre las tablas. Madre llora y acaricia su rostro amoratado. No dice nada. No suspira ni se queja. Tan solo llora.

- No es justo mamá... - susurra Ebrá. No, no ha sido un castigo justo. Decían que había robado, que se había aprovechado su trabajo y de la confianza de sus amos para engañarles. Pero nadie ha dicho qué es lo que ha robado. El Lector de la sentencia ha hablado de robo. Solo de eso. Padre no es un asesino. Padre no es un ladrón. Le han matado la maldita Emperatriz y sus leyes injustas.

- No, no es justo, Ebrá -. Responde madre y suspira. - Llevémoslo de aquí antes de que el verdugo se arrepienta y la codicia pueda más que el miedo. Yo lo cogeré de los brazos y tú de los pies.

Bajan las escaleras del cadalso con dificultad. La gente pasa y les mira sin ayudarles. Unos escupen, o ríen, otros simplemente murmuran. El día menos pensado pueden ser ellos los que cuelguen de esa horca instalada en la plaza. Nadie puede estar seguro en

la maldita ciudad de Adentor, con el gobierno corrupto y malvado de la Emperatriz y sus malditos gobernantes.

El Árbol de la plaza no está lejos, dos calles más allá. Es un solitario olivo centenario de frondosas ramas, erguido sobre un círculo de tierra blanca y dura, rodeada de adoquines grises, al que acuden las gentes del barrio para honrar a sus muertos. Las fachadas grises de las casas rodean la plaza con ropa colgada en barras clavadas entre las piedras, las ventanas abiertas con los postigos de madera y hombres y mujeres asomados y charlando de sus problemas diarios. Les ven acercarse y tuercen el gesto. No es usual que alguien que no es del barrio alcance el Árbol. Un hombre delgado y de rostro severo hace ademán de dirigirse hacia ellos, pero la mujer que tiene al lado le coge del brazo y le susurra algo. El hombre se gira y les da la espalda. No hay inconveniente alguno en entregar a padre al Árbol.

Aunque hace frío, suda, y su madre también. Un pequeño esfuerzo más y ya estarán. La sombra del olivo es acogedora, tierna, y a pesar del frío Ebrá siente el cálido abrazo de los recuerdos dulces y profundos de su padre, de su mano grande y agrietada, de la sonrisa sincera de su última nieve, del ánimo con el que lo jaleaba el día en que compitió en aquella carrera con los vecinos del barrio.

– Déjalo Ebrá. No tenemos sudario pero mi chal servirá.

Madre suelta a padre sobre la dura tierra. Se quita el viejo chal que cubre sus hombros y tapa el rostro de padre. Luego, se levanta y sonrío tristemente.

– Vamos fuera, hijo. El Árbol reclama su cuerpo.

Cuando sale de la sombra, siente frío en el alma. El cuerpo se ha quedado bajo las ramas y casi al instante las hojas grises se estremecen. Lentamente. el hombre se diluye y la tierra absorbe su sustancia y su espíritu para llenar la savia del olivo. Ebrá siente que su corazón se rompe y se forja de nuevo mientras padre desaparece.

– Bajo la sobra del Árbol recordaremos a tu padre, Ebrá. Vámonos. La vida debe seguir y no va a ser fácil.

La mano de madre se apoya en su hombro. No. Nada va a ser fácil.

Ebrá mira la ropa vacía que algún mendigo sin escrúpulos recogerá antes de que los limpiadores la tomen para quemarla. Eso es todo lo que ha quedado de él, murmura.

Madre camina a su lado. Es una mujer fuerte, hermosa, serena y tranquila. Sus cabellos negros, ahora sucios y recogidos en un moño en la nuca, lucen cuando se los lava, y sus ojos dicen más que sus labios. Tiene pecas en su mejilla izquierda y unos

labios bonitos. Debe tener frío ahora que se ha quitado el chal. Solo lleva una camisa amarilla abotonada hasta el cuello y la falda larga y gris, común entre los humildes de Adentor. Camina rápido. Ebrá no se había dado cuenta de que iban deprisa hasta que no ha tropezado la segunda vez. Quiere volver a casa. Sus hermanos se han quedado solos y aunque ya tienen edad más que suficiente para cuidar de sí mismos, madre no quiere dejarlos más tiempo solos. Crina y Saum. Sus hermanos. Ellos sí que son hermosos, no como él que es bajo, feo, torpe y con una nariz tan grande que casi no le cabe en la cara. ¿Cómo se tomaran la muerte de padre? Nada les habían dicho para que no se alarmasen. Solo lo sabía él y había querido asistir a los últimos momentos, aunque había sido horrible y padre no había querido mirarle. Toda aquella gente solo quería verle muerto. No le conocían, no sabían quién era ni lo que había hecho, ni les importaba que fuera inocente o no, ni justo o injusto, solo querían verle morir y colgar como una rama muerta. Para ellos era diversión.

- ¿Madre, por qué corres tanto?
- Apresúrate Ebrá.

Las calles del barrio que dejan atrás son estrechas, húmedas y frías, salpicadas de pequeñas plazas para los mercados o para dejar a los muertos en los Árboles del Luto; las casas tienen fachadas de piedra y pequeñas ventanas y son de varios pisos, viviendas en las que se amontona la gente en habitaciones diminutas y tristes. Y muchas de ellas son edificios de alquiler de los que los administradores obtienen buenas rentas con las que nutrir sus casas solariegas del barrio del puerto o de la zona del Circo. Padre siempre decía que quería llevarlos al campo, que la ciudad no era sana y que los ricos se hacían más ricos a su costa, mientras ellos se hacían cada vez más pobres. Pero madre no quería irse por alguna razón que no le han contado.

Tuercen la esquina y ambos se detienen de golpe.

- ¡Qué!

Crina y Saum están llorando acurrucados junto a una fachada. Alguien tira sus escasos muebles por la ventana del segundo piso. Allí vivían. El crujido de una silla le hace estremecerse.

- ¡Qué es esto! - . Brama madre.

Los niños escuchan su voz, la miran y se levantan rápidamente para agarrarse a sus faldas.

El hombre que tira los muebles sale con una banqueta y la tira al montón que hay en medio de la calle. No hay nadie más. A aquellas horas de la mañana raro es el día en que no hay cinco o seis corrillos de hombres y mujeres charlando o yendo a la compra,

o niños jugando, o riñas callejeras.

– ¿Qué ha pasado, hijos?

– Un hombre, madre...un hombre llegó y nos dijo que nos fuéramos...que esta ya no era nuestra casa...y dijo...- el niño comienza a llorar -...y dijo que habían colgado a padre...- se aprieta contra las faldas. A sus seis nieves nada más puede hacer.

– ¿Quién se ha atrevido? -. La ira de madre crispa su rostro.

Ebrá siente su cólera y por un momento siente miedo también.

De la puerta del domicilio sale un hombre delgado, vestido de negro, de rostro huraño, con los cabellos grises y una sonrisa cruel.

Madre aparta a los niños y se dirige hacia él.

– ¿Cómo osáis echarme de mi casa?

– No es vuestra casa ya. El dueño no os quiere en ella. No habéis saldado vuestras deudas en dos meses y ahora que tu marido ha fallecido ¿quién las pagará?

Madre mira al hombre con rabia, con ganas de estrangularlo en aquel instante. Ebrá toca su brazo. No puede perderla a ella también.

– Le dimos cuanto teníamos y siempre hemos saldado las deudas. Teníamos que recibir un cerdo pero se han retrasado...

El hombre se encoge de hombros:

– Ese no es mi problema. El dueño me ha dicho que os eche.

– Pues iré a hablar con él.

– Se ha marchado.

– ¡Dejadnos en nuestra casa!

– ¡No! ¡Y no me gritéis o llamaré a los guardias!

Dos hombres corpulentos que portan cuchillos envainados salen de la oscuridad de la puerta. Una vieja cuna vuela y se destroza contra los adoquines de la calle.

Madre se lleva las manos a la cara pues no quiere que vean su rostro desesperado.

Marlon sube por la calle. Es alto y fuerte. Era amigo de padre. Las manchas de carbón aún se distinguen en su rostro barbado.

– Madre, viene Marlon.

Madre observa la llegada del hombre y sonrío ligeramente.

Éste contempla el montón de viejos muebles malogrados y niega ostensiblemente.

– Me he enterado de esto, Valeria, y venía a ofrecerte mi casa.

Madre suspira. Crina y Saum se han pegado a su falda de nuevo. El hombre de negro es un espectador mudo de sus palabras.

– ¡Oh, Marlon!...¿Qué dirá Dunia?

– No me importa lo que diga. No os puedo dejar en la calle, aunque ellos sí puedan –. Le dirige una mirada envenenada al hombre de negro y sus secuaces – Los pobres y honrados trabajadores no somos así.

El hombre al que se dirigía abre los labios para escupir.

– Yo también soy un hombre honrado – dice – y este es mi trabajo. Los dueños hacen lo que les place con sus propiedades y yo solo cumplo con lo que me exigen-. Se justifica aunque no es necesario.

– Pero encontráis placer en ello...- murmura madre mirándolo fijamente.

– Vamos, Valeria, dejémoslo estar y vayámonos a mi casa. ¿Niños?

Ebrá levanta la cabeza para observar al hombre que tira los muebles de su casa. Se ha quedado ensimismado mirándoles.

– ¿Ya has acabado tu trabajo? - Le grita el hombre de negro al verlo desocupado.

– Sí. Aquí no hay nada más, solo algunos platos y cazuelas.

Madre levanta la mirada. Esos utensilios son suyos. La ropa del arcón es suya. Les desahucian pero no se quedaran con sus pertenencias.

– No penséis que os daremos nada -. Dice el hombre de negro al intuir los pensamientos de Valeria.

– ¡La ropa es mía!

– Nos la quedaremos en pago de la deuda

– Pero...

– Lo haremos así, o ¿es que queréis seguir endeudada con el dueño? Podéis llevaros esos muebles viejos si queréis.

Madre le sostiene la mirada y niega. Las pobres sillas y la mesa se han roto, de lo demás mejor ni mirarlo. Ebrá tira suavemente de su brazo. Marlon espera. El hombre de negro hace su trabajo. Ellos no han pagado y no pueden vivir en aquella casa si el dueño no les muestra caridad alguna.

– Bueno, vamos. Mi casa no está lejos -. Les dice Marlon

Los vecinos asomados a las ventanas han sido testigos de cuanto ha ocurrido. Madre les dirige una mirada de odio. Nadie ha ofrecido su ayuda ni consuelo para los niños.

Le era muy fácil tropezar a Ebrá. Su torpeza rayaba lo inverosímil, como si los adoquines separados por amplios surcos se alzarán expresamente para hacerle trastabillar. Crina iba de su mano, Saum de la de madre. Marlon caminaba ante ellos. La gente seguía en sus cosas y no les prestaba atención. Seis calles más allá de su

anterior casa nadie sabía lo qué había pasado. ¡Estaban tan cerca de ellos y tan lejos de sus vidas!

Crina se secó las lágrimas.

– ¿Dónde está padre? -. Preguntó.

Quizás no había entendido bien lo que significaba colgar, pensó Ebrá.

– Padre no volverá, Crina.

– ¿No volverá? -. Suspiró el niño con inocencia.

– No, Crina, no.

El niño comenzó a llorar de nuevo.

– Crina, no llores. Muy pronto te llevaré a un sitio y podrás recordarlo.

– Yo no quiero recordarlo, Ebrá, quiero que me abrace.

Ebrá negó. Él no quería que le abrazase su padre, solo quería escuchar su voz, sentir su mirada, oír sus pasos, compartir su alegría.

Marlon ve a su esposa asomada a la ventana y la saluda. El rostro de la mujer se tuerce al observarlos. Ebrá no la había visto muchas veces pero recuerda que tiene un rostro alargado con unos ojos azules y una mueca risueña permanente. Eso no es lo que ha observado en ese momento. La mujer ha desaparecido al instante.

– No ha puesto muy buena cara -. Dice madre.

– Me da igual la cara que ponga. Sois la familia de mi amigo y no os puedo dejar en la calle.

– No quiero ser un problema para ti Marlon.

– Quiero ayudarte Valeria, quiero ayudarte por ti y por Randon.

Marlon se muestra firme. Sus ojos negros en un rostro curtido destilan determinación y algo de incomodidad.

Dunia sale a la calle justo en el momento en que iban a subir a la casa por la estrecha puerta del edificio. Hay hombres y mujeres que les miran desde otras ventanas y que están pendientes de cuanto dicen y hacen.

Su rostro no tiene nada de risueño ni de agradable como recordaba Ebrá. Se planta ante Marlon como si fuese una tapia y grita:

- ¡¿Por qué los traes aquí?!

– Son la familia de mi amigo, Dunia. No voy a dejarlos tirados en la calle -.

Responde el hombre sosteniéndole la mirada.

Durante unos largos instantes se baten en un silencioso duelo. Madre agacha la mirada para no incomodar a Dunia. Ebrá observa su gesto inteligente y callado. Crina y Saum atienden a la voz de la mujer rubia que interroga al amigo de su padre:

– ¿Y se puede saber en dónde se van a quedar? ¡No tenemos sitio! -. Exclama.

Marlon niega:

– Eso no es cierto. Tenemos una habitación para Valeria y los niños. Ebrá puede dormir en el suelo del comedor.

– Pero... ¿Y mis cosas?

– Tus trastos me los llevaré y los trocaré -. La voz de Marlon es tranquila, inalterable, firme.

– ¡No te atreverás!

– Puedes estar segura de que lo haré. Esta mujer y estos niños son más importantes que viejos objetos de latón y peltre.

– ¡Esos objetos son míos y yo no quiero deshacerme de ellos!

– Pues si no te los llevas tú, lo haré yo...- la conversación ha acabado para él y hace ademán de apartar a su mujer que les impide el paso.

Madre estaba abochornada y Ebrá no sabe hacia donde mirar.

– Déjame pasar, mujer. Tengo que hacer un hueco para que Valeria y los niños descansen.

Dunia se aparta a regañadientes y le lanza a Marlon una mirada feroz, indignada y vengativa. Ebrá va a decir algo, pero se lo piensa mejor al recordar que entre marido y mujer es más inteligente permanecer callado como hace madre.

Suben unas escaleras cortas de baldosas gastadas y se detienen ante una puerta entreabierta.

– Esta es mi casa. Os ruego que no tengáis en cuenta las palabras de mi mujer. Aprecio mucho sus cosas pero yo aprecio mucho más a las personas.

– No quería causarte problemas con Dunia, Marlon -. Dice madre.

– No es ningún problema. Se irá unos días con su madre pero pronto volverá, no te preocupes. No es la primera vez que discutimos.

Entran en la vivienda. A la derecha arde un fuego en la cocina de hierro bajo una olla humeante, y hay cazuelas y cacharros colgados por toda la pared. Una alacena contiene platos y vasos de arcilla. La mesa del centro de la habitación es para cuatro personas y cobija cuatro banquetas. La luz entra por la ventana abierta, por la que se había asomado Dunia. El suelo es de baldosas idénticas a las de las escaleras. Parecen frías y duras.

Una puerta a la izquierda lleva a otra habitación. La cortina marrón está recogida.

– ¡Ven Ebra, ayúdame a vaciar la habitación para tu madre!

– ¿Y Dunia? -. Pregunta.

– Si la conozco bien habrá ido a buscar a alguien para que le guarde los trastos. No va a permitirme que los cambie tan fácilmente...- ríe Marlon.

Efectivamente, una pareja de hombre jóvenes llega al cabo de unos minutos con Dunia y les ayudan a sacar los cacharros acumulados en la pequeña habitación. Son jarras de peltre, cuencos de arcilla, arcones viejos de madera carcomida, platos de loza, bandejas de latón, vasos de vidrio y de peltre que están bien cuidados y limpios, paños de lino y lana, y cajitas, muchas cajitas de madera o latón, incluso hay una que se asemeja al hueso. Los bajan a la calle y otro par de hombres se los lleva a un destino desconocido. Cuando la habitación esta vacía, Marlon tiende tres mantas anchas sobre el suelo y aún queda sitio suficiente para dejar los cubos para las necesidades.

– Tu vaciarás los cubos todos los días -. Le dice Dunia a Valeria con rabia en la voz. - Y traerás toda el agua que necesitemos. Somos muchos y el pozo está lejos -. Añade mirando a su marido.

La esposa de Marlon debe de haber reflexionado y ya no parece tan dispuesta a marcharse como horas antes.

– Dunia, sé que tienes mucha ropa. Hasta que Valeria no se consiga más, podrías dejarle algunas de las prendas que ya no uses. He visto que tienes el arcón del dormitorio bastante lleno de faldas y camisas, así como algún chal que hace mucho tiempo que no te veo llevar....¿ te parece?

Dunia fulmina con la mirada a su marido y a Valeria pero no dice nada. Le quitan la habitación y ahora la ropa. Está enfadada. Sin hablar va hacia su habitación y empuja a Ebrá que está en su camino.

El muchacho no se queja y mira a su madre que ha permanecido sentada en una banqueta durante el desalojo de los objetos. Parece tan triste y tan cansada. Sus hermanos parecen pegados a su espalda.

– Y tú, muchacho, a partir de mañana vendrás conmigo. Sabes que tu padre y yo teníamos un negocio en común. Repartíamos carbón. Nuestros cliente nos habrán echado en falta hoy, así que mañana me ayudarás. Tendremos tarea doble.

Ebrá sabe que padre se ganaba la vida arrastrando capazos y sacos de carbón para alimentar las cocinas de los ricos. Él no es muy fuerte pero ayudará al hombre que les ha acogido en su casa y que no les ha dejado tirados en la calle como ha hecho el resto de vecinos y conocidos. Su vida ha cambiado radicalmente en pocos días. Se han acabado los juegos, la holganza, la despreocupación. Ha de asumir su compromiso con

la vida.

– Ebrá te ayudará, Marlon. Será en pago por dejarnos vivir y alimentarnos a los cuatro y prometo que me esforzaré todo lo que pueda para ayudarlos -. Dice Valeria agradecida.

– Bien -. Sonríe Marlon. - No se hable más. Ahora vamos a comer. La olla que ha puesto Dunia siempre suele durar varios días, así que habrá suficiente para los seis.

No había amanecido cuando Marlon y Ebrá salieron de la humilde vivienda. El frío de la noche les recibió con vaharadas blancas.

- Menos mal que me has dejado esta chaqueta -. Le agradeció el joven. Era una chaqueta tosca de gruesa lana que le quedaba grande y le caía hasta los muslos pero que le resguardaba del frío de la noche.

– No querrías que te dejará venir conmigo con una simple camisa y unos calzones sucios. Aunque, esas sandalias que llevas – se las miró e hizo una mueca de disgusto – deben tener más años que tú.

– Sí, las heredé de mi padre. Calzábamos el mismo pie y me las dio cuando se hizo con unas nuevas -. Al recordar el momento en que padre le había entregado las viejas sandalias sintió que se entristecía.

– Debes tener buen pie pues eres más bajo que tu padre, muchacho.

Sí. Ebrá era más bajo que su padre, más débil y mucho más feo. Padre le había entregado las sandalias usadas para que no se hiciera daño en la piel con el duro cuero nuevo. Recordaba que se habían reído al calzárselas.

– Ebrá, no estuve en la ejecución para no tener problemas. ¿lo entiendes, muchacho? -. Marlon se justifica aunque no necesita hacerlo. Cualquiera comprendería que alguien podría reconocerle como socio de su padre y, aunque fuera inocente, bastaría una pequeña excusa para ajusticiarlo a él también. El muchacho asiente.

La calle está iluminada por las antorchas que colocan en las esquinas los serenos y los guardias de las noches. Deberán caminar un buen trecho y salir de la ciudad por la puerta del Circo de la Sangre para llegar al lugar en donde se amontona el carbón que traen de las minas o el que se produce en las turberas de los alrededores o el que con mucho esfuerzo fabrican los leñadores. El negocio de Marlon y de su padre consistía en adquirir sacos de carbón y venderlos o trocarlos en las casas de la gente pudientes. Tenían sus clientes y los encargados de las cocinas solo se los compraban a ellos pues confiaban en que el combustible era de buena calidad. En realidad vendían

confianza. Hacerse un buen cliente costaba años pues los responsables de las cocinas solían ser personajes recelosos a los que costaba mucho tiempo ganar. Ebrá no sabía nada de todo eso, así que atendía a las palabras de Marlon con interés. Quería ayudar a su madre y estaba muy agradecido de que el hombre les hubiera acogido en su casa a pesar de su desagradable y poco caritativa esposa.

Mientras caminaban, Marlon hablaba:

– Verás, Ebrá. Tu padre y yo siempre comprábamos turba a Ledión. Es la que quieren en la cocina de la Duquesa Carnesa y pagan bien por ella. Cada quince días le llevábamos buenos sacos...- rió -...está un poco lejos, pero Rulo, el cocinero, paga bien. Ledión tiene buen ojo con la turba incendiaria, ¡ya lo verás!

Iban despreocupados, tranquilos. Marlon había cambiado de compañero de trabajo, padre por hijo, pero no parecía importarle en exceso. La vida continuaba y había que sobrevivir. Por otra parte, Ebrá no sabía si sería capaz de transportar todo aquel peso sobre su espalda. Un saco de turba debía pesar lo suyo pensaba mientras le escuchaba.

Se cruzaron con gente y en ninguna ocasión se saludaron. Había calles peor iluminadas, así que escogieron las que ofrecían más seguridad. No siempre eran las mismas pues los guardias de las noches eran descuidados y, una veces encendían demasiado pronto las antorchas, y otras, simplemente, no las encendían.

Conforme se aproximaban a la puerta del Circo de la Sangre, los edificios de varias plantas en los que se apiñaban las gentes humildes se trocaron en viviendas únicas rodeadas de setos, vallas de hierro o ladrillo, o simplemente jardines. Las que parecían más fáciles de asaltar eran las más seguras pues, con toda probabilidad, algún mago vivía en ellas y había tejido hechizos protectores en el perímetro de la finca. También había patrullas de guardias que caminaban lanzas al hombro para socorrer a las posibles víctimas de cualquier atropello. En la zona de la ciudad en la que vivían nunca había visto soldados patrullando las calles para protegerlos.

Las Murallas de Adentor eran impresionantes. Ebrá intuía su tamaño a pesar de la noche, ya que se alzaban sobre las casas como acantilados negros hasta confundirse con el cielo oscuro. Cuando clareara, podría verlas. A pesar de vivir en la ciudad, rara vez había salido del barrio y, cuando lo había hecho, se había quedado embelesado al observar la muralla de más de cien metros de altura que protegía Adentor. Aunque, a decir verdad, el conocía muy poco de la ciudad en la que había nacido. Había visto, naturalmente, el Palacio Rojo y los ríos Blanco y Gris, y también la Colina Hueso y alguna que otra imponente mansión de duques o condes cuyo nombre no recordaba y,

claro está, el Circo de la Sangre, nada más y nada menos. Sabía que fuera de la ciudad había muelles a los que arribaban barcos cargados con toda clase de bienes y lujos procedentes de lejanas tierras, pero nunca los había visto. Algún día los visitaría. Si podía, claro. Adentor era muy grande y cobijaba más de un millón de personas tras sus imponentes muros. Pero primero había que preocuparse de comer todos los días. Marlon hablaba y él se había distraído en sus pensamientos.

-...Ledión no fía a nadie, así que debemos pagarle de inmediato...¿me escuchas, Ebrá?

El muchacho se detuvo.

- ¡Oh, lo siento, me había distraído!

Marlon puso mala cara.

- No te distraigas. No es un buen comienzo. Trato de enseñarte este duro oficio, así que atiende -. Dijo enfadado.

- Perdonadme, no volverá a ocurrir.

- Eso espero. Decía que Ledión es un avaro sin remordimientos. Hay que pagarle enseguida o nos echará a los perros. Solo te fía un día, nada más. Hoy he de pagarle lo que vendí hace dos. Espero que no se lo haya tomado a mal.

La preocupación que mostraba la voz de Marlon alarmó a Ebrá.

- ¿No va a pasar nada malo, verdad? No me gustaría que por culpa nuestra te vieses en problemas -. Dijo el muchacho con sinceridad.

- ¡Bah, no! No te preocupes. Protestará, nos insultará, eso es lo habitual en él, pero como le pagaré, no hará que nos peguen -. Dijo medio bromeando, aunque a Ebrá no le supieron a chanza sus palabras. De pronto había sentido un escalofrío recorriendo su espalda y no era precisamente por el ambiente gélido de la mañana.

El Circo de la Sangre era un muralla oscura sobre las casas. Las antorchas encendidas en las paredes iluminaban la parte inferior del inmenso edificio rectangular adornado con altas estatuas doradas de antiguos héroes.

Una patrulla de soldados salió de una esquina. Se pararon y los observaron pasar. Los guardias de la Emperatriz patrullaban las calles próximas al Circo pues últimamente algunos desaprensivos se habían atrevido a forzar las puertas del edificio para entablar combates furtivos aprovechando la noche.

Conforme se aproximaban a la Puerta aparecieron más hombres caminando hacía el exterior.

- Bien, Ebrá. A partir de aquí, pégate a mí como una lapa. Los carboneros nos agrupamos en cofradías y no es que tengamos muy buenas relaciones entre nosotros

precisamente.

- ¿Y eso, por qué?
- Porque nos robamos clientes. Se supone que cada asociación tiene asignada una zona de la ciudad, pero nadie lo cumple. La cofradía más fuerte abusa de las otras, se producen muertes cada día, ya te irás acostumbrando.
- Yo pensaba que este no era un trabajo peligroso.
- Y no lo es. Llevar carbón a las casas es fácil, pacífico, pero los hombres se han encargado de que sea peligroso y mortal. La codicia y la avaricia trastorna las mentes débiles -. Dijo Marlon con convicción.

En el rostro de Ebrá se podía leer el nerviosismo y la consternación.

- ¿Tienes miedo?
- Un poco...sí.
- Pues, como te he dicho, pégate a mí. No digas nada, no mires a nadie y no te pasará nada. Si escuchas que nos insultan, no respondas. Déjame a mí. ¿entendido?
- Sí...sí...no haré nada que pueda ponernos en peligro.
- Eso espero. A veces hay algún malnacido que quiere poner a prueba a los novatos. Lo mejor que puedes hacer es callarte, mirar a suelo y aguantar los insultos. Las palabras no te hacen ninguna herida sangrante ni te quitan la vida.

Ebrá asintió. Se había propuesto hacerlo desde aquel mismo momento pues pasaban bajo la alta bóveda de la Puerta del Circo. Los guardias cobijados en las garitas les dejaron pasar sin pedirles nada a cambio. Ellos estaban allí para verificar la entrada de gente, no la salida, y en aquel momento todos los hombres, mujeres y muchachos que llegaban allí era para salir.

La calzada empedrada comenzaba a vislumbrarse con la llegada de la aurora. Había una tenue claridad en el horizonte que aún no era suficiente para dejar a la vista los campos de los alrededores, las granjas, los silos y los comercios cerrados de los vendedores de extramuros. Gracias a las antorchas que llevaban algunos hombres se podía caminar por la calzada sin demasiado riesgo de tropezar con los desordenados bloques de piedra que la alfombraban.

Marlon buscó en los brazos de su chaqueta y extrajo dos pedazos de tela verde apagado por la oscuridad reinante.

- Nos las ataremos en el brazo derecho...somos del Verde -. Dijo sin detenerse mientras anudaba la tela en el brazo de Ebrá.
- Del Verde, sí.

Ebrá vio que había hombres con telas rojas, negras, azules, amarillas y blancas, y otros

como ellos que también las llevaban verdes. Eso le tranquilizó un poco. No estarían solos en caso de agresión.

La luz que crecía formaba los contornos de enormes montones de carbón. Las antorchas iluminaban los alrededores y algunos hombres ya acarreaban sacos sobre sus espaldas pues habían sido más madrugadores que ellos.

– Vamos, esa es la turba de Ledión.

Marlon se desvió del camino y caminó sobre una parcela de tierra sucia. Las sandalias del muchacho se hundieron en el polvo oscuro y le mancharon los pies. Había hombres con telas amarillas, negras y rojas que iban en su misma dirección. Se les veía a todos con las chaquetas manchadas y los pantalones sucios de carbón. Ebrá reparó en la ropa de Marlon. También estaba sucia; no se había fijado antes pues la noche ocultaba las formas y en aquellos instantes ya había luz suficiente para distinguir la suciedad.

Había de veinte a treinta personas frente a una gran montaña oscura de turba. El hombre que se suponía era Ledión era bajito, de rostro sonriente y cabellos canos. Estaba sentado frente a una pequeña mesa y miraba a los hombres con desdén y desprecio. Le flanqueaban dos musculosos guardaespaldas armados con garrotes. Tenía a su derecha sacos vacíos y palas amontonadas en el suelo. Y gritaba. ¡Y tanto que gritaba! Su voz era potente, estridente y cargada de rabia:

– ¡Vosotros, ratas piojosas, excrementos de Rugon! ¿Queréis mi turba? ¿La mejor turba de todo Adentor?...- no esperaba respuesta alguna -...pues que sepáis que no os la llevaréis si no me entregáis el valor de dos piezas por cada saco....¡Y por adelantado! -. Gritó.

Un murmullo recorrió a los hombres.

– ¿Qué dicen? -. Preguntó Ebrá preocupado.

– El precio es caro y no tienen el precio. Debe haberse producido un accidente en las montañas mineras y el carbón de piedra no ha llegado aún. Cuando hay escasez de carbón, la turba se encarece. Ledión es un maldito codicioso. Muchos no podrán comprarla hoy y se irán a casa sin nada.

Así era. Algunos de los hombres, maldiciendo su mala suerte, se volvían pues no podían efectuar el pago que exigía Ledión. Ebrá vio que Marlon se tentaba ligeramente la cintura. Allí debía llevar el precio. Otros de los congregados frente a la turbera sí disponían de suficientes piedras rojas o de intercambio para abonar el importe exigido. Fueron pasando ante él el comerciante y depositando en su importe en la mesa. Luego se llevaban su saco. En un momento dado, hubo un altercado. Un hombre empujó a otro y le insultó. Uno llevaba una tela roja y el otro amarilla. Los demás, incluidos Marlon y él

mismo se apartaron de inmediato para no verse involucrados. Los hombres se gritaron y comenzaron a darse puñetazos y patadas hasta enredarse en un abrazo que los llevó al suelo mientras los demás les jaleaban y algunos aprovechaban el despiste para avanzar su turno.

Ledión no hacía caso alguno de los que peleaban y seguía atendiendo a los que querían su mercancía como si nada ocurriese.

– Vamos Ebrá. Mientras esos estúpidos pelean compremos la turba y marchémonos antes de que se maten y venga la justicia.

Cuando el hombre que les precedía pagó el precio, Marlon avanzó con Ebrá al lado.

– ¡Vaya, por fin has aparecido! -. Exclamó Ledión con sarcasmo y mala intención.

– Ayer no pude venir, estuve ocupado.

– Ya estaba por enviarte a mis amigos...- hizo un gesto con la mirada indicando a los esbirros.

– No es preciso que envíes a nadie. Toma, lo acordado -. Marlon dejó sobre la mesa dos piedras rojas que desaparecieron al instante en la mano de Ledión.

– Bien. Te perdono el retraso -. Se burló. - ¿Y ahora, qué quieres?

– Solo tengo dos más -. Marlon le mostró las piedras.

– No es suficiente -. Negó con desprecio. Entonces se fijó en Ebrá. - ¿Y éste, quién es?

– Es el hijo de Randon.

– El que colgaron ayer.

Ebrá sintió un estremecimiento de rabia. Se había prometido guardar silencio pero el despreciable tono que usaba el mercader le enfurecía.

– A mi amigo lo ahorcaron ayer. No fue justo, Ledión. Me he hecho cargo de su hijo y de su familia. No iba a dejarlos en la calle. Danos la turba hoy y te abonaré lo que falta mañana. Sabes que siempre cumplo mi palabra.

Ledión miró a Ebrá con desdén. Con toda seguridad observaba la rabia en sus ojos ahora que ya había luz suficiente para ver los rostros detalladamente. Negó y sonrió a un tiempo.

– Lo hago porque se estrena hoy -. Murmuró. - Id y coged un saco cada uno. Lo que falta lo quiero aquí mañana. No quiero ni un retraso más -. Terminó de forma tajante.

– Mañana te traeré el precio, no lo dudes. Gracias Ledión -. Marlon se inclinó agradecido.

Ebrá no sentía gana alguna de darle las gracias al miserable mercader pero Marlon se

lo exigió con un fuerte codazo.

– Gracias, mi señor -. Dijo alto y claro.

– Mi señor...- Ledión comenzó a reír estruendosamente -...me ha llamado, mi señor....¡Maldita rata asquerosa!...¡Vete y volved mañana a por más!...- la risa era un estruendo tan irritante como malvado.

Marlon y Ebrá recogieron los sacos y se los cargaron a la espalda. No pesaban excesivamente pero la distancia que debían recorrer le pasaría factura seguramente pues no estaba acostumbrado a cargar mucho peso durante tanto tiempo. Cuando era muy pequeño se había roto la pierna derecha y cuando se esforzaba mucho le dolía horriblemente. En el barrio se había dedicado a hacer las habituales travesuras de la muchachada inculta y salvaje que habitaba las calles aunque no se había prodigado en exceso pues era un niño bastante tranquilo. Cuando fue más mayor, padre lo había colocado de aprendiz con un viejo zapatero y durante las últimas nieves había trabajado para él cumpliendo recados, preparando el cuero y haciendo cuanto le exigía el buen hombre. Pero éste había muerto meses atrás antes de iniciarle en los secretos de un buen calzado y había dejado el taller en donde se había instalado otro zapatero, más joven y con más energía que no necesitaba a nadie para cumplir con sus recados. Así que desde el Largo Invierno anterior se había pasado la vida vegetando, robando lo que podía y sesteando por los alrededores, procurando permanecer siempre lejos de la guardia de las calles.

Diez minutos después de cargar el saco parecía que el carbón había doblado su peso. Veinte minutos después, el sudor empapaba su espalda. Le sobraba la chaqueta y los pies habían crecido dentro de sus sandalias viejas.

Marlon se paró y dejó el saco en el suelo. Ebrá lo tiró más que soltarlo con suavidad. El adulto también tenía el rostro bañado en sudor y el halo blanco de su respiración lo envolvía.

- ¡¿Qué, Ebrá?! ¡Cómo pesa!

- Sí. No me lo esperaba. Parecía más ligero al principio.

Marlon se apoyó en la pared y observó a la gente que pasaba.

- ¿Está muy lejos la casa? -. Preguntó el muchacho colocándose a su lado.

- No demasiado.

- ¿Dónde vamos?

- A casa del magnate Varo.

Ebrá desconocía de quién se trataba. Se encogió de hombros pues el nombre no le sonaba de nada.

- Ya veo que no sabes quién es, ¿verdad?

El muchacho negó. Tampoco le importaba mucho.

- Es un nuevo rico. Ha hecho fortuna con la lana. Se ve que es amigo de la Condesa Fabriella y eso le ha permitido conseguir buenos clientes.

- La Condesa Fabriella es la dueña de Adentor -. Dijo Ebrá. Recordaba el odio que destilaba su padre cuando la nombraba.

- Es la dueña de Adentor y de nuestras vidas -. Murmuró Marlon con rabia. - No debería decirlo... - miró a izquierda y derecha para asegurarse de que nadie le escuchaba. Los ciudadanos iban a sus cosas y no prestaban atención alguna a dos simples carboneros que descansaban apoyados en una pared. - ...pero nuestra Emperatriz no debería haber dejado el gobierno del Imperio a la Condesa...- volvió a mirar a ambos lados de la calle -...pero esto no lo digas nunca en público, nunca se sabe quién lo puede escuchar.

Ebrá suspiró. Marlon tenía miedo. Tanto como su difunto padre. Se suponía que los gobernantes regían el Imperio porque estaba en su naturaleza hacerlo. Nadie debía tener miedo de ello. Al contrario, debía darles seguridad y confianza.

- ¡Ah, vamos, Ebrá! No nos queda mucho.

Cargaron los sacos de nuevo en sus espaldas y volvieron a andar.

La calle por la que caminaban desembocaba en un barrio nuevo en el que grandes mansiones lujosas habían brotado como setas en un otoño lluvioso. Hacía cosa de seis nieves atrás aquella zona era un entramado de callejuelas mohosas y sucias colmadas de gentes pobres, y en la actualidad se había convertido en una amplia zona residencial para los nuevos ricos de la ciudad. La propia Emperatriz había ordenado la reestructuración de la barriada y había obligado a sus antiguos habitantes a emigrar a otras zonas de la ciudad sino a otras capitales del Imperio. Después habían llegado las demoliciones y el desescombro y, a continuación, la construcción de las hermosas villas que jalonaban las calles para los amigos de la Condesa, la favorita de la Emperatriz.

Marlon se dirigió hacia una de aquellas espléndidas mansiones decoradas con altas columnas de mármol, estatuas pintorescas y amplios ventanales acristalados. Naturalmente, no iban a entrar por la zona principal sino por una puerta adyacente muy cerca de las cocinas.

- Vamos por ahí.

El muchacho obedeció. Estaba casi reventado. No podía dar un paso más cuando llegaron a unas escaleras que se hundían hacia una puerta blanca.

Un hombre apareció antes de que bajaran. Al abrir la puerta se había escapado una vaharada de aire caliente proveniente de las cocinas. Olía a estofado, a perdices en su salsa, a postres de azúcar caramelizado. A Ebrá se le hizo la boca agua.

- ¡Marlon! -. Exclamó el hombre.

El aludido dejó el saco en el suelo y Ebrá le imitó resoplando.

- Deben -. Le saludó Marlon.

- Aún nos queda un poco de carbón de tu visita anterior – pareció que se percataba de algo, titubeó y preguntó: - ¿No ha venido Randon?

Ebrá bajó la mirada para que no se le notase la súbita tristeza.

- No va a venir, Deben. Nunca más. Ayer lo mataron.

Deben abrió mucho los ojos y se notó que la sorpresa había sido ingrata.

- ¡Oh, lo siento, Marlon! Era un buen hombre. ¿Qué hizo para que lo mataran?

Ebrá no pudo contenerse y respondió antes de que Marlon lo hiciera.

- No lo sabemos señor. Ellos dicen que era un ladrón. Pero yo no lo creo...- Afirmó con rotundidad.

Deben observó a Ebrá y sus ojos se hicieron una pregunta:

- ¿Y tú quién eres?

- Es el hijo de Randon.

El hombre se quedó pensativo.

- No sabía que tuviera un hijo...¡Bah, no importa!...Bajad el carbón y os lo pagaré.

Ebrá y Marlon cargaron los sacos sobre sus espaldas y bajaron las escaleras poco a poco pues el cansancio mermaba su precisión.

Deben abrió la puerta y ambos penetraron en una sala oscura, cálida y atestada de agradables olores a comida recién hecha.

- Dejados ahí.- Deben señaló un lugar, junto a un saco casi vacío.

De la cocina llegaban ruidos de sartenes, cacerolas, gritos y quejas. Ebrá vio a varias mujeres y hombres afanarse arremangados con los utensilios de cocina. Preparaban el desayuno seguramente y no lo hacían para uno solo, evidentemente. El muchacho observó como un hombre cascaba huevos con una mano y los dejaba caer en una olla mientras tiraba las cáscaras a un capazo de mimbre. Una joven pasó con una fuente de fruta. Eran manzanas, uvas y peras que tenían una pinta muy apetitosa.

Deben se fijó en cómo miraba las cocinas Ebrá y le preguntó:

- ¿Te gustaría trabajar aquí?

La cuestión cogió por sorpresa al muchacho. No se había imaginado nunca trabajando entre fogones.

- No, no, Deben. No me lo tientes. Si entra en tu servicio nunca llegaré a hacer un buen hombre de él -. Dijo Marlon anticipándose a la respuesta del joven.

Era una chanza comprendió Ebrá al escucharles reír seguidamente.

- Bien, bien. No te lo quitaré. Esperad aquí y os traeré lo acordado.

Deben se fue un momento y enseguida regresó. Traía una bolsita de cuero flexible que le entregó a Marlon. Este no se detuvo a comprobar su contenido. Sabía que estaba bien.

- Bueno, vámonos. ¿Volvemos en tres días? -. Preguntó Marlon mientras animaba Ebrá para que se marcharan.

- Sí, dentro de tres días. Os espero -. Sonrió Deben mientras les acompañaba a la salida.

Subieron las escaleras sin mirar atrás.

- Es un buen cliente, Ebrá -. Dijo Marlon cuando estuvieron arriba. - Pero tu padre los tenía mejores.

- ¿Mejores?

- Sí. No eran potentados ni aristócratas recientes, él servía a mansiones nobles de antiguo nombre.

Ebrá arqueó las cejas sorprendido

- ¿Y no podríamos nosotros continuar con ellos? -. Lanzó la pregunta sin pensar. Imaginaba que como hijo de Randon las mansiones a las que aprovisionaba éste no tendrían inconveniente en que ellos lo hicieran como continuadores del servicio. Sería una manera de ayudar a Marlon que les había acogido en su casa.

El hombre le miró, sonrió y negó.

- Ya me gustaría, Ebrá. Ya me gustaría.

- ¿Y por qué no podemos hacerlo?

- Porque este negocio se basa en la confianza, y la confianza se gana con años de trabajar sin errores. Tu padre servía a las casas principales y no permitía que fuera nunca con él. Si alguno de aquellas sirvientes me hubieran visto ten la seguridad de que lo hubieran despedido de inmediato. Son personas desconfiadas, que se creen por encima de los demás, muy celosas de sus parcelas y que nunca permitirían que un desconocido se acercase hasta ellos sin tomar medidas adecuadas. Así que, ya ves, no podemos servir en las casas en las que lo hacía tu padre.

Eso sí que era malo para ellos. Marlon había hablado de confianza. Aunque no se lo dijo pensó en que él se ganaría la confianza que su padre había conseguido. Se lo demostraría. Pero primero había de saber de qué casas se trataba o a qué criados

debía conocer.

- Bueno, y aunque no pueda trabajar para esas personas, ¿de quienes se trataba?

Marlon dudó antes de responderle.

- Sé que tu padre proveía a la casa del mago Copec de Tiliun y a la de un poderoso mago de Ur llamado Valian no sé que más. Tenía más clientes, pero te confieso que nunca me habló de ellos. - A mitad de sus palabras calló y miró con detenimiento a Ebrá -. No se te ocurra ir a visitarles y decirles quién eres. ¿eh?

El joven negó pero el brillo de sus ojos delató que mentía.

Marlon refunfuñó.

- No he debido hablarte de ello. - Negó vehementemente. - No me desobedezcas. No sabemos nada de esa gente. Limitate a ayudarme y no te metas en líos.

- No lo haré, Marlon. No te preocupes.

El hombre lo observó atentamente.

- No me fío de ti. Tus ojos claman lo contrario.

No podía escapar de sus pensamientos, de su ansiedad, de sus planes.

- No lo haré, Marlon. Te prometo que no lo haré. Nos has acogido en tu casa y no pienso defraudarte.

Las palabras de Ebrá dejaron más tranquilo al hombre. No obstante, aún no confiaba plenamente en la sensatez del joven.

- Vámonos a la carbonera de nuevo. Tengo el precio para Ledión y prefiero pagarlo ahora, así nos ganaremos su confianza.

Marlon lanzó una última mirada a Ebrá. Este sonrió con tranquilidad. Ahora no iría a visitar los lugares que su padre atendía, pero dentro de un tiempo, cuando conociese bien el oficio, iría y les convencería de que él era un digno hijo de su padre.

Conforme fue avanzando el Largo Invierno, Ebrá aprendió a negociar con Ledión y consiguió mejores precios que el propio Marlon. No sabía cómo, pero lo hacía. El hombre estaba contento y el joven se volvió más atrevido.

- Marlon, he pensado que podría llevar una carga a los clientes de mi padre -. Sugirió el joven mientras caminaban con el saco a cuestas hacia uno de sus clientes habituales.

- Ya te dije que no es una buena idea. Esas personas habrán conseguido nuevos

proveedores de carbón y a estos no creo que les haga ninguna gracia que se los quites.

– ¡Pero eran clientes de mi padre! ¿Por qué no puedo recuperarlos? -. Exclamó Ebrá contrariado. Los éxitos que obtenía en la negociación con Ledión le animaban a recuperar el legado de su padre.

– ¡Eso es! ¡Tu lo has dicho! Eran clientes de tu padre, no tuyos. ¡Déjalo estar y no insistas más!

Otra respuesta sin argumentos. Estaba cansado de que Marlon no le explicase porqué no quería visitar a los clientes de su padre. ¿Es que no quería más trabajo? Muchas veces les sobraba tiempo para hacer dos y hasta tres encargos en una mañana e incluso podían trabajar por las tardes. Así que no era cuestión de tiempo. ¿Cuál era el problema? El joven fue a replicar pero se lo pensó mejor y calló pues Marlon se había portado muy bien con su familia y se merecía un respeto. Se limitó a refunfuñar y a maldecir el saco que le hacía sudar. Con el transcurso de los días se había vuelto más fuerte y parecía que la carga pesaba menos. Ya no tenían que descansar tantas veces ni fijarse por donde caminaba con detalle para no tropezar, así que observaba a la gente que pasaba por su lado mientras evaluaba sus profesiones y riquezas. Le contrariaba mucho que Marlon le negase siempre la posibilidad de recuperar los clientes de su padre, pues estaba seguro de que podía conseguirlo, así como había embaucado al tacaño de Ledión. No pensaba decírselo pero iría a visitarles. Sin carga, claro está, pero les diría quién era, les expondría lo que pretendía y, cuando estuviera seguro de que le comprarían, se lo comunicaría a Marlon, y éste no podría negarse. Aquella misma tarde pensaba dirigirse a la mansión del mago Valian que quedaba muy lejos de allí. ¡Padre tenía mucha fuerza y mucha paciencia! Pensó, pues desde las carboneras hasta la mansión del mago había más de tres horas de largo paseo con el saco auestas. Pero él iría descargado. Si conseguía al cliente, ya se preocuparía después del esfuerzo que haría para llevar el carbón.

– Estás muy callado, Ebrá -. Dijo Marlon que se había percatado del ensimismamiento del muchacho.

– ¡Eh, oh, sí! - Tartamudeó.- Es que estaba pensando en tu esposa, Marlon -. Mintió para no desvelar sus intenciones.

– ¿En Dunia? -. Marlon se paró para dejar el saco en el suelo y respirar algo mejor.

– Sí. No me gusta que os enfadéis tanto -. Ebrá también lo dejó y se pasó una mano sucia por la frente sudorosa.

– ¡Bah, no te preocupes! Forma parte del día a día de nuestras vidas. Tu madre y tus hermanos se han adaptado muy bien a mi casa y con tu ayuda tengo más que suficiente para alimentarnos a los cuatro.

– Pero madre y Dunia están todo el día juntas. No me parece que se lleven muy bien.

El hombre apretó los labios y negó.

– Tienes razón. Tu madre debería buscarse un trabajo para no estar tanto tiempo en casa.

– ¿Dunia se haría cargo de los niños?

Marlon negó.

– No, no lo creo. Quizás sería mejor que se lo buscara ella y no tu madre -. Se quedó pensativo. - Esta noche se lo propondré.

– No es una buena idea, Marlon.

– Bueno, quizás. Pero se lo propondré igual. Soy el dueño de la casa y no voy a permitir que haya problemas en ella. Dunia es mi mujer y ha de comprender que vosotros sois la familia de mi amigo y que no os puedo dejar en la calle. Cuando tengamos suficientes ahorros os buscaremos una casa para que podáis vivir solos. Dunia tiene que saber que vuestra estancia es temporal.

Ebrá pensó en los ahorros. El precio de su esfuerzo se lo quedaba Marlon. No sabía cuánto podía ahorrar con su trabajo ni cuánto tiempo haría falta para que se fueran de su casa, pero confiaba en él.

– ¡Vamos! -. Dijo el hombre.

Se cargaron los sacos y continuaron hacia la mansión que los necesitaba.

Había llegado el momento de hacer realidad sus planes. Como cada tarde, Ebrá salió de la vivienda y dijo que se iba al río, a pasear, a charlar con los nuevos amigos que había conocido en el Paseo de las Acacias, a mirar las barcas comerciales o a ver a la Guardia Blanca desfilando por las calles empedradas de la orilla. Llevaba una chaqueta raída de lana oscura, unos pantalones remendados y las sandalias de siempre. Se había lavado la cara sucia de carbón y colgado un pañuelo verde al cuello, como el que se anudaba del brazo para indicar su pertenencia a la asociación de porteadores. Le había dado un beso a su madre, atusado el pelo a sus hermanos y sonreído a Dunia, que se había limitado a gruñir. Marlon no estaba, así que no le preguntaría nada.

Estaba tan contento que si éste hubiera estado en casa le habría desvelado sus planes involuntariamente.

Las calles del barrio se sucedieron con rapidez y pronto llegó a una avenida más ancha que le condujo a un barrio más noble. Había mucha gente en las calles a pesar de que el cielo estaba gris y amenazaba lluvia. Los comerciantes vociferaban sus mercancías en tenderetes repartidos por la calle y había artesanos ambulantes que ofrecían sus productos a quienes parecían capaces de adquirirlos. Las mujeres de mala vida se ofrecían en las esquinas y soportales, y había mendigos, soldados y canallas mezclados con nobles, criados y gente común. Eligió la ruta más directa que le llevara a las mansiones de los magos sin pensar que debería atravesar varios puentes sobre los ríos Gris y Blanco, aunque no debería pagar nada mientras fuese de día. Se daría prisa y no dejaría que la noche le cogiese al otro lado. De noche, los guardias cobraban una tasa en especie o en piedras de cambio a los transeúntes que los cruzaban.

Cuando llegó a río Gris, se detuvo unos instantes para contemplar las aguas. Iban lentas y majestuosas, y se encontraban saturadas de embarcaciones ligeras de todo tipo que transportaban lo bienes que tanto necesitaba la ciudad. Era un río muy ancho y pensó que debería ser un nadador muy bueno el que quisiera atravesarlo aunque la corriente fuese tranquila una vez pasadas las cataratas del interior de la ciudad. Se unió a los paseantes y atravesó el puente cuyas balaustradas eran de vieja piedra gris gastada por los millones de manos que la habían acariciado.

La avenida de los grandes árboles llevaba hasta la zona de los magos. Allí ya se observaba el lujo y la riqueza con total claridad. Había perros más gruesos y mejor alimentados que él mismo, caballos cuya piel relucía lustrosa y hombres gordos cargados de joyas y ropas elegantes. Él estaba fuera de lugar allí pero nadie le dijo nada pues todo el mundo era libre de circular por la ciudad y estaba seguro que pensarían que era un simple criado cumpliendo un recado, aunque los criados que veía parecían señores riquísimos y de buena condición.

Entonces se dio cuenta de que tenía un problema. ¿Cual era la casa que buscaba?. Había muros y jardines por todas partes, personas elegantes a las que no se atrevía a preguntar y criados solemnes que casi le daban más miedo que una jauría enrabiada. Todos le parecían iguales. Eso no lo había pensado. ¿Quién le respondería? Bueno. A ver qué ocurría. Paró a un hombre de mediana edad, de porte principesco y barbilla alzada aunque vistiera las ropas de un modesto panadero.

– Señor, disculpadme, he de cumplir un recado. Busco la mansión del Gran Mago Valian. ¿Podéis indicarme cuál es?

El hombre le miró de arriba a abajo, musitó algo en una lengua desconocida, alzó aún más la barbilla y, sin responderle, se marchó.

Ebrá se quedó con un palmo de narices observando como se iba.

- ¡Eh, solo os he hecho una pregunta! Será maleducado -. Murmuró para sí.
- ¿Te ocurre algo, muchacho?

Un soldado vestido con ropajes rojos iba hacia él con cara de pocos amigos y una lanza brillante de pulido acero. Al menos no vestía la malla blanca de los peligrosos soldados de la emperatriz.

Ebrá bajó la mirada y con humildad respondió:

- Busco la mansión del Gran Mago Valian. Le he preguntado a ese señor...- señaló con la mirada la dirección que había seguido el hombre -...y no ha querido responderme. ¿Acaso vos la conocéis?
- ¿Y que busca un pordiosero como tu en este barrio? Te advierto que los ladrones tienen poco que robar aquí -. La voz y el porte eran una seria amenaza.
- ¡Oh, no! ¡No soy ningún ladrón! ¡No señor! Solo busco la gran mansión, señor.
- ¿Y para qué quieres saber dónde está esa casa, eh?

Ebrá dudó entre inventarse una mentira o decirle la verdad. Si el hombre decidía acompañarle se buscaría un buen problema pues nadie le conocía en la mansión. Así que decidió decir la verdad.

- Busco la mansión del Gran Mago Valian porque mi padre les llevaba carbón de la mejor calidad y, como ha muerto, he pensado que yo podría seguir con su trabajo si no hay inconveniente alguno.

El soldado le miró con detenimiento, tal vez valorando la certeza de la respuesta.

- Bien, parece que no mientes. - Decidió con aplomo y convencimiento. - No es nada extraño que un hijo quiera heredar los derechos de su padre. La casa que buscas es aquella de allí -. Señaló una de las que quedaba más lejos, al final del paseo de los árboles. - ¿Qué tengas suerte? -. Le deseó al final.
- Gracias señor -. El soldado se marchó con rapidez.

Ebrá estaba contento. Había tomado la decisión correcta y el soldado no había sido tan mala persona como podía suponerse.

Al cabo de un rato, Ebrá se enfrentó a una pequeña decisión. La mansión del Gran Mago Valian se hallaba tras un muro de más de tres metros de altura, de ladrillo rojo, limpio y cuidado, con una verja abierta en su mitad, dorada y brillante como el mismo sol. No había nadie que le diera el alto ni que le impidiese entrar y, sin embargo, sentía una aprensión incomprensible en su estómago. Había árboles despojados de hojas y

un largo sendero que se adentraba hacia una construcción oculta entre los setos y las ramas.

– ¿Por aquí pasaba padre? -. Musitó.

Se miró la ropa. No era muy decente para una mansión como aquella. Estaba seguro que el más bajo de los criados iría mejor vestido que él. Se miró los dedos sucios y apretó los labios.

– He llegado hasta aquí. ¿Qué hay de malo en seguir?

La brisa que emergía por la misma puerta era fría y no le invitaba a entrar precisamente. Pero ya había tomado la decisión, e incluso con miedo e incomodidad lo intentaría. Dio el primer paso.

– ¿Adónde pretendes entrar?

Una voz le detuvo en seco.

– Yo...yo...- tartamudeó mientras buscaba el origen de aquella pregunta.

Era un hombre cuyo rostro asemejaba al de un gato y Ebrá se preguntó si no sería uno de aquellos que había visto por los alrededores transformado en persona. Vestía una elegante levita azul brillante y unos pantalones negros anchos y vistosos. Sonreía, pero su sonrisa era forzada.

– Repito. ¿Qué pretendes hacer?

Ebrá reunió valor para hablar correctamente:

– Quería entrar en la mansión del Gran Mago Valian...mi padre...

– ¿Quién es tu padre? ¿A qué te envía tu padre? ¿No sabe que este acceso no es para gente como tú? -. Le lanzó las preguntas de sopetón mientras se acercaba para mirarle a los ojos directamente.

El joven se sintió incómodo y retrocedió.

– ¡Eh! Yo no lo sabía, señor...mi padre...mi padre está muerto, señor-. Respondió avergonzado.

El hombre torció el gesto y retrocedió un paso.

– Entonces tenemos un chico sin padre que pretende entrar por una puerta que no le corresponde en una casa privada, ¿no es así?

Ebrá pensó que le estaba preguntando si quería entrar a robar o hacer algo malo.

– Yo no pretendía hacer nada malo, señor...solo quería saber si podría seguir con el trabajo de mi padre...nada más que eso, señor....- soltó de corrido sin pensar.

– ¿El trabajo de tu padre? ¿En qué trabajaba tu padre para el Gran Mago Valian, si se puede saber?

– Le traía carbón.

– ¿Tu padre era Randon? -. Preguntó el hombre interesado.

– Sí señor. Mi padre murió, señor.

El hombre puso cara de disgusto y por un momento pareció que lo sentía.

– No sabía que hubiera muerto...hum...¿así que quieres traer carbón a esta casa, eh?

– Sí señor. Me complacería mucho hacerlo, señor...si no es ninguna molestia, claro está, señor.

Ebrá cayó en la cuenta de que estaba confesando todos sus intereses a un desconocido y no sabía si aquel hombre con rostro de gato era algún criado o pertenecía a la servidumbre de la casa.

– ¿Pertenecéis a la servidumbre del Gran Mago Valian, señor? -. Osó preguntar educadamente.

– Naturalmente, joven. ¿Por qué crees que te hago todas estas preguntas? Yo no voy preguntado por ahí a cualquiera que me encuentro, solo lo hago a los que pretenden entrar en la mansión de mi dueño.

Ebrá bajó los ojos avergonzado.

– ¿Solo preguntaba señor?

El hombre se frotó la barbilla y murmuró algo ininteligible.

– Bien...bien...ve por detrás...veremos que podemos hacer por ti.

Ebrá alzó la mirada iluminada de ilusión. Tal vez conseguiría el trabajo que Marlon había desechado una y otra vez.

– ¡Vamos...vamos...! Tienes que rodear el muro por ahí...no tengo todo el día para atenderte...¡Vamos! -. Le animó a que corriera.

Ebrá no pudo resistir la orden y comenzó a correr como le había exigido.

La parte posterior de la mansión era un enorme edificio tan elegante que Ebrá imaginó que los sirvientes del Gran Mago Valian debían ser condes, duques o nobles de mucho poder. La verja abierta, como en la entrada principal, invitaba a pasar al ancho paseo que llevaba hasta una puerta de madera gris y brillante. Los árboles que flanqueaban el paso estaban desnudos pero en el suelo de piedra no había ni una sola hoja. La hierba cortada con esmero tenía un color verde vivo y brillante, como si las heladas del Largo Invierno no le afectasen. Los setos de un verde más oscuro representaban extrañas formas circulares que a Ebrá le parecieron muy curiosas. Una nube tejieron sombras sobre la casa e hicieron que el joven notara el frío que hacía aunque el jardín lo contradijera.

La puerta gris se abrió y apareció el hombre con cara de gato junto a otro más

rechoncho y sonriente.

– Este es el hijo de Randon -. Le presentó.

El hombre grueso de cara redonda y aspecto feliz le dedicó una agradable sonrisa y cabeceó.

– Muy bien joven, ¿cómo te llamas?

– Me llamo Ebrá, señor.

– Este es Cosmin, mi estimado amigo, y yo me llamo, Directo. Él se encarga de la entrada principal y yo de las cocinas, como puedes suponer..

Ebrá se dio cuenta del delantal manchado que llevaba y de los rastros de sangre en las manos que se limpiaba en un simple trapo atado a su cintura voluminosa con un cordel.

– ¿Así que quieres traernos carbón como tu difunto padre, muchacho? -. Le preguntó directamente.

– Sí, señor. Esa es mi intención y a sus señorías les parece...

Al escuchar cómo les había adulado, ambos estallaron en una estruendosa risa.

– ¡No somos señorías, muchacho! ¡Ja,ja,ja! ¿Verdad que no, Cosmin?-. Le preguntó Directo a su compañero.

– Ni mucho menos. Solo somos leales siervos de nuestro señor....¡Ja,ja,ja!

Ebrá enrojeció abochornado. Se sintió incómodo y bajó la vista temeroso de haber metido la pata.

– Bueno, muchacho, no pasa nada. Un título es un título aunque no nos lo merezcamos.

El cocinero se puso serio de repente.

– Bien, no perdamos más tiempo. Si quieres traernos carbón, tráelo...¡Ah, pero que sea del mejor! No aceptamos mediocridades, ¿entendido?

Ebrá dudó al escuchar las palabras.

– Así, ¿Ya está? -. Preguntó incrédulo. Había sido demasiado fácil.

– ¿Que esperabas? ¿Felicitaciones? ¡Anda, vete! Tráenos carbón del mejor y te lo admitiremos. Y luego, ya veremos...- dijo con gesto muy serio el cocinero.

– Así es...anda...¡Vete, vete! -. Le urgió el criado con cara de gato.

Ebrá no pudo más que obedecer y corrió hacia la salida sin girarse.

– ¡Eh, muchacho! ¡El carbón tráelo aquí! ¡No vayas a ir por la puerta principal y te topes con nuestro señor y se disguste contigo! ¡Ja,ja,ja! -. Rieron ambos

Ebrá se dio la vuelta y les dijo:

– Sí, señores, eso haré...- se detuvo -...¡ah, y gracias, señores, muchas gracias!

Ambos cabecearon agradecidos.

Ebrá salió a la avenida. Era increíble. ¡Lo había conseguido! De ninguna manera se interesó por saber quién les había traído el carbón durante el tiempo en que su padre había faltado. No era cosa suya.

En cuanto se alejó de los barrios nobles y comenzó a considerar lo que había hecho, el miedo le entró a raudales. ¿Cómo se lo tomaría Marlon? Le había dicho unas mil veces que no tratara de recuperar a los clientes de su padre, que no era una buena idea. ¿Qué pensaría de él? Se angustiaba y, por otro lado, ¿cómo haría para conseguir el mejor carbón si no podía adquirir siquiera un gramo del peor que había sin que Marlon le prestara? ¿Y cómo lo transportaría? Aquella rica mansión estaba muy lejos de la Puerta del Circo de la Sangre en donde estaban los proveedores y ya era bastante pesado llevar la carga en la espalda a los clientes más cercanos como para alejarse tanto de las carboneras. Había sido un inconsciente. Pero su padre podía hacerlo. ¿Por qué no podría él? Llevaba su sangre. Se lo debía. Lo había visto sereno, seguro, tranquilo, justo en el momento en que iba a morir. Eso le recordó que había muerto injustamente y que aquel hombre que había sido su padre tenía valor y fortaleza. Él no sería menos.

Iba tan ensimismado que no se dio ni cuenta de la lluvia que comenzaba a caer hasta que se notó los pies helados en las sandalias viejas y se percató de que la chaqueta oscura se estaba humedeciendo demasiado.

Ya no estaba lejos de casa y todo era cuestión de hablarlo tranquilamente con Marlon. Él sabría qué hacer con Ledión y con el transporte. Por otra parte no se le había dado nada mal convencer a aquellos criados importantes. Había hecho poca cosa, era cierto, pero lo que había dicho había dado en la diana.

Cuando llegó a la puerta del edificio que habitaba oyó los gritos de Dunia. No los entendía, pero era el timbre de su voz, sin duda alguna. Ebrá se paró en los escalones, dudando de si entrar anunciando sus buenas noticias o callar, no fuera a empeorar las cosas. Marlon también gritaba. Por lo que decía, no podía deducirse que estuviera enfadado o irritado ni que estuviese su madre allí también, así que decidió subir e interrumpir la pelea.

Llegó a la puerta sencilla y la abrió sin pedir permiso para entrar, al fin y al cabo era su

casa.

- ...¡ O se va ella o me voy yo! ¡Te lo repito por última vez!

Fue lo primero que escuchó en boca de Dunia. Ésta le miró con aquellos ojos azules inmisericordes y le hizo una mueca de disgusto exagerada que afearon su rostro bonito y limpio.

Marlon también le miró y suspiró negando, como diciendo: " has llegado en mal momento".

Madre no estaba, Crina y Saum, tampoco.

Dunia estiró un chal que había sobre la mesa del comedor con un brusco movimiento, se lo colocó sobre los hombros y escupió:

- Me voy a visitar a Merquedes, cuando vuelva quiero a estos...- miró a Ebrá con desprecio -...fuera de aquí o me marcharé yo...¡No lo dudes!

- Pero Dunia...no seas así...- reclamó Marlon agobiado

- ¡No! -. Dunia se paró en seco, empujó a Ebrá que estaba quieto ante la puerta y apuntó con el dedo a su marido. - ¡No! Es la última vez que lo digo. ¡Esa mujer ha de estar fuera de esta casa a mi regreso o me iré y no volverás a verme más! ¿Queda claro?

Fue a irse pero Ebrá, inocentemente, le indicó:

- Esta lloviendo, Dunia.

- ¡Y a ti que te importa, imbécil! -. Le miró con odio y repugnancia, como si fuera un chinche al que quisiera pisar y se fue dando un sonoro portazo para que lo escuchara todo el edificio. En algún sitio se escucharon risas.

Nada más irse Dunia, Marlon se sentó en una de las banquetas. El fuego de la cocina estaba apagado y como estaba la ventana abierta hacía fresco en la habitación. Ebrá, que estaba mojado, no pudo ocultar un escalofrío. Sin embargo, el hombre no le miraba. Mantenía la cabeza baja y suspiraba. Ebrá se sentó frente a él. Lo que quería contarle con tanta urgencia ya no era importante. Su familia se había quedado sin sitio en donde vivir. No hacía falta más que ver a Marlon para comprender que así sería.

- Yo...lo siento, Marlon...cuando venga madre nos iremos. -. Alcanzó a decir. Le estaba muy agradecido pero no podía permitir que su matrimonio se rompiera por ellos. El hombre levantó la cabeza y le miró:

- Lo comprendes, ¿verdad? No tengo alternativa. No quiero que os vayáis, que os quedéis en la calle, pero no puedo permitir que Dunia se marche...- dijo abatido y triste.

- Ya has hecho mucho por nosotros. No podemos dejar que os separéis por culpa nuestra. Cuando venga madre, nos iremos. Buscaremos algún sitio donde cobijarnos

esta noche y luego intentaremos alquilar alguna habitación para los cuatro. Ahora no estamos igual que cuando mataron a mi padre. Tenemos algunas piedras ahorradas y algo podremos hacer con ellas.

Marlon le sonrió condescendiente.

Estuvieron hablando sobre las casas de huéspedes que había cerca, de si podrían pagar el precio de unas noches, de las viviendas que se alquilaban por allí cerca hasta que llegó Valeria con los niños. Nada más entrar, comprendió que algo malo sucedía. Era el propio aire, la falta de calor o la angustia y la tristeza que se respiraba allí.

– ¿Qué ocurre aquí? -. Preguntó mientras Crina y Saum se quitaban las chaquetas húmedas por la lluvia.

– Dunia nos ha echado -. Respondió Ebrá con reparo.

Valeria se quedó callada y pensativa mientras miraba a Marlon que había entristecido y le sostenía la mirada.

Crina cogió su mano y preguntó:

– ¿Nos vamos a ir de aquí? ¿Dónde iremos?

Dunia miró la cocina apagada y respondió:

– Sí, hijos. Nos iremos de aquí. En cuanto venga Dunia, le agradeceremos todas sus atenciones y nos iremos de aquí. Ya hemos abusado demasiado de su hospitalidad.

– ¿Pero fuera llueve y hace frío? -. Dijo Saum preocupado.

– Madre, tenemos algo ahorrado, encontraremos algo barato para pasar unos días...- dijo Ebrá que había cogido a Crina y lo había sentado sobre sus rodillas.

– Sí hijo, sí. No es mucho, pero con tu trabajo y el mío, algo haremos.

Aquellas palabras le recordaron a Ebrá lo que había conseguido aquel día pero, al ver a Marlon tan triste, no se atrevió a molestarlo más.

El hombre no había abierto la boca puesto que la disyuntiva estaba clara y no podía hacer nada más. Con todo el dolor de su corazón, debía dejar marchar a la familia de su amigo, aunque no obedecería el ultimátum de su esposa por completo pues dejaría que Valeria y sus hijos pudieran agradecerle, al menos, que les hubiera permitido permanecer en su casa todas aquellas semanas.

Los niños entraron en la habitación que ocupaban con su madre y se pusieron a jugar con palos para formar figuras o equilibrios. Valeria se sentó frente a Marlon. Sonrió a su hijo y le apretó el brazo.

– Te estoy muy agradecida. No sé que hubiéramos hecho sin ti.

Éste la miró con aire apenado.

– No puedo hacer nada más Valeria. Quiero a Dunia y no quiero que se vaya de mi vida.

– Lo comprendo Marlon. Lo comprendo. Quédate tranquilo. Encontraremos una buena habitación para vivir unas semanas. Después, ya veremos.

– Me siento tan frustrado -. Dijo el hombre.

– Gracias. Gracias por todo Marlon.

Luego se hizo el silencio mientras esperaban el regreso de Dunia. La lluvia arreciaba y la mujer se levantó a cerrar la ventana. Hacía cada vez más frío.

– ¿Quieres que encienda el fuego, Marlon?.- Preguntó Valeria.

– No, déjalo. No vaya a enfadarse más por hacer algo que le corresponde a ella.

Valeria asintió.

- Como quieras.

Dunia tardaba. La luz se fue acabando en la calle ayudada por las nubes bajas y no les quedó más remedio que encender candelas.

– Enciende el fuego, Valeria. Es muy raro que no haya vuelta ya Dunia. Quizá sería mejor que saliera a buscarla. Ha dicho que iba a casa de Merquedes, ¿verdad, Ebrá?

– Sí, Marlon. Eso ha dicho.

– Aguarda un poco más. Debe de estar esperando a que la lluvia cese o que al menos no sea tan fuerte -. Sugirió la mujer.

– Tienes razón. Esperaré.

Pero Dunia no volvía y la lluvia no cesaba. El hombre se impacientaba visiblemente.

– Voy a buscarla -.Marlon no podía esperar más. - Quedaos aquí. Ya es muy tarde. La convenceré para que os marchéis mañana.

Valeria cuidaba del fuego que había encendido y asintió. Era de agradecer la consideración del hombre.

Cuando Marlon salió provisto de una buena capa impermeable y botas adecuadas les dijo:

– Mantened el fuego vivo, tal vez esté helada cuando volvamos -. Y se marchó sin más.

– Ebrá, ve a buscar leña al almacén. Nos hará falta -. Le ordenó Valeria.

El joven obedeció y subió una buena brazada de troncos que hicieron un fuego agradable y vivo.

Pasaron las horas y ni Marlon ni Dunia regresaban.

Valeria estaba inquieta. Los niños tenían hambre y Ebrá también, así que madre

comenzó a preparar una cazuela con sémola de trigo aderezada con longanizas.

Estaban comiendo cuando la puerta de se abrió y apareció Marlon empapado, cansado y desesperado:

– ¿Qué ocurre, Marlon? -. Valeria se apresuró a quitarle la capa y aproximarle al fuego.

– No la encuentro, Valeria. No la encuentro. No ha ido a casa de Mercedes y he buscado por todos los lugares que conozco y no la encuentro.

Ebrá le había aproximado una silla y se derrumbó en ella.

Por lo que decía, Dunia había desaparecido y nadie sabía nada de ella.

Marlon pasó la noche despierto, nervioso y preocupado por la ausencia de su esposa. Ebrá y Valeria le hicieron compañía hasta que el cansancio venció al joven y se fue a dormir a la habitación de su madre ya que ésta decidió permanecer junto al hombre hasta que regresara la desaparecida. El muchacho se durmió al lado de sus hermanos pensando en la suerte que había tenido él y la mala fortuna de su anfitrión.

Cuando se despertó, Valeria estaba sola. El comedor estaba cálido pues el fuego había permanecido encendido toda la noche. Aún no había claridad en el cielo pero ya no se escuchaba ya la lluvia.

- ¿Dónde está Marlon? -. Preguntó tras un largo bostezo.

– Ha salido. Siéntate, come algo antes de irte.

El muchacho obedeció. Que no estuviera el hombre era un contratiempo para sus intereses. ¿Cómo conseguiría el carbón que quería para la casa del Gran Mago? No quería decírselo a su madre, así que se quedó pensativo mientras Valeria le servía un pedazo de pan con un buen corte de jamón curado.

– ¿No tienes hambre?

Se había quedado tan ensimismado pensando en cómo resolvería el problema que le traía la ausencia de Marlon que no se había dado ni cuenta de que tenía la comida frente a él.

– ¿Eh? Perdona, madre, aún no estoy totalmente despierto -. Mintió.

– Vamos, bebe algo – le dejó un vaso de arcilla con agua fresca – y come. Aunque no esté Marlon, hoy no puedes dejar de ir a llevar carbón a los clientes.

Mientras bebía, Ebrá cabeceó. Tendría tarea doble aquel día. Primero llevaría carbón a los clientes regulares y luego a los nuevos. Acabaría reventado.

Era más de mediodía y la luz del sol llegaba tamizada por una gruesa capa de nubes que hacían triste y frío el día. Ebrá había servido a los clientes de Marlon y habría regresado a casa como cualquier otro día pero aquel era un momento especial que no sabía muy bien cómo encarar. El humor de Ledión parecía el de siempre. Los sicarios, como estatuas de bronce, le miraban como si se dispusieran a matarle sin remordimientos. El comerciante se pasó una mano por la barba y ladró:

– ¿Qué quieres? ¿Ya has terminado tu trabajo hoy, verdad? -. Le apuntó con el dedo desde detrás de la mesa destartalada.

Ebrá respiró hondo y se armó de valor. Notó que tenía las piernas cansadas y le dolía la espalda pues había hecho los encargos del día con más rapidez de lo habitual y no había descansado nada. Si tenía que salir corriendo lo alcanzarían enseguida.

– Sí, señor. He terminado mis encargos hoy...pero es que tengo otro...- titubeó.

– ¿Otro? ¿Lo sabe Marlon?

– No señor, no se lo he podido decir todavía.

– ¿Por eso no ha venido hoy esa rata asquerosa, eh?

– No, por eso no, señor. No ha venido por otra razón. -. Respondió Ebrá nervioso por lo que le iba a proponer.

– ¿Y puede saberse cual es?

– Son cosas tuyas, señor -. Respondió sin pensar.

– ¡Ah! ¡Cosas tuyas! ¡Muy bien! -. Exclamó con enfado. - Bueno ¿y tu que quieres?

– Tengo un nuevo cliente, señor...- tragó saliva ¿qué podía perder? -...y quiere carbón del mejor, señor.

Ledión abrió mucho los ojos e hizo un gesto de irritación al escucharle.

– ¿Del mejor? ¡Ah, claro, todos quieren del mejor! ¡Yo solo vendo del mejor! ¿Acaso lo dudas? -. Preguntó con aire artero.

– No, señor. Sé que vendéis el mejor carbón de la cofradía, mucho mejor que el de Eurates...- le aduló -...pero es que este cliente nuevo me exigió que solo compraría carbón del mejor, del que más calor proporcionase...

Ledión le miró con aire despectivo mientras escupía al suelo.

– ¿Y puede saberse qué cliente es ese?

– No sé si puedo decirlo, señor.

– Pues si no me lo dices, no hay carbón, eh, miserable.

Ebrá dudó unos instantes. Si hubiera sido por la mañana ya lo hubieran apartado de un empujón pero tras él no había nadie más. Los guardianes se impacientaban. Seguro que ya tenían ganas de acabar la jornada y él les estaba retrasando el descanso. Suspiró:

– Era cliente de mi padre. Me presenté en su mansión y me dijeron que podía servirles carbón como hacía él.

Ledión conocía a Randon y, al parecer, por lo que Ebrá había deducido de otras conversaciones, le respetaba.

– Así que has heredado su servicio. ¡Muy bien! ¡Te venderé del mejor carbón! -. Decidió. - ¡A ver, el precio! -. Puso la palma de la mano sobre la mesa esperando el cambio.

Ebrá bajó la mirada:

– No tengo con qué cambiarlo, señor. ¿Podéis prestármelo y mañana os lo pago, señor?

– ¡Qué no tienes nada para cambiarlo! ¡Vete de aquí ahora mismo si no quieres que mis empleados te abran la cabeza! -. Le amenazó.

El joven no se amilanó aunque estaba muy nervioso y tenía miedo. Solo podía hacer una cosa: tentar su codicia

– Si me lo prestáis mañana os devolveré el doble de lo que vale -. Miró a los guardaespaldas que no se habían movido a pesar de los gritos de su jefe.

Ledión rió con desprecio.

– ¿El doble de lo que vale?

– Sí, señor. El doble. No tenéis mucho que perder y sí mucho que ganar -. Aventuró.

El hombre se mesó la barba pensativo.

– Si no me dices quién es tu cliente no te daré nada...aunque, pensándolo mejor...si te daré algo...una paliza de mis empleados...- estos se movieron hacia el joven pero el comerciante levantó la mano para que se detuvieran. - ¿Acaso he ordenado que se le pegue? -. Les bramó.

Estos se quedaron clavados en su sitio.

– ¿Y bien, qué decides?

Ebrá le sostuvo la mirada. No era un desafío, pues tenía todas las de perder, pero quería mostrarse valiente por lo menos.

– La mansión del Gran Mago Valian, señor.

Ledión se levantó de golpe.

– ¡Vaya, vaya, vaya! Buena casa, sí señor. ¡Eh, Tremosin, tráele carbón de la tercera carbonera a Ebrá. Del que pesa más. Tiene un buen cliente y no quiero que en esa casa se diga que Ledión no le proporciona un buen producto a sus porteadores -. Señaló al guardián que tenía a su izquierda y éste se fue a por un saco de carbón. Luego se quedó en silencio mirándole mientras esperaban.

Ebrá observó a Tremosin que regresaba con un buen saco y pensó en su pobre espalda. Mercancía más pesada y más lejos para llevar. Sudaba solo de pensarlo. Pero se había comprometido.

Ledión le miraba fijamente. El guardia dejó el saco en el suelo, junto a la mesa del comerciante.

– Bueno, esto es para ti – señaló el saco -. Mañana, ya sabes, quiero el doble de su precio como has dicho.

– Sí señor -. Ebrá fue a coger el saco.

– ¡Espera, ignorante! ¡Aún no sabes lo que vale!

– Es cierto, señor.

– Son seis.

– ¿Seis?

– ¿Qué crees? Me has hecho acabar tarde, haces que mis empleados se pongan de mal humor por atenderte y ¿quieres regatear el precio? ¡Son seis! ¿lo tomas o lo dejas?

Ebrá dudó. ¡Ah, qué miserable! ¡Cómo abusaba de él puesto que era joven y no tenía con qué cambiarlo! Pero no podía renunciar a su nuevo cliente.

– Está bien, señor. Mañana os traerá vuestras doce piedras...- dijo mientras se cargaba el pesado saco a la espalda.

Ledión sonrió.

– Más te vale. Eres muy atrevido y no me gustan los atrevidos, jovencito...- dijo mientras Ebrá se marchaba rumiando su éxito y maldiciendo su falta de instinto comercial.

– ¡Doce, mañana! -. Oyó que exclamaba el codicioso vendedor de carbón mientras se alejaba de la carbonera.

Ebrá llegó muy cansado a la mansión del Gran Mago Valian y Directo le recibió bastante bien para ser un simple muchacho sucio. Le dijo que dejara el carbón en el

cubículo destinado a recogerlo, le invitó a entrar en la cocina, cosa que el joven desechó pues el viaje le había costado más de lo que esperaba, le pago dieciocho piedras de cambio y le dio una gran rebanada de pan untada con miel después de ofrecerle vino rebajado con agua. Estaba encantado. Todo le había salido bien, había servido a sus clientes habituales y al nuevo, había merendado, tenía el cambio para abonar el precio a Ledión y aún le sobraba para comprar más carbón al día siguiente. Comparado con lo que había conseguido de sus clientes habituales habría triplicado las ganancias si no tuviera que entregárselas aquel día al usurero de Ledión. Pero, para ser la primera vez, había salido todo genial.

– Te esperamos mañana -. Dijo Directo al despedirse. -. Necesitaremos más carga estos días puesto que nuestro señor ha dispuesto visitarnos.

– Perfecto. Como gustéis. Mañana vuelvo.

Ebrá se marchó feliz y risueño dispuesto a compartir, de aquel día no pasaba, las buenas noticias con Marlon. Quizás eso le alegraría un poco la vida, si es que Dunia no había regresado aún. Aunque, si la mujer había regresado, deberían marcharse y las ganancias de aquel buen día servirían para pagar el alquiler en algún otro sitio. Si se quedaba sin piedras hablaría con Ledión, como había hecho antes, y conseguiría que le prestara el carbón a cambio de buenas ganancias. No le importaba sudar un poco más por unos días.

Al llegar a casa, el panorama era desalentador. Marlon se había emborrachado como nunca lo había hecho y se comportaba como un bruto zarandeando todo cuanto caía en sus manos. Crina y Saum lloraban en su habitación y Valeria trataba de tranquilizarle sin atreverse a acercarse no fuera que la golpeará también voluntaria o involuntariamente. En el suelo había platos rotos, tazas destrozadas y un taburete partido. Cuando Ebrá abrió la puerta, el hombre lo miró con ojos acuosos y mirada errática, bebió un sorbo de una botella polvorienta y oscura y se limpió la boca con la manga de la camisa sucia de vino.

- ¡Ah, muchacho! ¿Te apetece?

- No, Marlon. Gracias.

El hombre trató de levantarse para que bebiera.

- Un buen trago no te hará ningún daño.

Se había puesto en pie y parecía una peonza a punto de derrumbarse. Se apoyó en la mesa y soltó un eructo agrio y sonoro mientras la botella se le escurría de las manos , caía al suelo y se rompía en cien pedazos.

- ¡Oh, mierda!

Trató de agacharse para recogerla pero su tolerancia al vino había alcanzado el nivel máximo, así que, en lugar de recoger pedazos de vidrio, se derrumbó sobre el vino y la botella rota.

- ¡Marlon! -. Gritó Valeria.

Ni ella ni Ebrá pudieron llegar a tiempo de sostenerle.

Valeria se agachó para comprobar su estado y asegurarse que no se había cortado con los vidrios.

- Ebrá, ayúdame. Si se ha clavado alguna punta peligrosa puede que esté herido gravemente.

Entre Valeria y Ebrá apartaron a Marlon de la botella rota y comprobaron que solo tenía heridas superficiales.

- Menos mal. De esto no se morirá.

- ¿Qué ha pasado, madre? -. Preguntó el joven consternado.

- Ha llegado así, borracho, y no ha parado de beber de esa botella rota. - Olió el vino e hizo un gesto de disgusto.- Se ha puesto a farfullar cosas sin sentido y a gritar el nombre de su esposa. Y luego, ya ves, has llegado tú y se ha caído. Ayúdame a llevarlo a su cama.

Entre ambos cogieron a Marlon y lo acostaron en la cama que compartía con Dunia. Olía a vino rancio, a vómitos y orines, como si se hubiera revolcado entre una piara de cerdos antes de volver a casa. Le quitaron las botas y lo dejaron roncando mientras cerraban la puerta.

Los niños habían dejado de llorar y habían salido del cuarto que compartían con Valeria.

- Ayúdame a limpiar esto -. Le pidió a Ebrá. - Y niños, mejor que vayáis a buscar un poco de agua, la necesito -. Dijo dirigiéndose a la pareja.

- Sí mamá-. Respondieron al unísono mientras salían con el cubo de madera que siempre estaba tras la puerta.

Madre e hijo recogieron los pedazos de vidrio y los fueron colocando sobre la mesa.

- Madre -. Dijo Ebrá.- Quería decirle que hoy ha sido mi día de suerte - . Expuso con inocencia.

- ¿Sí? - Valeria miró el suelo.- No veo cómo -. Añadió hastiada.

- He hecho un cliente nuevo -. Dijo Ebrá orgulloso de sí mismo.

- ¡Ah, sí! ¿De quién se trata?-. Preguntó interesada.

- Es un viejo cliente de padre, madre. Mira -. Le enseñó las dieciocho piedras que había recibido de Directo.

Valeria abrió los ojos encantada.

- ¡Oh, qué bien! Veo que pagan bien. Debe ser una casa importante, ¿eh, Ebrá?

- Sí, madre. Cuando le dije quién era, aceptaron enseguida que yo me encargara de suministrarles el carbón. Estoy muy contento. Quería decírselo a Marlon ahora pero, mira, en ese estado, no creo que me escuche.

Valeria sonrió.

- Puedes estar seguro. ¿Y de qué casa se trata, Ebrá?.

La mujer recogió el último trozo de cristal mientras observaba a su hijo.

- Se trata de la mansión del Gran Mago Valian -. Respondió con evidente orgullo.

Valeria se quedó de piedra y, por un instante, Ebrá pensó que se había equivocado al contárselo, que no había sido una buena idea, que se enfadaría con él y que le haría desistir de vender carbón a buen precio a esa rica mansión, tal y como se lo había repetido reiteradamente Marlon. La mujer frunció las cejas y los labios en un gesto que Ebrá nunca había visto en el rostro de su madre. Pero fue un instante fugaz, que pronto cambió por una sonrisa forzada.

- Muy bien, hijo mío. Es una casa muy rica. No sabía que padre tuviera clientes tan dignos como ese.

Había sido una ilusión pensó Ebrá. Madre no podía conocer a nadie de aquella mansión pues se había dedicado toda la vida a cuidar de su esposo y sus hijos y desconocía quienes eran los clientes de su difunto marido.

- Sí, madre. Pagan muy bien. Ledión me prestó el carbón y le prometí un buen precio. Con esto – sostuvo las piedras ante sus ojos - le pagaré y podré comprarle más carbón. Lo necesitan a diario. Con el dinero que gane, podemos mudarnos de casa. Cuando regrese Dunia, ya no les molestaremos.

Los niños llegaron con el cubo de agua.

- ¡Dejadlo ahí niños! -. Les pidió su madre. - Sí, hijo. Ganaras lo suficiente para que podamos vivir en otro lugar pero mientras tanto nos quedaremos aquí, ahorrando. Todo lo que tarde Dunia en regresar, lo aprovecharemos para atesorar fondos con los que vivir, no hay que desaprovechar esta oportunidad que se nos brinda. ¿Te parece bien, Ebrá?

Bien visto no estaba mal la idea. Sí. Cuanto más tiempo tardase la mujer de Marlon en regresar más cambio tendrían y mejor vivienda encontrarían. Además, el pobre hombre necesitaba que se preocupasen por él y no habría estado bien abandonarle ahora que se encontraba tan perdido. Se lo debían.

Marlon no dejó las borracheras que le dejaban inconsciente durante horas durante un par de semanas. En cuanto despertaba, para aliviar el terrible dolor de cabeza que tenía, se marchaba para ahogar la culpa que sentía en un nuevo mar de vino. Incluso un día regresó con el rostro herido fruto de una pelea o de haberse cortado con algún objeto en un descuido.

Ebrá sentía lástima por él y algo de culpabilidad. Sino hubiera sido por ellos, Marlon no se encontraría en esa situación y Dunia no hubiera desaparecido. Miraba a su madre y la veía tranquila, serena, incluso alegre, como si la desgracia de quién les había acogido no significase nada para ella. A veces no entendía porqué se comportaba así. Era su madre y quería pensar que lo hacía para protegerlos. No es que Dunia se hubiese portado bien con ellos al principio pero se había moderado bastante y, aunque se mostraba disconforme y huraña, les había dejado vivir en su casa y había renunciado a sus costumbres. Eso había que valorarlo y, sin embargo, pensaba Ebrá, Valeria no lo hacía.

Marlon salió de la habitación con lágrimas en los ojos. Ebrá desayunaba un plato de sémola fría y Valeria removía un guiso que comenzaba a hervir sobre la lumbre. Los niños dormían en la habitación. Se estaba bien en aquella cocina pues el fuego no se apagaba en todo el día puesto que Valeria se ocupaba de mantenerlo vivo con la ayuda de los niños.

– ¿Qué hora es? -. Preguntó el hombre apoyándose en la mesa para sentarse en un banco. Llevaba la cara sucia y el corte que se había hecho en la frente, aunque se había cerrado bien con la sutura que Valeria había improvisado, tenía un aspecto feo. La mejilla derecha se le había vuelto púrpura. Sus ojos cansados miraron al joven con indiferencia. - ¿Tenéis algo de beber? -. Preguntó a continuación con ansiedad.

– ¿Agua? -. Le sugirió Valeria con una sonrisa.

– Agua...no quiero agua...vino...he de salir a por más vino -. Miró a la mujer con rabia e hizo ademán de levantarse.

– ¿No sería mejor que dejarás de castigarte, Marlon?

Valeria se acercó a la mesa y se situó junto a Ebrá.

– Este niño - señaló a su hijo – hace tu trabajo y mucho más. ¿Vas a dejarle solo más días? ¿Vas a permitir que haga todo tu trabajo? -. Su voz era una súplica. - Randon nunca lo hubiera permitido.

Marlon la miró como si sus palabras le apuñalasen.

– ¡Randon también se emborrachaba!

– No lo dudo. Pero nunca dejó que nadie hiciera su trabajo por él.

El hombre negó. Se puso una mano en la frente y se percató del corte.

– ¿Cómo me hice esto? -. Preguntó. No lo recordaba.

– Llegaste un día con ese corte y esos golpes, te curé lo mejor que supe.

– No me acuerdo.

– Estabas muy borracho. Ebrá y yo te hemos acostado todos estos días.

Marlon miró a Valeria y en sus ojos comenzaron a formarse lágrimas.

– Se ha ido, Valeria. Se ha ido -. Bajó la mirada y sollozó.

Valeria se acercó y le acarició el pelo sucio.

– Lo imaginaba, Marlon. No sé porqué lo ha hecho pues estaba dispuesta a marcharme con mis hijos en cuanto llegara -. Se sentó junto a él y le puso la mano en el antebrazo que tenía apoyado en la mesa. - Aunque, si quieres que nos vayamos ahora mismo...- suspiró -...lo haremos...si eso te ayuda, no dudes que lo haremos mis hijos y yo.

El hombre, que la había estado mirando todo el rato con tristeza, bajó la mirada.

– No, Valeria. Yo nunca quise que os fuerais. Ella sí. Ella vivía solo para ella. No podía comprender que mi amistad con Randon fuera tan fuerte. Yo no podía abandonar a su familia...no podía abandonarte a ti y a tus hijos, Valeria. Eso nunca lo aceptó.

– Lo sabemos, y te estamos muy agradecidos. A mis hijos y a mi nos duele verte así. No queríamos que llegase a pasar esto. Nunca pensé que Dunia nos odiase tanto como para marcharse sin decir nada. No comprendo qué le hemos hecho para que nos desprecie así.

Durante un largo instante, Marlon y Valeria se miraron a la cara mientras Ebrá era incapaz de terminarse la sémola fría. Era como si esperase el momento en que uno de los dos iba a tomar una decisión que cambiaría sus vidas.

– No puedes seguir emborrachándote -. Dijo Valeria acabando con la tensión.

– Sí. Tienes razón.

Ebrá escuchó resignación en su voz.

– Dunia volverá cuando quiera y no querrá saber que su marido se ha convertido en un haragán borracho y descuidado-. Añadió la mujer con franqueza.

El hombre asintió.

– Sí, tienes razón. Voy a asearme e iré con Ebrá a las carboneras...ya esta bien de tanta compasión por mí mismo.

– Sí, ¡Ah! Respecto a eso, quiero contarte algo, Marlon...- Intervino Ebrá. No sabía como se lo tomaría el hombre pero no podía retrasarlo más.

Marlon no dijo nada cuando Ebrá le contó lo que había hecho para conseguir el cliente de su padre, aunque sus ojos y sus gestos confirmaban su contrariedad. Cuando llegaron a la fila de la turbera, Marlon le miró duramente.

– A partir de ahora, mis clientes me los cuidó yo, ¿entendido?

Las palabras del hombre sorprendieron a Ebrá. Se había imaginado que se enfadaría, que le abroncaría, pero no que despreciaría su ayuda.

– Lo hice para ayudarte, Marlon. No estabas en condiciones de atender a nadie y te estaba muy agradecido. Te lo debía. Te lo sigo debiendo...

– Muy bien. Tu tienes tus razones y no me debes nada -. Dijo secamente.

– Comprendo que estés enfadado pero...

– No estoy enfadado.

Ebrá calló y esperó que dijese algo más, pero no añadió nada.

– Yo solo quería ayudarte -. Repitió. - Ahora que te has recuperado, podremos servir mejor a los clientes.

– Te lo repito. Tú a tus clientes, yo a los míos. Has recuperado un cliente de tu padre, no quiero saber nada de él. Es tuyo. Sé quién es y cómo paga. Sírvele tú. Te irá bien -. Esto último lo dijo con ironía y a Ebrá le dolió más.

El muchacho hubiera podido seguir discutiendo con Marlon. Su intención había sido buena, pues se había esforzado mucho en mantener los clientes del hombre y en hacer uno nuevo, se había sentido feliz, ya que pensaba que les iría mejor a los dos si colaboraban, y en aquel momento se sentía decepcionado.

Habían llegado frente a Ledión. Nada más verlos, el comerciante exclamó:

– ¡Vaya, has vuelto con esa piltrafa!

Ebrá comprendió que se refería a Marlon. Desde que le había pagado el doble del precio del mejor carbón, tal y como había prometido, y que cada día le pagaba lo acordado e incluso ya lo hacía por anticipado, parecía que se había ganado su respeto. El hombre apretó las manos.

– He estado ocupado -. Respondió bruscamente. La furia no conducía a nada. Aunque Marlon era fuerte y hubiera podido golpear a Ledión, sus guardaespaldas lo hubieran castigado después y, aunque pudiera sobrevivir a la paliza que le hubieran propinado, nunca más hubiera podido comprar carbón a aquel miserable ni a ningún otro comerciante de la zona e incluso de la ciudad cuando hubiera corrido la voz de que había atacado a un hombre honrado.

– Ocupado con la botella -. Rió Ledión y escupió a un lado.

Marlon suspiró y cerró los ojos. El esfuerzo que hacía para contenerse era doloroso.

– Vamos, muchacho, ¿quieres lo de todos los días?

– Sí, señor.

Al dirigirse a Ebrá primero humillaba a Marlon. Los que aguardaban tras ellos cuchichearon y soltaron alguna risita burlona.

– Deja el importe en la mesa, para que lo vea -. Dijo Ledión con una sonrisa desagradable.

Ebrá miró a Marlón y obedeció. Depositó sobre la mesa seis piedras rojas, el triple de lo que podría ganar Marlon aquel día.

Ledión sonrió.

– Trae de la buena, Tremosín.

El guardia se fue.

– Ves Marlon, deberías aprender de este joven. Se ha atrevido y ha heredado un buen cliente de su padre. Y, además, ha estado cuidando de tus clientes todos estos días. Deberías estarle agradecido pues sin él estarías sin trabajo y en la miseria. Hay muchos lobos que con gusto devorarían tu parte en cuanto notasen que te debilitas.

Tremosín regresó con un buen saco.

– Cógelo joven y mañana vuelve a por más. Hace falta gente como tú -. Lo alabó con más ganas de fastidiar a Marlon que de enaltecer a Ebrá.

El chico cogió el saco y esperó a que Marlon adquiriese el suyo. Cuando se metió la mano en el bolsillo, no tenía nada con que cambiarlo y se asustó.

– ¡Ah! Y encima quieres que sea yo quién cargue con tus deudas, ingrato -. Se burló Ledión.

Marlon rechinó los dientes y sus ojos se abrieron de rabia. Iba a cargar contra aquel miserable, ruin y avaro comerciante sin importarle lo que le ocurriera.

– Yo pagaré el precio -. Intervino Ebrá y dejó una piedra más sobre la mesa. Era la que quería ahorrar aquel día.

Ledión sonrió. No le interesaba mantener la tensión pues la gente se impacientaba y era de tontos ganarse enemigos irreconciliables. Se podía humillar hasta cierto punto.

– ¡Ah, ves, Marlon! Ebrá es generoso y te paga el precio.

Marlon miró a Ebrá. Iba a negarse cuando el joven le pidió con la mirada que no lo hiciese. El hombre dudó mientras uno de los criados traía un saco con turba. Por fin, suspiró y se cargó el saco. Ebrá hizo otro tanto y le siguió. Cuando le alcanzó, Marlon le miró un instante.

– Tu a tu ruta y yo a la mía.

El joven se paró y vio como se alejaba. No le había agradecido el gesto y en su mirada había desprecio y rabia.

Directo se había portado muy bien con Ebrá aquel día en que su humor no era exactamente bueno. Durante el camino de ida a la mansión del Gran Mago Valian había cavilado y cavilado sin acabar de comprender los motivos que tenía Marlon para enfadarse con él si les había proporcionado un cliente mucho mejor que los que tenían. Y estos pensamientos se habían traducido en un rostro triste y huraño. Sin embargo, Directo había conseguido que sonriera parcamente antes de entregarle medio pollo asado después de dejar el carbón en el cubículo habitual. Y ahora, que ya estaba saliendo por el ancho paseo de piedra, volvía a rumiar sus melancólicos pensamientos. Así que casi se dio de bruces con una joven.

– ¡Oh, disculpadme! -. Exclamó al percibir que la tenía delante

– ¡Es que no tienes ojos en la cara! -. Le increpó ella con aire ofendido.

– Sí... pero es que caminaba distraído -. Se justificó él.

Tenía unos ojos bonitos y el cabello recogido en un moño en la nuca, piel blanca y labios suaves. Seguramente era una criada que iba a cumplir un encargo.

– Más de uno a caído al río por no saber por donde camina. Espero que no seas tú el próximo -. Le advirtió mientras continuaba su camino.

– Sí, gracias...- Ebrá se quedó mirándola. Llevaba un chal verde oscuro sobre la espalda, una chaqueta gris raída y vieja y una falda amplia que le cubría hasta los pies . Era la primera joven que le hablaba en mucho tiempo. ¿Y le había sonreído? No estaba seguro de ello, pero era una oportunidad. Aunque se sentía triste por el desplante de Marlon, no podía dejar que sus sentimientos le hicieran perder una oportunidad como aquella.

– ¿Eh, vas muy lejos? ¿Puedo acompañarte? -. Corrió hacia ella.

La muchacha se detuvo.

– No te conozco de nada, muchacho. ¿Por qué voy a permitir que me acompañes a algún sitio? Sales de la gran mansión y crees que puedes dirigirte a mi sin haberte presentado.

Ebrá reconoció su error con un gesto de la boca.

– Lo siento mucho, señorita. Me llamo Ebrá y llevo carbón a la mansión del Gran

Mago Valian.

– Eso está mejor -. Le hablaba con suficiencia, como si fuera diez años mayor que él y eso que Ebrá estaba seguro de que él tenía más edad que ella.

– ¿Y tu, cómo te llamas?

– ¡Eres muy atrevido, joven!

¿Qué había de malo en preguntar su nombre? Pensó desconcertado.

– No, señorita, no soy atrevido. Tan solo me ha parecido correcto acompañaros sino es molestia. La calle está muy sola y...

– ¿Piensas que no se defenderme?

– No, no he dicho eso, es solo que...

– María. Me llamo María. ¿Satisface eso tu curiosidad?.

Aquellos ojos increíblemente bonitos chispearon con picardía. Ebrá sintió que algo nuevo nacía en él.

– María. Bonito nombre.

– Sí, seguro que lo dices de todas... -. Dijo ella con sarcasmo.

– ¡Oh, no, señorita! No conozco a muchas jóvenes -. Nada más decirlo se arrepintió. Aunque fuera verdad, imaginó que ahora le vería como un solitario triste y resentido.

– Bueno, eso está bien. Mira Ebrá, tengo que marcharme. He de cumplir un recado y no tengo todo el día para hablar contigo.

– ¿Puedo acompañaros?

– No. -. Dijo tajante. - Ahora que nos conocemos y nos hemos presentado, no quiero que me acompañéis.

Ebrá se quedó desconcertado. No acababa de comprender las palabras de la joven. María se alejaba sin esperar que él dijese nada. Las mujeres eran muy raras. Dunia se había ido sin decir nada y María le dejaba allí plantado. Entonces cayó en la cuenta de que no sabía cómo se volverían a ver.

– ¡Eh, María! ¿Cómo te encontraré?

La muchacha se volvió y le sonrió:

– Te encontraré yo a ti.

Tres días después, María le esperaba a la salida de la mansión. Ebrá estaba de mejor humor que el día que se conocieron, pues Marlon no se había disgustado más de lo

habitual y Directo le había invitado a un buen trozo de tarta de manzana recién hecha. María vestía una falda larga de un brillante color azul, una camisa blanca vieja y se cubría con un chal de lana negro. Estaba realmente bonita con aquellos ojos marrones tan expresivos y dulces, con aquel cabello recogido en un moño tras la nuca, con aquella expresión vivaracha y decidida con que le recibía

– Te he estado esperando. Te dije que te encontraría ¿No?

Ebrá se sintió halagado. Era la primera joven que se fijaba en él a pesar de que era un simple carbonero. Eso le hizo recordar que iba bastante sucio pues la ropa que llevaba hacía muchos días que no se lavaba.

– No soy tan difícil de encontrar, María.

Ella sonrió.

– Ya lo sé. Llegas cargado de carbón y te vas muy sonriente todos los días.

– ¿Como sabes tú eso?

– Porque te he visto muchas veces. Yo también sirvo para el Gran Mago Valian -.

Le confesó.

– ¿Ah?

– Sí. Te veo desde las ventanas de las habitaciones, llegas cargado, dejas el carbón en la carbonera, entras en las cocinas y te vas sonriendo. Yo, normalmente, siempre estoy en el pasillo de la planta principal esperando a que me manden algún servicio.

– ¿ Y ahora te han mandado alguno? -. Preguntó esperanzado . - Lo digo para acompañarte, por nada más -. Añadió aturrullado.

– Sí. He de ir hasta la tienda de un zapatero que queda cerca del Río Gris en el barrio de los Curtidores...podemos ir dando un rodeo si quieres...- le propuso con una sonrisa picara.

Ebrá se sentía el hombre más feliz del mundo.

– Desde luego. Nada me complacería más que pasear contigo.

Ella compuso una mueca de disgusto.

– No vamos a pasear -. Afirmó tajante. - Eso lo hacen las parejas. Tu tan solo vas acompañarme hasta la zapatería y luego te irás. Solo quiero conocerte un poco, ¿de acuerdo?

– Claro que sí. Te acompaño y nos conocemos. Ya verás, mi vida es muy sencilla -. Dijo Ebrá siguiendo a María que ya había comenzado a caminar.

La vida sonreía a Ebrá. Al menos, eso era lo que pensaba él mientras caminaba por la acera de piedra que bordeaba el amplio río Gris, uno de los dos que atravesaban Adentor. Tenía un trabajo por el que conseguía buenos beneficios y que le proporcionaría, dentro de poco, una casa para madre y los niños, y había conocido a María, una joven encantadora e inteligente. Habían estado charlando todo el camino hasta la zapatería y allí le había despedido con una leve caricia en el dorso de la mano derecha. Ebrá pensaba que no se la lavaría en días, no fuera a borrar la agradable sensación que había tenido. ¡Qué más podía pedir un joven poco parecido, pobre y sin futuro de la vida! Habían matado a padre, porque aquello no había sido justicia, y se habían quedado en la calle, pero ahora, meses después, las cosas habían cambiado. No quería reír pues aún tenía pesadillas de vez en cuando por la muerte de su padre, pero había algo en él que no podía impedir que se le curvaran los labios.

Las casas del barrio de Curtidores se asomaban al río y el olor de las pieles y los tintes emponzoñaba el aire. La calle se estrechaba y se adentraba en las sombras. Aunque debería haber gente a aquellas horas de la tarde, no había nadie a pesar de que no hacía frío y el sol calentaba ligeramente.

Entró en la calle pensando en su buena suerte. El rumor de las conversaciones en las casas llegaba hasta él. Giró una esquina, giró otra. El barrio de Curtidores era desagradable pues había mucha suciedad en el suelo.

De pronto, al torcer una esquina, vio el río frente a él y notó que tenía alguien detrás. No le dio tiempo a volverse. Alguien, muy fuerte, le agarró de la frente con una mano fría como el hielo, tiró de su cabeza hacia atrás y le dejó mirando a la estrecha franja de nubes que se veía desde el suelo. Y luego sintió el agudo filo de un cuchillo cortando su garganta. No podía respirar, se ahogaba. Las manos se le mancharon de un líquido rojo y caliente. Era su sangre. Trató de girarse para ver quién le había herido. No pudo. Todo se volvió oscuro y cayó de cabeza a las piedras. Se moría. Si había algún olor, era el de las pieles putrefactas de las curtidorías. Luego fue la nada.

PARTE II

Larg se ganaba la vida en el río. Él y su viejo amigo Vadum llevaban años sacando peces y otras cosas del río Gris en aquella vieja barca que había heredado de su padre. Muchos días no había suerte y solo sacaban peces miserables que, eso sí, les permitían comer o cambiarlos por pan negro o una jarra de vino malo, pero otros pescaban algo distinto, algo que tenía mejor precio si se sabía adonde llevarlo. Como aquel día.

- Vamos Vadum, tira con fuerza, éste pesa mucho.
- No más que los otros, Larg -. Replicó el aludido.- Debe estar hinchado de tanto beber ¡Jajaja! -. Rió con una mueca histérica y despreciable.

Vadum negó. A él no le gustaba reírse de los muertos.

Porque eso era lo que hacían: pescar muertos. Era una tarea mucho más rentable que capturar peces pues los pobres desgraciados que se habían ahogado en el río o los cadáveres que los criminales tiraban al agua sin miramientos, tenían muy buen precio.

- No hagas bromas con esta pobre gente...- murmuró Vadum enfadado.

Larg le miró escéptico mientras tiraba de la red en la que se adivinaba el cuerpo de un hombre.

- ¿Cómo sabes que es un pobre diablo? -. Preguntó Larg con sarcasmo. - Apuesto a que es un asesino que ha encontrado un merecido castigo -. Propuso
- No lo sabemos Larg y, aunque así fuera, no me gusta que te rías de ellos.
- ¡Bah! ¡Tira fuerte! Los muertos no pueden hacerte daño. Solo los vivos te lo harán.

Tiraron con fuerza y acercaron al cadáver hasta la borda de la barca. Vadum se inclinó y cogió el brazo del muerto y lo arrastró para auparlo en la barca. Larg se colocó a su lado y cogió el pelo del difunto para estirar con más fuerza.

- ¡Vamos! -. Se animaron.

Lo izaron y lo echaron sobre la cubierta. Como cayó boca abajo no pudieron ver de quién se trataba, pero no parecía un sujeto muy viejo. Los peces habían roído la vieja chaqueta, los pantalones y seguramente la carne. Sería un contratiempo. Bajaría el precio del cadáver, pero un cuerpo, aunque fuera mordisqueado, era mejor que nada.

- Ayúdame a girarlo, veremos cuantos años podía tener.

Le quitaron las redes con tranquilidad y lo voltearon. Era un chico joven, de más o

menos diecisiete nieves, feo, en cuyo rostro los peces había devorado parte de la mejilla derecha. Tenía la piel pálida de los que han perdido toda la sangre.

- A este le cortaron el cuello, Vadum. Ves ese corte -. Precisó Larg.

- Pobre. Es muy joven. ¿Qué querían de él? ¿Qué hizo para que le mataran?-. Se apiadó Vadum.

- No lo sé, no me importa. Nos pagaran bastante bien por él.

El joven tenía los ojos grises muy abiertos y su mirada se dirigía al cielo gris en el que volaban grandes gaviotas.

- Despliega la vela, Vadum. Vamos hacia la orilla.

Mientras Vadum obedecía, Larg se dispuso a registrar al muerto. Quizás los ladrones no se lo habían quitado todo. Siempre cabía la posibilidad de que llevara alguna piedra en el bolsillo que no se hubiera caído al fondo del río.

Larg comenzó a palpar los bolsillos del joven muerto en busca de algo de buena suerte cuando se llevó un susto tremendo.

Aquel cadáver, respiraba.

Se levantó de golpe, tropezó con la red y cayó de culo sobre la barca con estruendo.

- ¡Mierda, Vadum, mierda!

- ¿Qué ocurre, Larg? -. Vadum dejó la vela y fue a auxiliar a Larg.

- ¡Mierda! ¡Está vivo!

- ¿Cómo puede estar vivo? -. Replicó Vadum escéptico.

- Te digo que respira, ¡No estoy loco, Vadum! Lo he oído.

Vadum dejó de mirar a Larg y observó al cadáver. ¡Había cerrado los párpados! ¡No estaba muerto!

- ¡Oh, mierda! ¡Tienes razón!

Vadum se acercó al chico y cogió su cabeza con delicadeza.

- ¿Cómo puede ser que esté vivo? Parece que no queda sangre en sus venas y con ese corte... – señaló el cuello – ...debió perderla toda.

- ¡Es magia, Vadum! ¡Magia! ¡Eso es un Errante! -. Exclamó Larg asustado de repente como un corderito.

- ¡Que va a ser un Errante, Larg! No ves que solo es un chico. Los Errantes no son así.

Larg se enfadó:

- ¿Acaso has visto tu muchos Errantes, señor sabelotodo?

- No, no he visto Errantes, pero sé que este pobre chico no es ninguno de ellos. Estoy seguro, pero puede que tengas razón con lo de la magia.

- ¿Magia? ¿Sabes lo que nos harán si descubre que hemos rescatado a un condenado por magia?

Vadum se levantó y miró a Larg irritado.

- A los condenados por magia no los arrojan al río, Larg, los trasladan al Palacio Rojo y ¡A saber qué hacen allí con ellos!

Larg cogió de los brazos a Vadum y bajó la voz:

- Pues entonces, debe ser un sirviente del Tejedor de Muerte, ¿no crees?

Vadum se quedó pensativo un largo instante. Las gaviotas graznaban con estruendo y le molestaban.

- Puede que tengas razón.

- Echémosle al río. Que se muera de una vez, o que se lo lleve la corriente. Aunque también podríamos, hum, acabar con su sufrimiento -. Sugirió Larg con una mueca malvada.

- ¡No! ¡Maldita sea! No quiero convertirme en un asesino. Una cosa es recoger cadáveres del río y otra matar a alguien a sangre fría.

- ¿Y tirarlo al río no es lo mismo? Si aún no está muerto, seguro que se acaba de ahogar un poco después.

- No, no es lo mismo, Larg. Ahí interviene la suerte y el destino de cada uno.

Se habían acercado a la orilla mientras hablaban. La suave brisa y la corriente les llevaba. Se habían aproximado a una zona en la que los árboles y las rocas tocaban las aguas y había pequeños remansos y suaves recodos.

Vadum dudaba.

- ¡Vamos Vadum, ayúdame a tirarlo! No quiero nada del Enemigo en mi barca.

Vadum estaba confuso, pero Larg ya estaba agarrando los pies del chico para arrojarlo él solo por la borda.

- ¡Como no tengas cuidado, te caes tu solo, imbécil! -. Exclamó Vadum al ver que trastabillaba. - Espera, te ayudaré.

Cuando cogió al joven por los brazos éste abrió los ojos y le miró. Vadum sintió lástima por él pero desvió la mirada. Lo levantaron y lo tiraron al agua. Luego aguardaron mientras el viento se los llevaba a ellos en una dirección y al joven en otra.

- Embarrancará en esa playa -. Dijo Vadum

- Y a nosotros ¿qué? Dentro de un momento ya estará muerto.

Ebrá era consciente de cuanto ocurría pero la realidad era turbia como un lejano recuerdo que le golpeara la imaginación. Sentía un frío intenso y doloroso, se ahogaba, pero la vida se negaba a escapar de su cuerpo lacerado y moribundo y regresaba para traerle nuevo sufrimiento. Creyó escuchar unas voces, unos golpes, el aliento de unos hombres, pero todo era un sueño envuelto en oscuridad y dolor. Y de nuevo, el frío y un golpe en el rostro y pequeños pinchazos en la mejilla. Quiso estirar la mano, abrir los dedos y encontró que algo se escurría entre ellos, algo como arena de una playa, como sombras que se escapan. Había sangrado, había muerto. Era una certeza incuestionable. Pero ¿por qué continuaba aferrado al dolor de la vida? ¿Qué había hecho él para seguir sufriendo de aquella manera?

Torin y Gosue eran niños pobres que jugaban en la orilla de río Gris. Les gustaba tirar piedras al agua, ver pasar las barcas de pesca, las galeras y las naves de comercio imaginando que algún día irían en una de aquellas embarcaciones como pescadores, guerreros o ricos comerciantes, y también recogían madera de deriva y cuanto acercaban las aguas a la ribera. Y, en aquella ocasión, habían visto un cuerpo.

- Eh, Torin, eso parece un hombre -. Dijo Gosue con algo de miedo en la voz.
- Sí, lo parece. No lo habrán recogidos los vendedores de cadáveres. Es muy raro.
- Si que lo es, Torin.
- ¿Quieres que bajemos a verlo? Puede que tenga algo de valor en algún bolsillo.
- ¡Ah, sí! Siempre que no se lo hayan quitado esos desgraciados -. Dijo esto mientras comenzaba a correr hacia el cuerpo pues el primero que llegara se quedaría con lo que encontrase.
- ¡En, espérame! -. Grito Torin.

Llegaron los dos a la vez. El cuerpo tenía una mano estirada en la arena y las piernas se agitaban con el vaivén del río. Tenía la cara apoyada sobre unas piedras y estaba tan pálida como la cera. Gosue se estremeció al contemplarlo. Era joven y, salvo la herida que se adivinaba en el cuello y algún mordisco de los peces, parecía que nada más le hubiera ocurrido en la vida. Torin ya revolvía en su ropa mojada.

- No tiene nada -. Dijo con tristeza. -. Se lo habrán quitado todo.

Entonces el cuerpo se movió.

- ¡Está vivo! -. Gritó Torin asustado.
- Sí, sí -. Gosue vio como la espalda del supuesto cadáver se levantaba al

compás de una respiración débil.

Los niños se habían quedado impresionados por el sutil movimiento de aquel muerto.

- Quizás aún nos ganemos algo -. Dijo Torin.
- ¿Cómo? -. Preguntó Gosue.
- Recuerdas lo del otro día, lo que dijo Rudul sobre traerle gente.
- Sí, pero tú crees que este despojo le servirá.
- ¡Ah, no sé! Pero ¿Qué podemos que perder?
- Nada. Ayúdame a sacarlo un poco más para que no se lo lleve la corriente-. Dijo Gosue.

Tiraron del cuerpo del joven. Con la ropa húmeda y al ser mas grande que ellos pesaba bastante, pero con poco esfuerzo consiguieron sacarle del agua. Las moscas y los insectos de la orilla se acercaban a explorar nuevos aromas.

- Vamos -. Dijo Torin – Antes que se lo coman las moscas.

Ambos echaron a correr.

Ebrá sentía el sol tibio sobre el rostro ladeado. Había escuchado voces infantiles a su alrededor, manoseos, y como tiraban de él y lo sacaban del agua. Ya no sentía aquel frío tan intenso a su alrededor ni los pequeños pinchazos que le daba alguna criatura en el rostro, las manos y los pies desnudos. No tenía voz para hablar ni nada que pudiera hacer para indicar que estaba vivo. Lo habían sacado del agua y vivía. Eso era todo. Deseaba dormir, quedarse en paz con la naturaleza y sus semejantes, pero la muerte se le había negado. ¿Qué había hecho él?

Ebrá abrió los ojos con lentitud y vio su mano pálida, muy blanca y frágil, como si no hubiera carne sobre los huesos y tan solo la piel los cubriera. Se sentía muy cansado, aunque no le dolía nada porque estaba muy quieto. Había tierra bajo su mano y luz en alguna parte. Respiraba sin dificultad y notaba el latido del corazón lento y firme resonando en su oreja. Será cuestión de moverse si estoy vivo, pensó. ¿Dónde estoy? Se preguntó. Se atrevió a mover los dedos ligeramente y sintió un dolor lacerante que partía de las falanges y llegaba hasta el hombro. Un quejido inaudible e inconsciente salió de su boca y un nuevo relámpago de dolor estremeció su cuerpo. La lengua y la

garganta acuchillaron su interior y se estremeció de nuevo, lo que hizo que le doliera aún más pues el daño se trasladó a las piernas y a los desnudos dedos de los pies.

– Se ha movido...

Alguien hablaba.

– Sácalo.

Otra voz, autoritaria, ronca, seca.

Alguien dio unos pasos, le cogió los tobillos, haciendo que sus manos, al clavarse en la piel, se convirtieran en agujas ardientes, y tiró de él para arrastrarlo por la tierra. Mientras lo remolcaban sin miramientos sintió que todo su cuerpo ardía de dolor, que la vida que conservaba era un desprecio a la propia existencia. Notó que caía ligeramente pero para él fue como si hubiera caído de una muralla pues percibió el golpe en cada uno de los huesos del cuerpo. Y luego lo voltearon y lo dejaron cara a un techo de madera. Cuando cerró los ojos para parpadear, el dolor, de nuevo, aguijoneó su rostro.

Una forma abandonó su campo visual.

– Dale agua-. Ordenó la voz autoritaria.

Un niño entró en su campo visual y cogió su nuca para incorporar su cabeza. El dolor casi le hizo desmayarse, pero había algo en él que se lo impedía. Solo podía sufrir, padecer. Nada más. El niño acercó un cuero a su boca y vertió agua en ella, pero no pudo abrirla para tragar el líquido, así que se derramó sobre sus labios y empapó su barbilla, su cuello. El frío que sintió fue muy desagradable.

– No bebe, maese Rudul. -. Dijo el chico. - No sé qué le ocurre.

– Si no quiere beber, ábrele la boca. Que beba, pero ten cuidado con los dedos, no sea que te muerda.

El chico le soltó la cabeza de repente y se la golpeó en el suelo. ¿Cómo podía soportar tal dolor y no gritar siquiera?

El niño metió su mano entre los labios y apartó los dientes con desconfianza. Ebrá notó que la mandíbula se le desencajaba. Cuando vertió agua en su boca y notó que entraba por los conductos de los pulmones pensó que se ahogaría. Pero no. Él no se había ahogado. Tragó. Se obligó a tragar con tanto dolor como con cualquier otro movimiento que hiciera.

– Tiene una herida muy fea en el cuello, maese Rudul.

– Ya lo sé, ya la vi -. Dijo la voz. - No sé cómo ha sobrevivido a una herida como esa, pero no me importa. Quizás podamos sacar algún beneficio de él. Si hubiera estado muerto, lo hubiera vendido a los compradores de cadáveres, pero está vivo. No sé porque está vivo, pero yo no soy un asesino.

– Pero no responde a nada, maese Rudul. ¿Cómo hará para recuperarlo?

– Cállate, Busca. Cállate -. Notó que el chico recibía una bofetada.

El chico resopló y se alejó.

– Acaba de despertarse y debe hacer días que tiene el cuerpo paralizado. He de buscar a alguien que sepa qué hacer.

Hubo un silencio. Al menos, en ese intervalo nadie le tocaba, nadie le causaba más dolor.

– Busca, ve a ver si encuentras al sanador Gredos. Dile que le necesito y que le pagaré bien.

– Sí, mi señor.

El chico se iba ya.

- ¡Eh, espera, imbécil! Toma, dale esto como anticipo. Es tan desconfiado que puede que no venga.

Ebrá escuchó el sonido de piedras de cambio y como el niño se marchaba a la carrera. Luego, una sombra se posó sobre él y vio a Rudul por primera vez. Era un hombre raro, extremadamente delgado, de rostro alargado, prominente nariz, calvicie incipiente y unos ojos maliciosos y ávidos.

– Bueno, muchacho, no sé quién eres, ni me importa, pero algo sacaremos de ti. No sé como has sobrevivido a un corte como ese, ni al agua del río, pero si consigo que te recuperes, me deberás la vida, y eso, ya me lo cobraré con creces...- le miró con avaricia y rió mientras Ebrá le observaba paralizado aún por el dolor que recorría todo su cuerpo.

El sanador Gredos propuso que acostaran a Ebrá en un camastro y no en el agujero en el que lo habían tenido para que pudiera inspeccionar su cuerpo. Cada vez que le tocaba, le causaba un nuevo dolor lacerante, pero se lo guardaba en el pecho pues cualquier grito empeoraba las cosas. Solo su mirada reflejaba su padecimiento.

– Sufre cada vez que le toco -. Dijo el sanador sin dejar de hacerlo.

– Pero no grita -. Dijo Rudul.

– Quizás no pueda. Esa garganta está muy mal.

– Pero no sangra.

– Sí. Ya lo veo. La habrá perdido toda.

– Pero está vivo. Ha de tener sangre.

– Ahora la veremos.

Ebrá notó un terrible pinchazo en el brazo. El sanador había clavado una aguja o la punta de un estilete en su piel.

- Ves, sí que sangra -. Afirmó Rudul.
- Y es como cualquier sangre.
- Está bien. Ya sabemos que está vivo, pero ¿qué puedes hacer para recuperarlo?

El sanador se levantó del camastro y el movimiento dañó a Ebrá.

- No lo sé Rudul. Esto me parece magia.
- ¿Magia?
- Eso he dicho. Necesitas un mago más que un sanador como yo.
- ¿Pero dónde voy a encontrar un mago que quiera venir aquí?
- Hay muchos, ya sabes dónde.
- Estás locos si crees que alguno de esos vendrá aquí.
- Pues yo no puedo hacer nada. Solo puedo aconsejarte que le des belladía y esperes a ver qué ocurre.
- La belladía le matará.
- ¿Le matará? Alguien que sobrevive a una herida así y no muere de frío en el río o no se ahoga como cualquiera, ¿crees que la belladía le matará?
- No lo sé. Tienes razón. Que puedo perder. Si la belladía mata a un hombre normal con una simple infusión puede que a éste le recupere.
- Es una lógica extraña, pero puede que sea así.

El sanador se alejó y se escuchó el sonido de las piedras de cambio al pasar de una mano a otra.

- Búscame cuando tengas algún resultado. Siento curiosidad por saber cómo acaba todo -. Escuchó la voz gruesa del sanador.
- Desde luego. Pero estate callado. No quiero que digas nada a nadie de esto.
- Mis labios están sellados como en otras ocasiones.
- Mis piedras me cuestan.

El sanador rió.

- Todos tenemos que vivir.

Ebrá escuchó una puerta cerrarse y un suspiro. Luego se quedó todo en silencio.

El líquido que introducía en su boca el niño ardía en la lengua, quemaba la garganta y era como si una llama se encendiera en su esófago. Para cuando llegaba al estómago,

Ebrá ya hubiera podido enloquecer de dolor.

- Ve con cuidado, Constantin, la belladía podría matarte. No se te ocurra bebertela ni chupar nada, ¿eh? -. Escuchó la voz que Rudul le dirigía al niño como advertencia.

- No, señor Rudul, voy con mucho cuidado. No se preocupe.

- Solo me preocupo de mi inversión Constantin. Tienes unas manos demasiado valiosas como para echarte a perder.

El niño miró a Ebrá mientras le obligaba a beber el doloroso líquido. Tenía un rostro simpático y franco y una mirada tranquila y dulce.

- Vamos, bebe muchacho, si el río no te ha matado, esto tampoco lo hará.

Ebrá no podía responder a sus ánimos. Bastante tortura recibía en la boca.

El veneno que ingería y que hubiera acabado con cualquier persona sana tuvo un efecto curativo en él. Así, a partir del tercer día notó que el intenso dolor que le causaba cualquier movimiento se había mitigado e incluso se atrevió a decir su primera palabra:

- Gracias.

Los ojos de Constantin se abrieron sorprendidos.

- ¡Eh, señor! ¡Ha hablado!

- ¡Oh, Qué bien!

Rudul se situó ante sus ojos. Ebrá le miró agradecido.

- ¡Vaya, Constantin! Parece que vamos a tener un nuevo miembro en la familia -.

Dijo antes de echarse a reír estruendosamente.

Una semana después de ingerir infusión de belladía como único alimento, le dieron a Ebrá su primera papilla. Era un sémola de maíz muy líquida que casi le hizo vomitar y que ingirió con asco. No sabía cuanto tiempo había transcurrido desde que le atacaran, pues había comprendido que alguien había querido asesinarle. ¿Por qué? No le cabía en la cabeza qué motivos pudiera tener alguien para intentar matarle.

- Ven, ayúdame Constantin, vamos a sentarle.

Rudul y Constantin le cogieron de un brazo cada uno y tiraron de él. Delgado como estaba no les costó mucho esfuerzo. Dejaron a Ebrá sentado en el camastro con la cabeza baja y las manos apoyadas en el sucio colchón. Los pies descalzos tocaban el suelo frío.

- ¿Crees que vamos a conseguir algo de este despojo? -. Preguntó Rudul con maldad y, sin esperar que el niño le contestara, añadió: - Me ha costado unas cuantas piedras, así que no puede morirse hasta que me haya pagado. ¿Verdad, despojo?

Ebrá quiso levantar la cabeza, mirarle y responder. No le gustaba la manera que tenía de hablarle pero le había salvado la vida, le curaba y sentía un agradecimiento natural hacia él.

- ¡Vamos, contéstame!

- No puede contestarle señor. Aún está demasiado débil para hablar.

- Pues yo quiero saber su nombre. Quizá haya alguien que le busque. Si hay algún familiar que quiera pagar por él, quiero aprovecharme. Está bien, despojo, ¿cómo te llamas?

Ebrá quiso responder, pero no pudo. Sentado como estaba, se tambaleó como una torre inestable.

- Creo que ni siquiera sabe quién es -. Dijo Constantin.

- ¿Qué no lo sabe? -. Se enfadó Rudul. - ¿Por qué no habría de saber cómo se llama?

- Si le han hecho ese corte en la garganta y lo han tirado al río, quizás haya perdido la memoria. A día de hoy debería estar muerto, ¿no creéis, mi señor?

Rudul miró con sus ojos odiosos al niño.

- Puede que tengas razón, muchacho. ¡Eres muy listo! ¡Ya sabía yo que las piedras que gastaba en ti serían bien pagadas!

Constantin miró a Ebrá que continuaba con la cabeza agachada.

- ¿Y como le llamaremos, señor?

Rudul murmuró mientras rumiaba un nombre.

- Ya lo sé. Le llamaremos "Muerto", porque eso es lo que parece-. Dijo y luego se puso a reír ostensiblemente de su propia ocurrencia.

Aquella habitación era una celda sucia en la que los ratones deambulaban a su antojo. Incluso alguno se atrevía a subir hasta su pecho y a corretear por encima del basto y áspero sayo que le habían puesto. A Ebrá le costaba menear los brazos para apartarlos y, aunque moverse ya no le causaba tanto dolor como antes, la infusión que le daban y la sencilla sopa con que le alimentaban eran suficientes para insuflarle un poco de energía. Atrapado como estaba en sus pensamientos no dejaba de acordarse de padre y madre, de sus hermanos, de María, la joven a la que acababa de conocer, de Marlon, de Dunia e incluso del desagradable Ledión. Especulaba una y otra vez con el porqué de sus desgracias y no encontraba respuestas a sus preguntas. Él nunca había hecho

nada por lo que pudiera ser atacado, no tenía dinero ni riquezas, ni secretos ni enemigos que pudieran odiarle tanto como para matarle. De hecho, no tenía enemigo alguno que él supiera. Padre había muerto en la horca por un delito del que era inocente, madre vivía una vida común y corriente que de ningún modo podía granjearle peligros y rencores. Y entonces ¿por qué? ¿por qué? Se preguntaba una y otra vez. No había podido ver a quién le había herido pues había perdido el sentido nada más notar el hierro en la garganta y había despertado sobre una barca, oyendo lejanas voces desconocidas, helado, dolorido y casi muerto. ¿Cómo había sobrevivido? Con mucho esfuerzo acercó la mano hasta su garganta y notó la cicatriz de la herida. Estaba a oscuras, acostado en el camastro, solo, o mal acompañado, pues los ratones campaban a sus anchas. Debía recuperarse, regresar con su madre y sus hermanos, averiguar porqué le habían atacado, regresar a su vida tranquila de vendedor de carbón. Pero primero debía dejar aquel camastro, a aquel personaje, Rudul, que sí, lo mantenía vivo, le alimentaba, le hablaba y esperaba que se recuperase, pero sus palabras eran como las del granjero que ve crecer al cerdo para matarlo. No le gustaba. Aquel hombre no le gustaba y le daba miedo. Era un delincuente. Lo olía, lo sabía. Trataba al muchacho que le ayudaba como a una mercancía barata, le golpeaba y aún así le pedía que se disculpara. Cuando estuviera mejor, escaparía de allí. No es que fuera un ingrato, pero no quería ser un esclavo de nadie.

Alguien abrió la puerta y entró en la sucia habitación. Era Rudul y olía a vino malo y a vómito agrio.

- Hummm. ¿Sigues ahí? -. Murmuró con malicia.

No hubo respuesta.

- No sé porqué te mantengo con vida...- añadió. Ebrá comprendió que estaba borracho.- Tal vez sería mejor que te apretara el cuello y todo terminara...dejarías de costarme piedras y te vendería a los compradores de cadáveres...Muerto, sí..- rió -...muerto si que vales algo. Vivo, no vales nada. Debería dejar de escuchar a Constantin. Es demasiado clemente y eso le perderá -. Rudul se acercó al camastro y le miró. - Bueno, tampoco soy un asesino y alguien que sobrevive al río merece una segunda oportunidad. Pero primero te enseñaré. Debes restituirme todo lo que me he gastado en ti. No te va a salir gratis....

Se dio media vuelta y abandonó la habitación con un portazo.

Ebrá se quedó pensando en qué querría enseñarle semejante personaje.

Sea como fuere, Ebrá se recuperó aunque su aspecto no dejaba de ser el de un cadáver viviente. No se había mirado en ningún espejo, pero veía sus manos, puros huesos articulados, sus piernas, en las que no había un gramo de carne, y su estómago, casi pegado a la columna vertebral, para saber que su aspecto no debía ser nada agradable. Además, para que su figura fuera aún más patética, le habían crecido el cabello y unos incipientes pelos en el mentón y la mejilla, en la que se había palpado heridas poco profundas como pequeños cráteres. Y en el cuello, la raja que había abierto el cuchillo era como una cuerda endurecida y que, a buen seguro, debía ser horrible. Solo había que ver la cara que ponía Constantin cuando le servía la sopa o le ayudaba a beber.

Aquella magra habitación sucia y compartida con los roedores fue todo cuando vio durante largo tiempo. ¿Cuántos días habían transcurrido desde que le habían atacado? Era un dato desconocido que no se atrevía a preguntar. ¿Será Invierno Largo aún? ¿Entrefríos? ¿Primavera?

Rudul entró y con su voz áspera exclamó:

– ¡Ea, levántate! ¡Quiero presentarte a unos amigos!

Ebrá se incorporó con lentitud. A pesar de que ya no le dolían los movimientos de su cuerpo, estaba tan débil que levantarlo ya era de por sí difícil.

Constantin entró y dejó ropa sobre el camastro. Tiró unas sandalias raídas al suelo.

– Ponte eso. Las ropas que has llevado durante estos meses vamos a quemarlas.

– ¿Meses? -. Preguntó Ebrá con voz débil.

– Sí, eso he dicho. ¡Estas sordo!

Ebrá no respondió y comenzó a quitarse la camisa que aún conservaba manchas de su sangre. Con los pantalones fue más difícil apañarse pues doblar las rodillas era un gesto de gran dificultad. Se sentía incómodo pues Constantin y Rudul le miraban como si fuera un bicho raro.

– Desde luego que se merece el nombre que le hemos dado, ¿eh, Constantin?

– Sí señor, parece un auténtico muerto que se mueve -. Confirmó el niño.

Ebrá bajó la mirada. Se había puesto los pantalones, una prenda de áspera de tela vieja y dura, y una camisa gastada, con agujeros en las mangas. Las sandalias le estaban grandes.

– Vamos, ponte en pie. No tenemos todo el día.

Constantin le ayudó a levantarse y Ebrá caminó hacia Rudul. A pesar del trato que recibía, sentía agradecimiento hacia él. Le hubiera podido dejar morir de hambre o lo hubiera podido terminar lo que no acabaron los atacantes junto al río. El apoyo en

Constantin fue suficiente para que pudiera andar sin problemas. Iba a salir de aquella habitación, volvería a ver el sol, y se sintió súbitamente emocionado. Meses. Había estado meses allí encerrado con la única compañía de sus pensamientos, los ratones y las visitas de Constantin y Rudul. Ahora volvía al mundo.

La escasa luz del sol que penetraba por una pequeña ventana abierta a su izquierda fue suficiente para cegarle un largo rato. Había gente allí. Bastantes personas, pero durante un tiempo no pudo distinguirlos deslumbrado como estaba. Constantin se apartó y le dejó frente a la gente que sin duda le miraba aunque él no pudiera verlos. Había risas, gritos, palabras soeces, insultos. Había mucha gente allí. Su vista se iba aclarando.

– ¿Qué os parece? ¿No es un auténtico cadáver caminante?-. Escuchó que decía Rudul.

– Desde luego, lo parece -. Respondió una voz bronca y dura.

– Sí. He visto muertos con más carne que eso...- era una voz infantil la que había hablado.

– Sí, que da lástima, Rudul. ¡Eres un genio! -. Escuchó otra voz más cantarina pero también juvenil

Los ojos de Ebrá se adaptaron a la luz y vieron por fin a los que le contemplaban. Eran un nutrido grupo de jóvenes, niños y ancianos, de rostros graves unos, inocentes otros y risueños los que más. Tenían aspecto de pobres mendigos, de rateros desalmados, de malas personas, aunque no tuvieran ni doce nieves. Eran rufianes con los que no te gustaría cruzarte en un lugar oscuro ni con luz tampoco, de rostros duros, mal afeitados, con cicatrices variopintas, ojos inquisitivos y desasosegantes, narices torcidas o rotas, cabellos largos, sucios y desgredados, poblados de canas los de los más viejos, que le sonreían con desdén, con malicia o con desprecio.

– Te presento a ¡Mi corte! -. Exclamó con teatralidad Rudul.

– ¿Corte? -. Ebrá se tambaleaba débil como estaba.

– No te caigas, “Muerto”, porque nadie te recogerá -. Le susurró Rudul y le enderezó súbitamente.

Ebrá trató de mantenerse erguido pero las piernas le fallaban.

– Sí, “Muerto”, esta es mi corte. ¡Son mis vasallos! -. Gritó con jolgorio.

La gente estalló en una risa estruendosa de ninguna manera agradable o feliz.

Ebrá no sabía dónde se encontraba y qué querría de él Rudul, pero comenzaba a intuirlo. Semejante grupo no se traería nada bueno entre manos. Pero ¿Qué podía aportar él?

– “Muerto”, ahora tu también eres mi vasallo – continuó Rudul con aire digno, como si estuviese declamando en un teatro abarrotado – y como tal – alzó la voz para dar más énfasis a lo que diría -...pertenece al pueblo de los mendicantes.

“Mendicantes”. Ebrá comprendió que se dedicaban a mendigar por las calles. Había visto muchas veces cientos de mendigos en todas las calles, plazas y lugares públicos de Adentor pero nunca se le había ocurrido que pudieran estar organizados, que pudieran pertenecer a un grupo que se ayudase entre sí. Eran pobres, desahuciados de la sociedad, y vivían de las sobras y de la caridad de la gente. Pero, al parecer, estaba equivocado.

– Y como miembro de esta insigne agrupación... - muchos de los allí reunidos se rieron – ...vamos a comenzar a instruirte. Tu brazo, “Muerto”-. Le pidió Rudul.

Ebrá tardó en reaccionar pues no comprendía para qué quería su brazo. Rudul no le dio tiempo a obedecer y se lo cogió él mismo.

– Para que no haya equívocos.

Ebrá no lo había visto, pero mientras Rudul hablaba, Constantin se había acercado con un hierro del que salía humo. Entonces, sin que mediara palabra alguna, el hombre aplicó el hierro sobre el brazo extendido que retenía.

Ebra gritó por la sorpresa y el dolor. El olor a carne quemada alcanzó su nariz y sintió náuseas, pero, inesperadamente, el daño cesó enseguida. Si hubiera sido en otras circunstancias, tal vez se hubiera desmayado, pero en aquel instante el dolor se apagó como una débil llama sobre leña verde.

Rudul le miró satisfecho.

– “Muerto” ya es de los nuestros y ¡Ya veis! ¡Es un valiente!

La gente reunida allí, le vitoreó. Ebrá no comprendía el porqué. Rudul le dio un fuerte manotazo en la espada que le lanzó dos pasos hacia delante.

– Vamos, “Muerto”, reúnete con tus nuevos amigos. ¿No es increíble que lo hayas hecho tan bien?

– No sé qué he hecho tan bien -. Murmuró Ebrá a Constantin que se había situado a su lado.

El chico le sonrió con suficiencia.

– Eres el único que ha gritado solo una vez -. Dijo mientras le enseñaba su marca en el brazo pálido. Era un círculo con múltiples rayas y curvas, florituras y segmentos. Nada que conociera. - Normalmente muchos se desmayan o gritan toda una tarde. Tú tan solo has gritado una vez, más por la sorpresa que por el dolor ¿verdad?

Ebrá asintió. A su alrededor se sucedían las muestras de felicitación. El símbolo que le

habían grabado a fuego había oscurecido su brazo. No. No le dolía nada. Era como si le hubieran colocado un simple tatuaje. Miró a Rudul que le observa con curiosidad.

- ¡Ahora ya eres un “Mendicante”! -. Exclamó un hombre anciano, ojeroso y con medio labio caído.

Ebrá recibió abrazos y empujones, pellizcos y codazos que casi acaban con su escasas fuerzas. Uno de aquellos viejos desdentados, de mirada lúgubre y rostro famélico, se rió en su cara pues, en comparación con su aspecto, él estaba mucho mejor, según decía.

- Si no le dan limosna es que ya no hay piedad en el mundo -. Exclamó y se puso a reír escupiendo su saliva negra a cuantos le rodeaban.

- Será una buena caja.

- ¿Quién va a sospechar de él?

- Basta con que se quede quieto y ya está.

- Será invisible. Has sido muy astuto, Rudul.

Numerosos personajes no dudaban en felicitar al jefe. Ebrá no comprendía para qué le querían aquellos hombres de aspecto pobre y violento, pero pensó que pronto lo descubriría.

- Mañana te lo llevas, Berzos. Déjalo en la puerta del mercado. Explícale bien lo que tiene que hacer y ya está. Seguro que es muy inteligente y te comprende rápidamente -. Le dijo Rudul a un viejo calvo de rostro ajado y mirada torva.

- Mañana puede ser un buen día, Rudul. Comienza a hacer calor y la gente es más descuidada. ¿Crees que tendrá suficiente espacio para tanta suerte? -. Preguntó Berzos frotándose el mentón con una mano enguantada.

- No lo dudes, amigo. Eso y más, ya verás.

La conversación versaba sobre Ebrá, aunque él no supiera de qué trataban. Se sentía un objeto más que una persona, una cosa que podía llevarse de aquí para allá como una vieja pieza gastada.

- ¿Y los guardias?

- Esos no se enteran, y si se enteran, les damos una buena parte de nuestras ganancias y tan contentos. - Respondió Berzos.

- Pero los Soldados Blancos no se prestan a sobornos, Berzos. Ve con cuidado. Las cosas en la ciudad están cambiando ahora que la Emperatriz se ha retirado.

- Los Soldados Blancos ya tiene bastante con vigilar el Palacio Rojo, Rudul. No se acercan por los mercados y si lo hacen, es para proteger algún noble inconsciente y atrevido que no valora su propia vida.

- La gente ya está harta, ¿verdad Berzos? -. Preguntó un muchacho de mejillas caídas y boca estrecha al que le faltaba el ojo derecho.

- ¿Harta? ¿Harta? No sé, lo que si que está es cansada de miseria, de pasar hambre y de perder hijos.

- Pero nosotros no podemos hacer nada con eso -. Dijo un hombre de mediana edad, delgado y de cabello castaño.

- Te equivocas, Bertin, nosotros sí que podemos hacer algo. Podemos continuar librando de sus bolsas a esos avariciosos comerciantes que pasean sus voluminosos vientres por los mercados para comprar buenos panes con que alimentar a sus amantes... -. Dijo Berzos.

- Ese sí que es un buen trabajo, ¿eh?

Todos rieron la gracia y se dieron palmadas en la espalda como buenos camaradas.

Ebrá tenía ganas de sentarse. Se miró el símbolo y luego observó los brazos de los demás. Todos tenían el círculo impreso en la piel. Todos pertenecían a la misma agrupación. Aquel redondel era la marca de un gremio de ladrones pendencieros.

Ebrá respiró con satisfacción el aire fresco de la mañana. Era la primera vez que pisaba la calle después de meses de reclusión y, aunque hubiera tenido que sentirse alegre y feliz, se sentía triste y atrapado. Caminaba bastante bien solo, aunque Baulin, un jovencuelo de menos de diez inviernos, y el propio Constantin, iban a su lado por si necesitaba ayuda.

- ¿Adónde vamos? -. Preguntó mientras observaba las callejuelas estrechas de aquella barriada pobre de Adentor. Las fachadas de aquellas casas pequeñas y míseras le recordaban la de la suya. Las voces altas de la gente discutiendo, de los llantos o las risas despertaban en él nostalgia y añoranza.

- Vamos al Mercado del Cien -. Respondió Constantin. - Recuerdas bien cuál es tu tarea, ¿verdad? ¿No querrás decepcionar a Rudul después de todo lo que ha hecho por ti? -. Añadió.

- No, no. Haré lo que deba aunque no me guste, Constantin.

- Este es nuestro oficio y nuestra vida, "Muerto" -. Ni siquiera el chico le había preguntado cual era su verdadero nombre. Todos le conocían así desde que Rudul se lo había dado.

Ebrá suspiró. El grupo de truhanes que seguían a Rudul le adoraban como si fuera un

padre magnánimo y bondadoso aunque les usara como si fueran utensilios que podían desecharse fácilmente.

– Pero corréis un riesgo grande, Constantin. Si os atrapan os espera la cárcel o la muerte.

– ¡Que más da! No nos atraparan nunca. Rudul lo tiene bien estudiado y tu ya sabes que él es muy listo.

Era un tontería discutir con Constantin o al menos hacer que pensase por sí mismo y no se arriesgase en exceso solo por que confiaba ciegamente en lo que predicaba su líder. El otro muchacho le miraba con aire indiferente y atendía a las gentes que salían de sus casas observando sus bolsas de piedras de cambio.

Continuaron por callejuelas hasta que un arco de ladrillos les condujo a una plaza en la que caía el sol. Había tenderetes de comerciantes en medio del recinto y los hombres y mujeres voceaban sus mercancías mientras compradores y curiosos comprobaban la calidad de lo que se vendía.

– Aquí. Siéntate aquí, “Muerto”.

Constantin señaló un punto junto a la entrada para que Ebrá se sentase. Obedeció. Las piernas ya no le dolían al flexionarlas y, aunque el suelo estaba frío, se sintió cómodo acariciado por el sol.

– Toma -. Baulin le entregó un bolsa de lona flexible y un vaso de arcilla. - Nos vamos. Guardalo todo bien.

Ebrá miró a la pareja de niños y sonrió suavemente.

– Tened cuidado.

– Siempre lo tenemos -. Dijo Constantin engreído.

Ebrá vio alejarse a los muchachos entre la gente que poblaba la plaza. Su cometido. Rudul se lo había explicado. “Cuando vayan mis amigos a verte te entregaran cosas. Guardalas. Solo tienes que hacer eso. Siéntate en la plaza como un pobre mendigo más y recoge lo que mis colegas te den. Ya iremos a buscarlo. Constantin y Baulin te acompañaran. ¡Míralo! ¿Quién va sospechar de él?” . Luego se había reído de su aspecto con gran placer. Sabía que lo que recogería serian piedras u objetos robados a los desgraciados incautos que se distrajeran. Sabía que si alguien le pillaba con el fruto de los robos acabaría en la horca como su padre. Y sabía que aquello que hacían los niños y los demás socios de Rudul estaba mal. Pero, ¿qué iba a hacer?

Ebrá era invisible para los ciudadanos. Por lo menos, eso le parecía a él. Se había acurrucado con la espalda apoyada en la pared de piedra gris y había colocado el vaso de barro cocido para que quien quisiese pudiese ofrecer su limosna al pobre esqueleto que les miraba con ojos indiferentes. El áspero sayo que vestía, sucio y maloliente, le daba un aspecto mugriento y triste, imagen que lo que pretendía era causar un hondo sentimiento de piedad y conmiseración en las gentes. Pero nada de eso había conseguido Rudul al vestirle así. El sol tibio de la primavera le calentaba y él se entretenía observando a la gente y viendo el vuelo incesante de los vencejos o el atrevimiento de los gorriones, los paseos furtivos de los gatos y a los inquietos perros que deambulaban por entre las piernas de las personas en busca de restos de comida y que se ganaban alguna que otra patada. Tenía tiempo para pensar. Se miró la mano y vio un pellejo flojo y pálido, adornado por manchas marrones en la que no había ni un solo pelo y en la que los huesos se podían distinguir nítidamente a través de la piel. Ni su madre le reconocería. Tenía ganas de llorar. Todos creerían que estaba muerto y lo cierto es que debería estarlo, pero por alguna extraña razón que no se explicaba, había sobrevivido a un corte profundo en la garganta y al río. El dolor que había soportado todas aquellas semanas no se lo deseaba pasar a nadie. Se preguntaba cómo no se había vuelto loco o si el precipicio que se abría con la locura le esperaba a la vuelta de la esquina cualquier día. Aquella vida nueva que había encontrado era miserable y ruin. No quería ser cómplice de aquella banda de ladrones aunque sentía cierto grado de agradecimiento porque le habían salvado. Y porque lo habían salvado, ahora lo utilizaban. Estaba bien. Era el pago por su ayuda. Pero cuando hubiera cumplido suficiente, se marcharía. Regresaría a casa. No sabía donde estaba exactamente pues aquella ciudad, tan inmensa, poblada por más de un millón de habitantes, tenía barrios tan grandes que casi se gobernaban solos y las personas se mudaban de vivienda muchas veces. Tal vez su madre y sus hermanos ya no vieran con Marlon. ¡Qué sabía él!

Alguien se acercó y le sacó de sus pensamientos. Era un jovenzuelo, uno de los que había visto en casa de Rudul. Se agachó para burlarse de él y, rápidamente, mientras le increpaba, depositó una bolsita con piedras en su regazo.

– Guárdala...- susurró mientras le insultaba y luego, al ver que Ebrá le miraba con consternación, se marchó corriendo.

Ebrá cogió la bolsita y la apretó en la mano. El fruto de un robo. Suspiró. Luego la guardó en la bolsa que le habían entregado con el mayor disimulo posible, pero

enseguida se dio cuenta de que no hacían falta tantas precauciones pues era invisible para todos los que no querían verlo.

Tras pasar el mediodía y ocultarse el sol detrás de los tejados más altos, los comerciantes comenzaron a desmontar los tenderetes. Ebrá tenía el producto de los robos en su bolsa de lona escondida en el regazo. No se había movido ni un centímetro en las largas horas de espera y nadie había depositado nada en el vaso de arcilla.

Constantin venía solo con una sonrisa pícaro en el rostro alegre. Se agachó para susurrarle.

– Dámelo antes de levantarte. ¿Dónde lo tienes?

Ebrá señaló su regazo y Constantin, con rapidez y disimulo, se lo escondió en un bolsillo de la capa vieja y ajada que llevaba anudada al cuello.

– Vamos, te ayudaré a levantarte. Lo has hecho muy bien.

Le cogió del brazo y tiró de él. Ebrá sintió que todos sus huesos se rompían y se recomponían al instante, más ya se había acostumbrado al dolor y no gimió ni hizo mueca alguna.

– Cada vez te duele menos, ¿eh? -. Preguntó Constantin.

– No. Solo me quejo menos -. Se irguió como un anciano y se miró las piernas. El sayo llegaba hasta las pantorrillas y dejaba sus tobillos blancos y cadavéricos a la vista. Las sandalias tenían una tira rota.

– Eso está bien, Muerto. A Rudul no le gusta que te quejes.

– ¿Dónde está el otro niño?

– Ah, Baulin. No lo he visto desde que te dejamos aquí. Estará en alguna parte.

Comenzaron a caminar y pasaron bajo el arco de la puerta de entrada a la plaza. Dos gatos se peleaban por unas espinas y había suciedad y excrementos en las esquinas. La sombra estaba fría.

– ¿Qué barrio es este, Constantin? -. Le preguntó. No se apoyaba en él pero el niño iba a su lado por si acaso zozobraba y le hacía falta un punto de apoyo.

– Éste, este es el barrio del Puente del Nacimiento. Es un barrio rico, como ya lo has podido comprobar. No está muy lejos del Palacio Rojo. En una ocasión vimos el palanquín de la Emperatriz aunque no supimos si ella estaba dentro o no.

La zona en la que se encontraba estaba muy lejos de donde vivía antes. Estaba seguro de que en sus condiciones no podría llegar muy lejos. Necesitaba recuperar fuerzas para estar seguro de que escaparía de la sombra de Rudul y de aquella vida a la que

se había visto abocado.

- ¿Constantin, haces esto porque te gusta? -. Le preguntó inesperadamente.
- ¿Qué otra cosa podría hacer, Muerto? Rudul nos cuida, nos ha dado un techo y nos alimenta, nos defiende de los otros grupos...¿qué más se puede pedir, Muerto? -.

El niño le miró con aire ofendido. Rudul era lo mejor que había tenido en su vida.

- Antes de pertenecer al grupo de Rudul, vivía en la calle, estaba enfermo y creía que me iba a morir, era menos que un perro para la gente y Rudul me cuidó hasta que me curé. Hay muchos como yo en su grupo, muchos, y todos le estamos agradecidos. Mi madre, mi madre me abandonó y me dijo que no quería saber nada más de mí. Se fue con un hombre que no era mi padre y me dejó solo en casa. Pronto llegó el casero y me echó. Tenía solo seis nieves, Muerto. ¿Te imaginas? Solo seis nieves y me dejaron en la calle para que me muriese. Fue Rudul el único que se apiadó de mí. ¿Cómo quieres que haga otra cosa, Muerto? Se lo debo todo -. Constantin hablaba con adoración de Rudul y Ebrá comprendió que el chico nunca haría nada que pudiera perjudicarlo.

Caminaban lentamente por callejas estrechas y deprimentes en las que colgaban las ropas húmedas de las coladas caseras. El cielo azul era una franja entre las paredes y los tejados.

- ¿Y tú, Muerto? ¿Cómo has llegado a estar así? -. Le preguntó. No había desprecio ni pena en su voz, tan solo la constatación de algo evidente.

- Mi vida no era mala, Constantin, pero será mejor que no te hable de ella. Aún no puedo regresar con los que me importan -. Añadió.

Constantin se paró en seco.

- ¿Regresar? ¿Quién ha dicho que puedas regresar?
- ¿Acaso no se puede? -. Preguntó Ebrá con voz asustada.- ¿Rudul no nos tiene prisioneros, verdad? Supongo que si se lo pido dentro de un tiempo no le importará que me vaya.

- ¡Estas loco, Muerto! ¡Nunca te irás de nuestro grupo! -. El enfado de Constantin iba en aumento. - ¡Ya nos cuidaremos nosotros! - Se apartó de su lado y le miró con rabia. - Se lo diré a Rudul, él te enseñara lo que ocurre si quieres marcharte.

Comenzó a caminar rápido dejando a Ebrá detrás. ¿Qué había hecho? Ahora le iban a dejar en la calle, seguro. Era un estúpido. No podía haberlo hecho peor.

Rudul estaba de buen humor cuando llegaron Ebrá y Constantin a la casa.

Seguramente ya le habrían informado de que los beneficios de aquel día habían sido abundantes y que Ebrá había sido un magnífico escondite para sus fechorías.

- Venga, pasad, pasad, vamos a repartir la pitanza -. Les animó.

Constantin fue a decir algo pero Rudul le propinó un golpe en el rostro con una sonrisa en la boca.

El niño le miró con rabia mientras se frotaba la mejilla.

- ¿Por...?

La pregunta quedó interrumpida por una nueva bofetada tan sonora como dolorosa.

- ¿Te he dicho alguna vez que me repliques?

Constantin bajó la mirada pero hizo un gesto de rabia con los puños.

- ¡Ah, Constantin! Esto es para que recuerdes quien manda aquí. Has llegado tarde y te dije que vinieras el primero.

El niño levantó el rostro para replicar pero no lo hizo pues la mirada desafiante de Rudul le retaba a que lo intentase. Otro bofetón le aguardaba si abría la boca. Sin embargo, bajó la cabeza y no dijo nada.

Rudul sonrió:

- Ya sé que te ha retrasado él -. Miró a Ebrá.- Pero eso no es excusa para que no me obedezcas. Vamos, Constantin, entra y come, quiero hablar un momento con Muerto.

El niño obedeció.

La pobre luz de las antorchas tejía sombras siniestra en el rostro de Rudul. Ebrá era más alto que él pero en aquel momento se sentía un enano.

- Hemos tenido buen día hoy, Muerto. Quizás nos has traído suerte -. Fue a palmearle la espalda pero se lo pensó mejor y no lo hizo. - Los chicos me han dicho que nadie se fija en ti. Es una suerte. ¡Ves, ya sabía yo que nos traerías buena suerte! -. Exclamó satisfecho. - Bien. Ese será tu cometido. Tu déjate caer en una rincón y espera. Nadie sospechará que un pobre mendigo, medio muerto de hambre, guarda las ganancias de nuestros trabajos. Yo ya me encargo de propagar la idea de que los ladrones no queremos vagos ni mendigos en nuestras zonas. Cuando te vean los bondadosos ciudadanos quiero que piensen que están libres de ladrones. ¡Necios! Serás una garantía para ellos, y mientras dure, aliviaré sus bolsas todo lo que pueda. ¡Ah, entra y come, pero no demasiado! Quiero que te vean así, como un mendigo al que no le queda ni un día de vida.

Rudul finalizó su diatriba con una sonora carcajada que erizó los pelos de Ebrá.

La mesa era larga y los comensales se sentaban en largos bancos unos junto a otros.

Comían en escudillas de barro con cucharas de madera un guiso de cordero que un corpulento cocinero servía de una gran olla. Había cestas de pan negro sobre la mesa y jarras con vino y agua. Los desperdicios y las sobras se mezclaban con las migajas de pan y las manchas de vino sobre la mesa. Los hombres y niños hablaban, reían, gritaban y comían a la vez y, cuando terminaban su comida, dejaban la escudilla sobre la mesa para que algún pinche la retirara. Luego se reunían en algún rincón a jugar a dados o a huesos. Ebrá escuchó el jolgorio, las risas y olió el guiso. Entonces se dio cuenta de que tenía hambre y sed. No había comido ni bebido nada en todo el día. Se sentó en el banco y esperó a que le trajeran la escudilla. Rudul pasó tras él.

- Recuerda. No comas demasiado. Te quiero como estás, Muerto...

¿Y si no comía, cómo iba a recuperar fuerzas para escapar de aquella condena? Se preguntó mientras el cocinero depositaba la escudilla con una ración más escasa de la que observaba en los platos de sus camaradas de fechorías.

Al día siguiente no fueron Constantin ni Baulin los que le acompañaron al mercado. Fueron dos hombretones de aspecto fuerte y rudo, de nombre Bol y Baro, que Ebrá no había tenido el disgusto de conocer pues prácticamente le llevaron en volandas y le golpearon en cada ocasión que pudieron, bien por descuido bien por mala intención. Tampoco le llevaron al mercado de verduras sino a uno en el que se negociaba con animales vivos. Había caballos de carga, burros, asnos, así como corderos, cerdos, patos, gallinas y conejos, y una gran variedad de perros, gatos y otras lindezas domésticas. El polvo y el olor a estiércol era insoportable. Tiraron a Ebrá en una esquina sucia y maloliente a la vista de todos y se alejaron de allí sin explicarle nada más. El joven supuso que le llevarían, como el día anterior, bolsitas con las piedras que hubieran robado, pero las horas pasaban y nadie se acercaba a entregarle nada. Miraba a la gente gritar, discutir, pelearse, desgañitarse mientras regateaban pero nadie reparaba en él, nadie le miraba ni le insultaba como se hacía a veces con los pobres que no se pueden defender. Parecía una sombra más que una presencia y, aunque le parecía curioso, no dejaba de pensar que aquellas personas no notaban su presencia porque nada querían de él.

El día pasó y la noche se abatía sobre aquella lóbrega plazoleta con mayor rapidez de lo que pensaba. Ebrá tenía los huesos anquilosados y, aunque no bebía mucho, tenía sed.

- Bueno, me resignaré a pasar la noche aquí. He de buscar un refugio-. Se dijo.

La noches solían ser frías al principio de la Primavera.

Pero había que levantarse y los huesos y los músculos se estremecieron cuando quiso ponerse en pie. Se quejó. Nadie de los que aún quedaban por allí, hombres y mujeres que recogían la suciedad, la paja o las jaulas con los animales que no habían vendido, reparó en él, ni hizo mención alguna de ayudarlo a pesar de sus quejas. Era menos que una sombra, pensó.

Justo se había puesto en pie cuando llegó Constantin corriendo.

- ¡Ay, nos habíamos olvidado de ti! -. Exclamó al verle.

Algunos comerciantes se giraron y se sorprendieron al verles juntos.

- ¿Qué hacéis ahí? -. Preguntó uno.

- Ya nos vamos -. Dijo Constantin. - No ves que le estoy ayudando.

- ¡Vamos, marchaos! ¡No queremos ladrones por aquí! -. Exclamó otro.

- ¡No somos ladrones! -. Gritó Constantin cuando ya se marchaban. - ¡No veis que es un pobre inválido! -. Les avergonzó.

Los hombres negaron y continuaron con sus tareas.

- Vamos, Muerto. Rudul no estará muy contento hoy.

Mientras caminaban, Ebrá pensaba en lo que había ocurrido. Los comerciantes habían notado su presencia al percatarse de la de Constantin. Antes no sabían que estaba allí. Era muy raro.

- ¿No te han dado nada? -. Preguntó el niño con ansiedad.

- No. Nadie me ha dado nada para que lo guardase.

Constantin bufó.

- Hemos tenido un mal día. En donde los animales, nada de nada, en el mercado de verduras, nada también, y en el de telas, un desastre, y han cogido a Varles. Rudul no estará contento.

- ¿Varles?

- Bueno, sí. Varles. No le conoces. Es un chico un poco torpe y, mira, le han cogido. Mañana le colgaran seguro -. Dijo tranquilamente. No había piedad en su voz, ni compasión ni remordimiento.

Ebrá se estremeció. ¿Como podía ser tan insensible?

- ¿Le conocías?

- Claro. He tomado mis buenas jarras de vino con él. Era de mi edad. ¡Ah! Lo que siento es que las piedras que le gané y me debe, no me las va a pagar...- chasqueó la lengua asqueado. - ¡Qué mala suerte!

Ebrá estaba sorprendido por la ausencia de sentimientos que mostraba el niño.

- ¿No te sabe mal que lo ahorquen? -. Preguntó suavemente.
- ¿Mal? ¿Por qué iba a saberme mal? Sabía donde se metía. Hubiera podido ir a robar a las tiendas o a los transeúntes, pero se empeñó en robar en el de las telas y, ya ves, le han cogido. Le colgaran y ya está. Que no hubiera querido hacerse el listo. Hizo su apuesta y ha perdido.

Ebrá negó triste por las palabras del muchacho. ¿Qué grupo era aquel que no sentía piedad por ninguno de sus miembros?

- ¿Y qué dice Rudul?
- ¿Rudul? No veas como se pone cuando le llevamos poco. Hoy, seguro que no comen muchos -. Pareció alegrarse de lo que decía.
- ¿No le importa que lo ahorquen?
- ¡Pues claro que no! Es una boca menos que alimentar y, además era torpe y no se merecía la bazofia que se comía. Estaremos mejor sin él y tendré un poco más de hueco en el jergón.

Ebrá calló. Se sentía mal por compartir la calle con aquel niño desalmado y cruel que únicamente pensaba en sí mismo.

- ¡Ah, pero eso sí! Mañana no nos podemos perder la ejecución. ¡Ay, qué risa! ¡A ver cuantos palmos de lengua saca por esa boca asquerosa! - Exclamó relamiéndose de gusto.

Nada más abrir la gruesa y alta puerta de la amplia casa que servía de guarida y refugio para la tropa de mendicantes se escuchó la voz de Rudul. Gritaba y el tono era el de un enfado monumental. Grister y Jordan estaban de guardia en el patio. Miraban al suelo y se diría que temblaban como hojas azotadas por el viento. Ni siquiera miraron a Constantin y Ebrá cuando pasaron entre ellos. El niño abrió la puerta de la ancha sala que servía de comedor y escuchó las palabras encolerizadas de Rudul.

-¡Malditos seáis todos! -. Vio a Ebrá y Constantin y les dirigió una mirada iracunda y malvada.

El niño se hizo sitio en el banco y se sentó con la cabeza agachada. Ebrá fue más lento pues nadie le dejó un hueco para sentarse, así que se quedó en pie observando las espaldas de sus amigables camaradas con aire desconcertado.

- ¡Maldita sea! ¡Dejadle sitio a Muerto, miserables!

Un jovencito se movió ligeramente y Ebrá interpretó que ese era su lugar. Se sentó y

miró las escudillas vacías. A esas horas ya debía estar el guiso en los platos y el pan repartido, el vino en sus frascas de arcilla y las conversaciones encaminadas. Alguien no iba a comer aquella noche.

- ¡No me habéis traído nada! -. Gritó, y la saliva salpicó la mesa. - ¡Nada! ¿De qué creéis que vivimos aquí? ¿De la caridad de los nobles? ¿De la bondad de los magos? -. No esperó respuesta alguna. - ¡No! ¡Vivimos de nuestros éxitos! ¡Y si no cosechamos, no comemos! -. Hubo un ligero rumor pero un manotazo en la mesa lo acalló rápidamente. - ¡El hambre es una pequeña lección para lo que puedo hacerlos! -. Los hombres tenían miedo. ¿Qué era lo que podía hacerles? Ebrá no lo sabía. Tendría que preguntárselo a Constantin un día que estuviese hablador. - Hoy, nadie comerá -. Dijo en voz baja, como un susurro malintencionado. - Y mañana, todos iréis a ver cómo cuelgan a ese imbécil de Varles. No necesito fracasados como él. ¡A qué esperáis! ¡Marchaos! ¡Dejadme solo!-. Les gritó.

Los mendicantes se apresuraron a obedecer. Ebrá fue empujado varias veces pues el ansia de cumplir la orden hacía que nadie respetase sus movimientos torpes y lentos. Nadie le ayudó y le costó levantarse del banco y caminar hacia el camastro en la habitación compartida que ahora ocupaba. Sentía los ojos de Rudul clavados en la espalda como pinchazos que le azuzasen y trató de apresurarse todo lo que pudo. Antes de entrar en el dormitorio olfateó el guiso que alguien llevaba al terrible jefe y el estómago gruñó de hambre. No era un castigo demasiado duro para él pero los ojos de los compañeros de alcoba le indicaron que para ellos sí lo era, aunque ninguno se había atrevido a replicar no fuera a caerle algo peor.

Colgaron a Varles en el segundo turno de ejecuciones, junto a otro hombre y dos mujeres. Los reos lloraron, gritaron, pidieron clemencia y una de las mujeres se desmayó. Un jarro de agua fría la despertó y fue ahorcada junto a los demás sin miramientos. Mientras pendían de las cuerdas, la gente reía y gritaba exaltada y feliz de que se hiciera justicia con aquellos asesinos y ladrones. Nada más dejaron de bailar en la cuerda, el público despejó la plaza rápidamente. Aquellas muertes le recordaron a Ebrá a su padre. Madre y él habían reclamado el cadáver y se lo habían quitado a aquel verdugo miserable. El que ahora estaba sobre el patíbulo se relamía pues nadie reclamaría los cadáveres y podría venderlos bien antes que dejarlos en el Árbol del Luto.

Baulin se acercó

– Vamos, Muerto. He de llevarte a la plaza.

Ebrá le miró. Había llorado. Debía ser amigo de Varles. Al menos había alguien con sentimientos en aquel grupo de ladrones. El muchacho le miró con compasión y el niño se dio cuenta.

– ¿Por qué me miras así? -. Le preguntó mientras caminaban.

– ¿Era amigo tuyo? -. Respondió.

– ¿Amigo? -. Baulin se echó a reír. Debía tener nueve nieves pero su risa le recordó a la de un hombre adulto y cruel. - Mira -. Le mostró dos pequeñas piedras rojas encerradas en la mano. - La señora que me vio llorar me apretujó suavemente. ¡Qué tonta! Me fue muy fácil aprovechar que estaba cerca. ¿Quién iba a sospechar de un pobre niño inocente llorando desconsolado en una ejecución?

Ebrá tragó saliva. ¡Qué equivocado estaba! En aquel grupo de ladrones no había espacio para la piedad o la compasión.

– Rudul es muy listo, Muerto. Dice que aproveche mi carita de niño huérfano -. Puso los ojos tristes y una sonrisa suave en su rostro sucio y demacrado. - ¡Nunca falla! -. Volvió a reír y Ebrá sintió que se le estremecía el corazón. - Hoy, yo, sí que voy a comer -. Anunció triunfante.

Baulin le acompañó hasta otra plaza diferente de las que había estado en ocasiones anteriores. Era un mercado de verduras y frutas, aunque también vio repartidos por los puestos panes y cerámicas.

El cielo se había encapotado aunque no hacía fresco y la gente se había arremangado las camisas y abierto las pecheras. Las mujeres llevaban blusas más frescas y las faldas un milímetro más altas. Los gritos, las risas y el parloteo era el habitual en un mercado como aquellos. Baulin dejó a Ebrá en un rincón de una calle, buscó un pedazo de arcilla roto y lo colocó a modo de limosnero y luego se marchó para seguir con sus fechorías entregándole antes las dos piedras que había robado. Ebrá las guardó en su saquito.

Todo continuaba igual. La gente le ignoraba. Ya fuera conscientemente o no, le parecía que para ellos no estaba allí. Compraban, vendían, gritaban y paseaban, se acercaban a él y pasaban por su lado sin mirarle ni dirigirle siquiera un vistazo de curiosidad, compasión o desprecio. No estaba. Ebrá no comprendía cómo podían ser tan vacíos de corazón, tan crueles y faltos de compasión. Ninguno. ¿Pero es que nadie sentía el mínimo atisbo de piedad por él, un pobre mendigo, muerto de hambre?

Los gorriones revoloteaban, los gatos se paseaban y los perros rebuscaban entre las piernas. Las cajas se vaciaban y llegaban asnos con nuevas mercancías. Había

aguadores que servían a la gente y jovencitos que vendían pequeños pasteles de miel. El día iba bien. Se habían acercado varios mendicantes y le habían entregado sus cosechas. Baulin, especialmente, había tenido éxito en varias ocasiones. Aquel mercado era un buen sitio para robar aquel día, como si las nubes embotasen la precaución de la gente.

Ebrá tenía hambre y sed. El puesto más cercano tenía hermosas manzanas a la vista. El estómago gruñó. ¿Por qué no me levanto y cojo una? Pensó. Pero, ¡Cómo iba a levantarse y coger una manzana como aquellas! ¡Sería tan obvio que quería robarla! ¿Y sí cogía una de las piedras rojas y se la entregaba al tendero? ¡No! Los ladrones se enterarían. Aunque le entregaban el fruto de sus robos, sabían exactamente lo que habían hurtado cada uno. Y, sin embargo, nadie le miraba, ni reparaba en él. Solo sus camaradas lo hacían. E incluso cuando se acercaban a él, nadie se inmutaba ni les dirigía una mirada. ¿Por qué no podía probar una corazonada que tenía? ¿Qué podía perder? Algún golpe más, algún insulto. Si le increpaban, retrocedería, y ya está. Se quedaría quieto y sabría que le veían, y que su corazón era tan ruin como el de los mendicantes. Por otra parte... se ató la bolsita con las piedras robadas al cordel que rodeaba su cintura por el interior y se levantó trabajosamente. La distancia hasta el puesto era escasa pero le costó trabajo caminar hasta allí, el corazón en un puño, la mirada baja, el dolor en las articulaciones. El frutero charlaba con varias mujeres y agitaba los brazos. Ninguno le observaba, ni notaban que se aproximaba, ajenos a sus movimientos. Se plantó ante las manzanas. Nadie le dirigió una mirada, ni notó su presencia. Era menos que una sombra. ¿Era invisible o qué? Tomó una manzana en su mano esquelética, alzó la mirada y esperó escuchar los gritos del tendero o de las mujeres. Continuaban con su conversación sosegada. No le habían visto. No quiso tentar la suerte y retrocedió lentamente. El frutero cogía acelgas de un montón y las colocaba en el capazo de una mujer. Charlaba de la calidad de su mercancía, de lo cara que se habían puesto las manzanas, de la mala suerte que había tenido aquella semana. Ebrá se apoyó en la pared mirando al puesto. Tenía la manzana en la mano y nadie le había dicho nada. Sentía ganas de reír. Mordió la fruta y su sabor refrescó sus pensamientos. ¡Nadie me ve! ¡Nadie! Suspiró. Aunque Rudul me mate de hambre, robaré comida. Me pondré fuerte. Volveré con mi familia, pensó mientras se la comía con placer. Era muy extraño lo que había hecho. Tan extraño como que le habían cortado el cuello, tirado al río y había sobrevivido.

Las palabras de Rudul aquella mañana le habían parecido extrañamente alarmantes. La Plaza de los Tejidos, el mercado que más gente adinerada reunía y en el que se manejaban mayores cantidades de piedras de cambio era el objetivo de su grupo aquel día. La mañana era dulce y cálida y el sol elevaría la temperatura hasta hacerla calurosa, la gente se volvería más perezosa y descuidada, sudaría y se secaría con pañuelos dejando grietas aprovechables en sus seguras bolsas, pediría más agua y expondría el lugar en donde guardaban sus piezas de cambio. Era en aquella plaza en la que habían apresado a Varles y, por eso, Rudul les había dicho que no se confiaran, que no quería perder a ninguno más por un hurto miserable. Aquello le había sonado a Ebrá hueco y zafio, pues eran palabras dichas sin sentimiento ni aprecio alguno. Para él era un mal día, pues se había acostumbrado a sisar fruta en los puestos de las plazas para comersela mientras se sentaba a guardar los productos de los robos. Las manzanas, las peras, los melocotones y cuanto hurtaba le habían ayudado a sentirse mejor, a aliviar el hambre y a que sus huesos se cubrieran con un poco más de carne. Se sentía más fuerte pero tenía que esconderlo del ojo vigilante de Rudul y de sus más fieles acólitos no fueran a quitarle la sopa, el guiso o la bazofia que le daban por las noches. Ahora fingía sentirse desvalido, débil, y se quejaba aunque no sintiera dolor alguno. Y mientras tanto practicaba su habilidad recién descubierta. Nadie le percibía, nadie se daba cuenta de que estaba allí, junto a ellos, tan próximo y tan distante a la vez. Era por su voluntad por la que lograba tal hazaña, por el mero deseo de desaparecer, y ya nadie le advertía. Desconocía el prodigio que le permitía obrar semejante logro pero no se preocupaba en modo alguno de ello, pues había habido tantos imposibles en su vida que uno más no importaba. Sin embargo, aquel día no comería nada añadido a su magra dieta. En la Plaza de los Tejidos había poco que llevarse a la boca.

Baulin le dejó en un rincón como hacía siempre, le tiró el cuenco para la caridad, cosa que no servía de nada, y se marchó.

Los puestos eran más lujosos, mejor contruidos, y estaban cubiertos por bastas lonas opacas para proteger las preciosas telas del sol que les robaba calidad a los colores. Los comerciantes vestían bien, llevaban gorros puntiagudos o redondos y vociferaban sus mercancías con aires más ufanos. Los compradores también habían mejorado de aspecto y las faldas, capas, calzones, chalecos, blusas y camisas eran ricas y de buenas calidades. Y el calzado también tenía un buen aspecto: zapatos de cuero lustrado, escaarpines finos, botas y sandalias que se veían en perfecto estado. De vez en cuando, una mujer acaudalada o un adinerado elegante paseaba por los puestos

con varios criados cargados de cajas, prendas sueltas o paquetes de telas que habían comprado antes. En la plaza rectangular y flanqueada de fachadas provistas de numerosas ventanas, como casi todas en las que los mendicantes habían robado, se asomaban hombres, niños y mujeres a disfrutar del paisaje humano que se les ofrecía, se tendía la ropa o se subía la compra mediante cuerdas atadas a los capazos que se izaban a pulso. En los aleros de los tejados se posaban los gorriones, y ni gatos ni perros deambulaban entre las piernas de los transeúntes pues nadie tiraba sobras y no había nada que comer. Los aguadores paseaban con grandes cántaros y gritaban “¡Agua!” para atraer a los compradores sedientos. La temperatura fue aumentado y Ebrá se quedó al sol. La gente comenzó a sudar y, como se había previsto, a mostrarse más descuidada. A él no le molestaba el sol. El calor, a pesar de ser intenso y sofocante, le agradaba. Le daba sed, ciertamente, pero podía aguantarse hasta la noche. Bastante peor lo había pasado.

De pronto, advirtió una presencia diferente en la plaza. Un hombre vestido con una túnica gris y de cabello largo e intensamente negro pasó ante él, se detuvo y miró a su alrededor. Al girarse, Ebrá vio sus barbas largas y trenzadas, tan oscuras como su pelo, sus ojos negros y vivos, una nariz prominente y una frente alta y orgullosa. Enseguida supo que era un mago. Aquel hombre parecía olfatear y observar a su alrededor mejor que la gente común y corriente. Llevaba las manos cubiertas por las mangas y cuando se mesó la barba, Ebrá vio sus dedos finos y cuidados en los que había muchos anillos dorados. El joven pensó que le vería, que sería el único que repararía en su presencia, además de sus compañeros de fechorías que sabían que estaba allí. El sol hizo brillar sus anillos mientras se giraba y miraba a su alrededor como quien intuye un peligro o un misterio. Le miró directamente. Ebrá aguantó la respiración. Si le decía algo, le respondería. Era un pobre mendigo. Estaba allí para sobrevivir con la caridad de la gente. El mago, porque sin duda lo era, pues mostraba una seguridad y una disposición que nunca antes había visto en otra persona, esperó un momento, arrugó la frente y se volvió. No le había visto aunque le hubiera intuido. Después, continuó su camino y avanzó entre la gente hasta perderse entre las espaldas de los compradores.

Ebrá suspiró aliviado aunque no tenía motivos para sentirse nervioso. Baulin llegó con varias piedras, se las entregó y se marchó por un lateral. Ebrá pensó en lo que había ocurrido con el mago. ¿Quién sería? ¿De qué eran capaces aquellos personajes poderosos y magníficos? Lo que él sabía era muy poco. Vivían en el Palacio Rojo, o eso creía, y ayudaban a la Emperatriz a gobernar el Imperio. Se decía que eran muchos y que combatían a las huestes del Tejedor de Muerte para que la civilización

continuase existiendo, que tenían poderes extraordinarios, como volar o convertir la piedra en comida, y que se reunían en una lejana ciudad que llamaban Ur, o algo así. Algún día, cuando pudiese escapar del cubil de Rudul y regresase a casa, iría a ver el Palacio Rojo y esperaría hasta ver algún mago como aquel. Mientras pensaba se dio cuenta de que ya no sentía agradecimiento alguno por Rudul, que comenzaba a odiarlo y que anhelaba escapar de su malvada presencia.

El día estaba siendo bastante provechoso. Habían pasado varios guardias de capas rojas y lanzas enhiestas así como agentes del orden con porras y cuchillos ante él pero ninguno se había molestado ni en mirarle. La vigilancia en aquel mercado era más abundante que en los otros en los que había estado. Se notaba que había gente de mayor crédito. Y eso también se había notado en las cosechas de los ladronzuelos. Habían tenido mucha suerte o su pericia había aumentado. Rudul estaría contento aquel día.

Un tumulto hizo que Ebrá se alarmara. Los compradores se agitaban como si quisiesen atrapar a alguien. ¿Habrán descubierto alguno de mis compañeros? Se asustó. Un criado perdió varios paquetes de un empujón mientras varias señoras se apartaban apresuradamente de un grupo que avanzaban hacia él. Las lanzas. Ebrá vio las lanzas antes que los guardias apartasen a la gente para hacerse un pasillo por el que llevaban a un niño: ¡Baulin! Le habían atrapado y lloraba. Sabía cual sería su destino. Los guardias le golpearon de mala manera y el niño, con las manos atadas con cuerdas, trastabilló, chocó con un hombre y se ganó un sonoro bofetón. Un guardia lo apartó con la lanza. Baulin dirigió una mirada desesperada a Ebrá, tragó saliva y las lágrimas corrieron por su cara sucia. Pasó ante él suplicando piedad a los soldados que le insultaban. Cuando desapareció de su vista, el muchacho se sintió abatido. Aquel niño moriría a la mañana siguiente.

– Ha sido un buen día hoy -. Rudul compuso una risa ratuna en su rostro vil. - Y solo nos ha costado uno de vosotros -. Se dirigió al grupo sentado a la mesa que estaba pendiente de sus palabras alegres a pesar de la desgracia. Miró a los hombres, ancianos y muchachos que allí había: - ¡Eh, vamos, dejad esas caras largas! ¡Baulin sabía a lo que se exponía! ¡Ya os dije que tuvierais mucho cuidado allí! El Mercado de las Telas siempre está más vigilado. El premio es más grande, pero el peligro también lo es -. Se encogió de hombros e hizo un gesto de indiferencia.

– Había un mago, Rudul -. Dijo un anciano llamado Comeston. Inmediatamente

después de decirlo bajó la mirada hacia su humeante cuenco.

– ¿Un mago? - . Ninguneó Rudul de pie ante ellos. Iba bien vestido con una casaca azul de cuello alto, con las mangas cortas y un pantalón de buena factura negro. En el cinturón pendía una corta espada, más decorativa que preparada para la lucha. - Un mago no es un peligro para nosotros, pobres rateros inocentes. Los magos buscan presas mayores, como engendros del Tejedor de Muerte o Errantes. No os buscan a vosotros. ¡Estáis locos! ¿Cómo podéis pensar que un mago os persigue? -. Preguntó con desprecio.- ¿Es que no veis lo que sois, malditos miserables? -. Les preguntó con mala cara. Muchos bajaron la mirada. Ebrá le miró pero no dijo nada. No se atrevía. Sin embargo, una voz se alzó:

– Sí, lo sabemos, pero, ¿qué somos para ti, Rudul?

Era el más fornido de los ladrones y se llamaba Crul. El hombre se levantó y miró al jefe a la cara, con atrevimiento y desafío.

– ¡Crul! -. Exclamó Rudul.- ¡Estás cansado! ¡Siéntate! -. Ordenó vacilante.

– ¿Y si no quiero? -. Crul se desplazó del banco y apretó los puños.

– ¿No quieres? ¡No me desafíes Crul o sentirás lo que es el verdadero dolor! -. Le amenazó, aunque había retrocedido un paso.

– He dejado de tenerte miedo, Rudul -. Crul avanzaba hacia él decidido. - Ya han muerto demasiados críos y pienso que no haces nada para evitarlo. Para ti somos deshechos, valemos menos que un gusano -. Se envalentonó. Sus ojos vibraban de rabia y dolor.

Ebrá pensó que aquello acabaría mal. Rudul tenía una espada y Crul únicamente sus puños y su ira. Algunos de sus compañeros se levantaron para apartarse como ratas que huyen del fuego.

– ¡Vamos! ¡Siéntate Crul, no me obligues a castigarte! -. Dijo Rudul con espíritu conciliador mientras continuaba retrocediendo pero sin desenvainar la espada. Seguramente no le serviría para nada, pensó Ebrá.

– ¿Con qué me vas a castigar? ¡No tienes nada! Esa espada que llevas se romperá antes de salir de la funda. ¡Ya estoy cansado de ti! -. Exclamó Crul caminando más rápido hacia Rudul.

El jefe retrocedió y en sus ojos destelló el miedo. Quedaban tres pasos para que Crul alcanzara a Rudul cuando el taimado hombrecillo dijo algo. Un vocablo sin sentido, incomprensible, que sonó como un rebuzno o un cacareo. De inmediato, el atacante se quedó paralizado e hizo una mueca de dolor en silencio. Tenía la pierna adelantada, en actitud de dar un paso más, pero, de alguna manera, no podía. Sus ojos no

parpadeaban y ni siquiera se movían, su boca se había quedado abierta y la saliva le goteaba por la comisura de los labios.

– ¿Qué ha sido eso? -. Preguntó Ebrá.

Nadie respondió.

Rudul se aproximó al paralizado Crul.

– ¿Veis? -. Se dirigió a todos. - Nunca me amenacéis, os puede ocurrir esto -. Sacó la espada con lentitud, para que los hombres escuchasen claramente el chirrido que hacía al abandonar la vaina. Estaba muy afilada y la punta brilló atrapando la luz de las velas. Luego, acercándose a Crul, se la hundió en las tripas sin dilación. El hombre no se movió, ni gritó, ni se retorció de dolor, aunque sus ojos, también paralizados, brillaban de terror. Rudul retorció la espada y la sangre se derramó por el filo, por los pantalones, y goteó sobre el suelo de viejas baldosas. Cuando la sacó, la sangre manó de la herida como de una fuente mientras Crul permanecía en pie, inmóvil, y moría.

- ¡Camaradas míos! -. Exclamó Rudul -. ¡Acabáis de ver cómo trato a los que me amenazan! ¡Yo os doy de comer, os doy cobijo y cariño! ¡Y espero que vosotros también me lo devolváis! ¡No espero que me amenacéis ni que queráis matarme! ¡Sé defenderme, sé cuidarme! ¡No me obliguéis a hacerlo de nuevo! ¡Que esto os sirva de lección y que me traigáis buenas piedras de cambio ahora que habéis visto de lo que soy capaz! ¡Ah, pero soy magnánimo! ¡Esto no ocurre a menudo! ¡Yo salvo a la gente! ¡Yo cuido de mi gente! ¡¿Veis a ese despojo de ahí?! -. Señaló a Ebrá.- ¡Me debe la vida! ¿A qué estás muy agradecido, Muerto? -. Le preguntó con malicia.

Ebrá bajó la mirada y suspiró.

– ¿Estás o no agradecido, Muerto? ¡Quiero escucharte! -. Rudul se acercó hasta él, le cogió del brazo y lo levantó del banco. Luego le miró con una sonrisa odiosa. - Quiero oírte...- escupió.

– Sí, señor. Te debo la vida y te estoy muy agradecido -. Dijo Ebrá. Habían sido las palabras más difíciles que había pronunciado en su vida.

– ¡Ah, muy bien! ¡Veis, mis súbditos! ¡Él me aprecia! ¿Cómo no vais a apreciarme vosotros? ¡Decídmelo!

– ¡Os apreciamos, señor! -. Gritaron todos a una, algunos asustados, otros, de corazón.

Rudul rió satisfecho. Mientras, la sangre de Crul había formado un amplio charco en el suelo y el hombre tenía una mirada vidriosa y la piel tan pálida como la de Ebrá el día que lo sacaron del río. Sencillamente, se había desangrado. Un nuevo vocablo extraño

y sonoro brotó de los labios de Rudul y Crul se desplomó en el suelo como un trapo, muerto.

– ¡Ciro, Alaman, recoged ese despojo y tiradlo a los cerdos del patio! -. Ordenó con desprecio.

Los aludidos, dos hombretones fornidos, recogieron el cadáver de Crul y se lo llevaron arrastrando sus botas por la sangre.

– ¡Constantin, Restrepo! ¡Cuando acabéis de cenar, limpiad toda esa sangre! No os he escuchado bien cuando me aclamabais -. Añadió con malicia. - ¡Ahora, sentaos y cenad! Ha sido tan solo un incidente sin importancia -. Él mismo se dirigió hacia su sitio y se sentó. Sus hombres obedecieron. Nadie se atrevió susurrar ni a abrir la boca salvo para comer. Cuando Rudul acabó, ordenó que todos se retiraran aunque no hubieran terminado su cena y se quedó solo observando a Constantin y Restrepo.

Cuando Ebrá se acostó en su camastro, un anciano llamado Babosa habló:

– Hacia mucho tiempo que no usaba su talento, muchachos.

– ¿Talento? -. Preguntó una voz en la oscuridad.

– Bueno, no sé si es talento o no. ¿Habéis escuchado que dijo algo antes de que Crul se quedara paralizado?

– Sí. Fue algo que no comprendí -. Respondió alguien.

– Es Lengua Antigua, muchachos. Lengua de poder...- dijo el viejo.

– Pero está prohibida. Icelia la prohibió hace décadas -. Susurró alguien.

– No seas ridículo, jovencito. - Dijo Babosa. - También está prohibido robar y nosotros lo hacemos.

– Pero eso es mucho peor ¿no?

– Sí, quizás, pero quién se lo va a decir a los Soldados Blancos, ¿eh? ¿Quién se atreve?

Nadie respondió.

– Lo que me imaginaba. Todos estimáis vuestro pellejo. Ese estúpido de Crul nunca hubiera dicho nada si hubiera sabido a lo que se enfrentaba. Ahora, vosotros ya los sabéis, y si queréis morir, solo tenéis que molestar al jefe. ¡Los cerdos siempre tienen hambre! -. Exclamó y rió de forma que se le atragantó la saliva y casi se ahoga. Cuando terminó de toser, añadió: -Y ahora, dormid. Mañana tenemos otra ejecución y no quiero perdérmela por nada del mundo.

Había sido una sorpresa que Rudul conociera la lengua prohibida. Ebrá pensó en la marca que le habían grabado en el brazo. No sabía porqué, pero pensó en ella. Quizás aquellos símbolos también fueran algo prohibido pues se los hacía ocultar a todos

cuando salían a la calle. ¿Tendría alguna relación? Se preguntó. Tenía que dormir y necesitaba que los sueños fueran, al menos, agradables.

Alaman llevó a Ebrá al Mercado de Verduras. Eso alegró al joven porque comería algunas frutas aquel día y se sentiría mejor. Se había vuelto más atrevido y, mientras los ladrones trabajaban, él se alimentaba. Como no sabía el tiempo que tardarían en cometer los robos, hacía sus incursiones con rapidez ahora que ya caminaba mejor, aunque tenía que disimular ante sus colegas, no fuera a sospechar Rudul de su renovada vitalidad.

El día iba bien. Habían conseguido buenas piezas y no habría problemas con la cena. En eso había quedado su vida: en preocuparse por la comida y nada más. Pero pronto cambiaría. Un día, huiría.

Entonces la vio.

Era Dunia. Sin duda era ella. La esposa de Marlon. La que había desaparecido extrañamente. Casi no la reconoce pues iba elegantemente vestida y una nube de criados y doncellas bullía a su alrededor. Caminaba con gracia y sonreía mientras unos hombretones le abrían el camino apartando a los compradores que entorpecían su paso.

Cuando cruzó ante él, se aseguró de que era ella al mirarla a la cara directamente pues se había puesto en pie para verla mejor sin que le percibieran. Era ella, sin duda.

Pero, ¿por qué vestía así? ¿cómo se había vuelto tan rica para tener criados y doncellas? ¿Y esas ropas? Debían valer una fortuna. Fue a seguirla pero Alaman vino con sus robos.

– ¿Qué haces en pie? -. Preguntó sorprendido.

– Esa mujer, Alaman, esa mujer...¿quién es?

– Ni lo sé ni me importa. Siéntate, Muerto -. Le obligó de malas maneras.- ¡Mierda, siéntate! Tengo que entregarte algo -. Miró a su alrededor nervioso por si alguien les veía.

– Por favor, Alaman, averígualo. Necesito saberlo. Creo que la conozco.

– ¿La conoces? -. Preguntó escéptico.

– Sí, creo que sí.

Alaman frunció el ceño. No era un hombre muy inteligente ni amable, y la bondad era escasa en él. Ebrá se preguntaba cuando tardaría en colgar de una cuerda por el cuello.

- Está bien, Muerto. Me caes bien. Preguntaré a ver si alguien sabe quién es. Pero no te aseguro nada. Por como vestía y los criados que tiene debe ser muy rica o la mismísima sobrina de la Condesa Fabriella -. Rió el rudo hombretón mientras se alejaba.

Ebrá suspiró. ¿Cómo se había transformado así aquella mujer?

Ebrá regresó pensativo a la casa de Rudul. ¿Por qué Dunia había abandonado a Marlon? ¿Cómo había hecho para conseguir ropas como aquellas y sirvientes que la siguieran? ¿Qué había ocurrido? Ni siquiera se apoyaba en Constantin que le había ido a buscar y el niño caminaba más deprisa de lo que era habitual.

- ¿Ya estás mejor, Muerto? -. Preguntó el jovencito.

Las palabras del niño sacaron de sus pensamientos a Ebrá. Se había olvidado de simular su debilidad. En realidad, ya hubiera podido regresar a casa solo. Aunque comía poco en el refugio, compensaba la falta de alimentos con frutas, dulces, embutidos y panes que sabía de los puestos sin que nadie se enterase gracias a su rara habilidad. Trastabilló inesperadamente y se apoyó en Constantin.

- ¡Eh! ¡No, Constantin! Solo es que a veces creo que tengo un poco más de fuerza de la que en realidad poseo -. Se excusó.

- ¡Ya, ya! -. Rió el niño.

Ebrá le miró de soslayo.

- No creo que estés tan mal como aparentas, Muerto. Supongo que Rudul querrá saberlo -. Añadió con malicia.

- Sí. Supongo. Y también querrá saber que tiene ciertos discípulos que no trabajan todo el día...- Ebrá le había visto vegetar acostado a la sombra en momentos en que se suponía tenía que “trabajar”. De ahí su sugerencia.

- Sí. Supongo que querrá saberlo...- murmuró Constantin agriamente. - Pero, claro, si tu no dices nada, yo...- se llevó el índice derecho a los labios -...tampoco lo diré. ¿Te parece justo?

Ebrá se encogió de hombros.

- Es justo.

Llegaron a la casa, entraron y se sentaron a la mesa. Constantin se separó de él y Ebrá se apoyó en el banco para sentarse. Vio a Alaman y le hizo un gesto con la cabeza. El hombre se acercó e hizo una mueca.

- ¿Qué sabes? -. Preguntó Ebra con interés.

- Poca cosa, Muerto. Se ve que es una amante nueva del noble Parsis...¿Y a ti que te importa quién es? -. Preguntó con descaro.

- ¡Oh! Creo que la conozco. Me preguntaba si estaba en lo cierto.

- Pues mejor que no te dirijas a ella. Parsis esta muy metido en el Palacio Rojo y, no te digo nada más, ese es un sitio muy malo para nosotros Muerto.

El hombre se alejó.

- Me debes una -. Dijo dándose la vuelta bruscamente.

Ebrá le sonrió y levantó la mano. Vino un cocinero y le tiró una escudilla con guiso de cerdo humeante sobre la mesa. Otro trajo pan y un tercero vino y vasos.

¿Cómo haría para seguirla? No podía abandonar las plazas pues Rudul pensaba que traía buena suerte a los ladrones. ¿Qué podía hacer? Mientras comía, sus pensamientos se agitaban como aguas de un mar tormentoso. Ni siquiera vio a Rudul que pasó ante él y le echó un rápido vistazo, ni a Restrepo que se colocó a su lado y le sisó un pedazo de pan, ni a Babosa que se sentó enfrente y le habló lentamente. Estaba tan ensimismado que se había aislado del resto del mundo.

Un golpe en el hombro le sacó de sus pensamientos. Le había dolido. Hizo una mueca de rabia y se giró a ver quién era: Rudul

- ¿Por qué estás tan pensativo, Muerto? ¿Es que has visto algo raro hoy?

Ebrá le miró directamente, con descaro. Una idea ilumino sus pensamientos. Porque no...

- Rudul, me preguntaba, puesto que ya que ahora me encuentro mejor, no podría aprender a robar como ellos...- miró al resto de compañeros.

- ¡Robar tú! -. Exclamó Rudul obligándole a levantarse mientras se reía burlonamente. - ¡Dice que quiere robar! ¡No es patético! -. Exclamó. Todos sus camaradas se mofaron de él, le insultaron y se carcajearon grotescamente.

Ebrá no sintió vergüenza ni rabia por ello. Allí de pie, tan delgado y blanco como un cadáver, parecía que había dicho una soberbia estupidez.

- ¿Cómo vas a robar nada, Muerto, si no puedes moverte sin apoyarte en alguien? -. Preguntó Rudul con guasa -. Ese sol te ha dado fuerte hoy, ¿eh?

- ¡Sí, seguro que no está bien de la cabeza!-. Exclamó alguien y le hizo un gesto obsceno.

Ebrá aguantó las risas estoicamente.

- ¿Y si te demuestro que puedo quitarte algo sin que te des cuenta, Rudul? -. Preguntó con voz tranquila y suave.

Rudul se le quedó mirando con aire divertido y estalló en una carcajada más grave que

las anteriores.

- ¡Dice que puede quitarme algo sin que me entere! ¡A mi! ¡Al más grande y hábil de los ladrones de Adentor! -. Le dio una palmada fuerte en la espalda.

Ebrá ya había utilizado su habilidad sin que Rudul se enterara. Era su oportunidad. Si conseguía convencerle que podía ser ladrón podría abandonar su inmovilidad y así seguiría a Dunia hasta su casa. Podría interpellarla, saber qué había ocurrido con su vida.

Ebrá sonrió suavemente, alzó con teatralidad la mano derecha cerrada y la abrió. En la palma tenía una pequeña navaja con el mango nacarado y un símbolo circular intrincado grabado en él.

Rudul calló de golpe y sus ojos ardieron de furia. Luego lo miró fijamente. Los mendicantes habían enmudecido también.

- Te he quitado la navaja -. Dijo con voz tranquila.

Rudul la cogió rápidamente de un zarpazo. Ebrá creía que había triunfado y que el jefe de los mendicantes reconocería su éxito. El puñetazo que le dio, le hizo volar por el aire y caer sobre la mesa, para desgracia de Babosa, que se quedó sin cena pues su plato estalló en mil pedazos. El joven quedó estampado sobre el mueble, dolorido y quejoso. Sus compañeros se reían.

Rudul le cogió por el cuello del sayo y le dijo a un palmo de la cara.

- Nunca más vuelvas a hacer eso.

Luego le soltó y se dirigió hacia su lugar en la mesa mientras los murmullos de sus compañeros crecían a su alrededor y la cabeza le daba vueltas y más vueltas.

- Rudul quiere verte -. Dijo Constantin mientras cogía un bollo de la mesa, lo mordía y se marchaba corriendo como si lo hubiera robado.

Ebrá se frotó la barbilla. Aún le dolía el fuerte golpe que había recibido. La noche anterior se había acostado en silencio soportando las interminables burlas de sus compañeros de alcoba que únicamente habían comprendido que el joven había recibido un buen puñetazo por desafiar al jefe. Los motivos les eran intrascendentes. Quizás quiera que me marche pensó mientras se levantaba del banco tras masticar el último pedazo de bollo seco y duro que le había dejado el cocinero. Ya no estaba tan débil como cuando lo sacaron del río pero sería difícil sobrevivir solo en una ciudad como Adentor.

Babosa pasó cerca y escupió en el suelo.

Rudul comía en ocasiones en un reservado y aquel era uno de esos momentos. Se llenaba la boca y bebía vino a la vez, como si no tuviera tiempo que perder. La luz de las velas iluminaba la habitación que solo tenía una ventana pequeña, cual mazmorra. Era una sala tétrica y húmeda que olía a rancio y a maldad. Rudul estaba en la gloria sentado en una cómoda silla y apoyaba los brazos sobre la mesa, el cuchillo en una mano y el pan en la otra. Echó una mirada rápida a Ebrá y continuó comiendo. El joven esperó allí, de pie, en silencio, sintiendo el frío que destilaba el suelo a través de las viejas alpargatas.

– No sé cómo hiciste lo de ayer...- le dijo con la boca llena y apuntándole con el cuchillo -...pero no me gustó nada.

– Perdonadme señor, yo solo...- se disculpó Ebrá.

– ¡Cállate, Muerto! ¡No soy ningún estúpido! ¿Si crees eso, te mato ahora mismo? -. Escupió pedazos de pan por entre los dientes amarillos.

– No os creo estúpido señor -. Susurró Ebrá asustado.

Rudul le miró a la cara valorando la sinceridad de su respuesta. Ebrá desvió la mirada para que no interpretase que le desafiaba.

– Así me gusta, Muerto. ¡Humildad y agradecimiento! Que no se te olvide que vives porque yo lo permito. Te saqué del río, te curé y no quiero perder mi inversión tontamente, ¿me entiendes?

– Creo entenderle, señor.

– Mejor, mejor -. Cabeceó Rudul. - Ahora hablemos de lo de ayer. ¿Has sido ladrón antes, Muerto? Porque lo que hiciste tan solo lo hacen los ladrones, los buenos ladrones diría yo. ¡Quitarme la navaja no es nada fácil! ¡Y menos, a mí! Dime entonces, ¿Eres ladrón? ¿Lo fuiste?

– No me acuerdo, señor -. Mintió Ebrá. - No recuerdo muchas cosas de mi vida antes de que me rescataseis del río, señor.

Rudul le volvió a lanzar una de esas miradas duras y escrutadoras con las que intimidaba a los hombres. Dejó el cuchillo sobre la mesa y tragó un bocado.

– Puede ser. Estabas en una situación muy difícil y puede que hayas perdido la memoria, pero lo que sin duda no has perdido es la habilidad para robar, ¿verdad?

– No señor, no creo que la haya perdido, señor.

– ¡Ah! ¡Qué desperdicio! No puedo dejar pasar esta oportunidad, Muerto. Eres un buen ladrón y voy a cambiar tu cometido -. Le anunció mientras se levantaba arrastrando la silla sonoramente. - Me traerás piedras, joyas, papeles, cualquier cosa

que creas aprovechable. ¡Basta ya de ser un pobre mendigo! ¡Te asciendo a ladrón! -. Se acercó a él y le puso el brazo sobre los hombros. Ebrá era más alto y tuvo que encogerse para que lo hiciera. - Sería un imbécil sino aprovecharse tu arte, ¿eh, Muerto?

Ebrá no respondió y bajó la mirada. Salieron del cuartucho. Casi tenía ganas de sonreír pero eso sería muy peligroso pues Rudul podría sospechar.

- Voy a darte ropa nueva, más decente que ese sayo miserable de pordiosero que llevas, zapatos y un buen sombrero, te mezclarás con los incautos y me traerás el botín, ¿de acuerdo?

- Sí señor. Aunque tal vez esté un poco desentrenado, señor.

- ¡Ah, tonterías! Lo que hiciste ayer fue suficiente para convencerme de que puedes hacerlo y de que tengo un uso nuevo que darte.

Algunos hombres vieron que se acercaban como buenos compañeros y pusieron ojos como platos. Sin duda habían pensado que cuando Rudul había llamado a Ebrá era para liquidarlo de inmediato o despedirlo del grupo.

- ¡Eh, Cloquin! -. Llamó a un hombre joven de aspecto enfermizo. - Dale ropa de calle a Muerto. ¡Va a traerme más piedras que todos vosotros juntos! -. Rió mientras se lo entregaba al aludido con una mueca de felicidad en su rostro malvado.

Ebrá lo había conseguido. Sería ladrón y robaría rápidamente para dedicarse después a lo que más le interesaba: descubrir el paradero de Dunia.

El Lento Verano trajo calores agobiantes y éxitos para el nuevo oficio de Ebrá. Le resultaba muy fácil robar brazaletes, cadenas de oro, collares, camafeos, botones de plata y toda clase de caros artículos de adorno y orfebrería que colgaban de los cuerpos de los viandantes. En cuanto Rudul vio que también era capaz de robar oro le ordenó de inmediato que dejara de sisar bolsas con piedras y se dedicara al hurto de joyas que le producían mucho más provecho.

Ebrá comía mejor y el vino que le ofrecían en la mesa común era más bueno, y los compañeros le respetaban aunque había muchos que le envidiaban. El cambio más agradable había sido el de Constantin que le trataba como a un verdadero camarada. Las heridas del rostro producidas por los peces del río habían cicatrizado perfectamente y la del cuello tenía el aspecto de grueso cordel de carne. Cuando salía a las plazas o a la calle, se anudaba un suave pañuelo rojo que había robado de un

mercader de telas para ocultarlo. La ropa que Rudul le había dado consistía en unos pantalones que le llegaban hasta la rodilla, una camisa blanca vieja, aunque de buen uso, con todos los botones correspondientes, un chaleco negro de cuero recio, un sombrero de ala ancha para ocultar la mirada y protegerse del sol y unos zapatos frescos para cuidarse los pies. También le habían dado un cuchillo, que llevaba envuelto en la tela de la cintura para que no se le notase, a efectos de protección. No lo necesitaba. Se había familiarizado con su rara cualidad y merodeaba entre la gente sin que nadie sospechara nada. Había descubierto que era por su propia voluntad por la que conseguía alterar de alguna manera desconocida la percepción que tenían de él a cuantos le rodeaban. Poco a poco fue pensando que podría marcharse en cuanto quisiera, que nadie le encontraría, pero un extraño sentimiento de lealtad le ataba a sus compañeros además de la necesidad de descubrir a Dunia. Llevaba todo el mes recorriendo los diversos mercados de la enorme barriada en la que ejercían sus “trabajos” y no había tenido suerte. Aquella mañana le había quitado un grueso brazalete a un calvo orondo que despotricaba contra los criados que le acompañaban. Era una buena pieza y le había sido muy fácil de cosechar. Ahora tenía varias horas a su disposición hasta regresar al cubil, así que caminaría por las calles atento a cuantos viese y no robaría nada más. Constantin trataba de robar una bolsa a un viejo apoyado en un bastón, pero no tenía suerte. Ebrá se sonrió. Para él hubiera sido muy fácil robarla, aunque el viejo tenía aspecto de pobre y de que aquellas piedras debían ser todo su patrimonio. Hizo una mueca de descontento. ¡Pero qué se le iba a hacer! Los débiles eran enseguida eliminados de la sociedad. Ebrá vio como le quitaba la bolsa con rápidos movimientos. Sin embargo, el viejo estaba atento y notó el robo. Entonces gritó:

– ¡Ladrón! ¡Ladrón! -. Cogió el brazo de Constantin con más fuerza de la esperada.

– ¡Yo no he hecho nada! ¡Yo no...! - Gritó Constantin.

Unos hombres fuertes se aproximaron, varias mujeres les rodearon. ¡Aquello era la muerte para Constantin! Mañana colgaría de la cuerda del patíbulo.

Ebrá no podía permitirlo. Era uno de ellos. Adoptando su cualidad empujó un puesto de verduras y lo lanzó sobre la gente. El tendero gritó, la gente cayó golpeada por la tabla y las frutas, los gatos escaparon, los perros comenzaron a ladrar. La gente se despistó y Ebrá se acercó al viejo y a Constantin, le quitó la bolsa al niño y dijo:

– Señor, esto es suyo...- le enseñó la bolsa al viejo.

– ¡¿Eh!? ¡Sí! Es todo cuanto tenía. ¿Dónde la has encontrado?

– Estaba en el suelo señor.

El viejo soltó a Constantin.

– Ya se lo dije, señor. No le he robado nada. ¡No soy un ladrón!-. Gritó para que todos le oyesen.

Los hombres y mujeres que se habían acercado se miraron dubitativos.

– Deje al niño señor. He encontrado vuestra bolsa en el suelo. Supongo que se os habrá roto el nudo.

Constantin aprovechó para marcharse mientras el viejo dudaba y miraba una y otra vez la bolsa.

– No hay ningún...

Ebrá, al ver que Constantin ya se había alejado lo suficiente, adoptó su arte. El viejo miró a su alrededor para encontrar solo caras desorientadas, un tumulto de mujeres y hombres con verduras y frutas desparramadas y su bolsa aferrada en la mano. Ya no podía encontrar a nadie más.

Constantin le esperaba a la sombra de un soportal. Ebrá le vio y se dirigió hacia él.

– Ha estado cerca, Constantin.

El niño, que aún no había abandonado la mueca de preocupación y terror, miró al joven:

– Gracias, Muerto. Me has salvado la vida.

Ebrá sonrió. Era el momento para decirle su verdadero nombre. Lo tenía en la punta de la lengua. Pero no. Se iría de allí en cuanto pudiera y no quería que nadie preguntase por él en un futuro. Mejor que le llamasen así, como quisieran. Muerto. Había muerto y estaba allí.

- Has sido demasiado atrevido. ¿No se te ha ocurrido pensar que ese anciano era todo lo que tenía en la vida?.

- No, Muerto, solo pensé que sería muy fácil robársela.

- Pues ten más cuidado. Siempre se atrapa al ratón con el queso más apetitoso.

- Sí, lo tendré. Es un buen consejo, Muerto. Me tengo que ir. No he conseguido nada y Rudul se enfadará.

El niño se alejó y Ebrá le miró hasta que desapareció entre la gente, se dio la vuelta y la vio. Era ella. ¡Dunia! ¡Qué suerte! No podía dejarla escapar. Caminaba como la vez anterior, seguida por una cohorte de criados cargados de cajas. Se la notaba presurosa y elegante, y algo incómoda con el largo vestido que llevaba para el calor que hacía. La criada que llevaba una tela para hacerle sombra caminaba rápida y trataba de seguir sus pasos con mucha dificultad.

Al pasar frente a él, Ebrá se retiró instintivamente. Estaba bella y en su rostro serio flotaba una aureola de altivez genuina. Se la veía distinta, cambiada y, a pesar de que la había conocido poco, pensó que aquel rostro y aquel porte eran su auténtica personalidad.

Ebrá la siguió por calles que ya había transitado anteriormente y luego se adentró en una zona que no conocía. Las fachadas de aquellas casas eran más elegantes y señoriales que las del barrio que habían dejado atrás. Los árboles tejían su sombra y bajo las hojas habían colocado bancos para el descanso de los honrados ciudadanos, que en aquel momento estaban cubiertos de gente conversando o vigilando los juegos de los niños en algún lugar próximo.

Dunia y su séquito se dirigieron hacia una mansión cuyo pórtico triangular se apoyaba en dos columnas de piedra blanca. La puerta era oscura, de hierro, y había dos guardias vigilando la entrada. La fachada se alzaba más de diez metros y tenía numerosos balcones sobre los que aleteaban las cortinas. Era un edificio grande, señorial, propio de la nobleza. Ebrá se preguntó cómo había podido alcanzar aquella posición. Dunia entró sin decir nada y los guardias la saludaron con un leve movimiento de cabeza. Los criados fueron tras ella y se agolparon ante la puerta. Cuando entró el último, Ebrá también lo hizo, oculta su presencia a las gentes.

Tras la entrada había un patio con flores, árboles de hojas anchas de un verde intenso y una fuente que alegraba la sombra. Ebrá vio como los criados se dirigían hacia la derecha y Dunia continuaba recto, hacia la parte opuesta del patio. Ebrá la siguió. Había dos gatos merodeando por allí pero ninguno hizo mención de percibir su presencia.

La mujer se adentró en un sala pero no cerró la puerta. La habitación estaba amueblada con cómodos sillones, mesas bajas, mesitas sobre las que había decoradas botellas y bandejas con vasos, y dos anaqueles acristalados que contenían libros. Una lámpara con numerosos cirios apagados colgada del techo y había dos candelabros apoyados en las paredes. No hacía falta luz de fuego pues las ventanas acristaladas eran grandes. Dunia se sentó en un sofá con escasa elegancia, suspiró y cogió una botella para servirse vino. Una de las ventanas estaba abierta y soplaba una brisa lenta que agitaba las cortinas blancas con suavidad. Ebrá se colocó en la sombra y cerró la puerta suavemente, como si lo hubiera hecho el viento. Dunia observó la puerta pero desdeñó que se cerrara por una acción humana. ¿Quién podía entrar en casa de un noble protegido por la gobernadora de Adentor?

La iba a asustar, seguro, pensó Ebrá, pero no había otra forma de hacerlo. Ansiaba

saber cualquier cosa de su familia.

Se acercó a su espalda, sacó el cuchillo y lo apoyó en su hombro derecho. La mujer chilló, pero Ebrá le tapó la boca con rapidez. Se levantó bruscamente y casi estuvo en un tris de tirarlo al suelo.

- Si gritas, te mato -. La amenazó más que nada para que no se le ocurriese gritar pidiendo ayuda. Le puso el cuchillo en la base del cuello.

- No, no voy a gritar, por favor, no me hagas daño...- dijo con angustia.

- No voy a hacerte daño, mujer. Solo quiero respuestas-. Sus palabras volaron más agresivas de lo que él mismo esperaba.

Ebrá se dio cuenta de que le miraba sin reconocerle. Sus ojos traslucían miedo y angustia, inseguridad y desconcierto, como alguien que se siente tan seguro que cree imposible un accidente.

- Me costaría muy poco matarte, mujer, así que estate quieta y no te atrevas a moverte. He llegado hasta ti sin que nadie se diera cuenta.

- ¿Vas a matarme? -. Preguntó con miedo y miró el cuchillo en la mano de Ebrá.

- No. No voy a matarte si respondes a mis preguntas.

- ¿Qué quieres saber? -. Dunia se dejó caer en el sofá.

No le reconocía. Estaba claro que no le reconocía. Ebrá tenía el rostro cubierto de cicatrices, le faltaba carne en los pómulos y un poco de aleta en la nariz, la barba le había crecido y, aunque era escasa, cubría su mentón, el sombrero de ala ancha teñía de sombras sus ojos. ¿Cómo iba a reconocerle? ¡Mejor así!

- Solo soy su amante. No sé nada de política -. Aventuró la mujer, imaginando que la amenaza era por culpa del Conde Parsis.

- No necesito saber nada de tu amante -. Respondió Ebrá secamente. Se había situado frente a ella y apuntaba a su cuello con el arma. Dunia no dejaba de mirar el afilado extremo.

- ¡Oh, no! ¡Vas a matarme, vas a matarme! Te envía su esposa -. Se removió en el sofá, le saltaron las lágrimas y alzó la voz obligando a Ebrá a adelantarse para que el cuchillo tocara su piel y hacer que se callara.

- No voy a matarte, mujer. No me irrites. No me envía nadie.

Dunia abrió los ojos desconcertada.

- ¿Y entonces, qué quieres, quién eres?

- ¿Dónde has vivido antes, mujer?-. Preguntó Ebrá súbitamente.

Dunia se echó hacia atrás pensativa, a pesar del miedo que traslucía su mirada.

- ¿Quién eras antes? -. Añadió Ebrá fríamente.

La mujer arqueó las cuidadas cejas, sus ojos azules chispearon y se agarró un mechón del cabello teñido de azul cobalto mientras evaluaba la pregunta.

- ¿Quién eres?

- Respóndeme mujer. No agotes mi paciencia -. La voz de Ebrá surgió amenazadora y siseante de su labios. Una cualidad desconocida para él.

Dunia se estremeció y respondió:

- Yo...yo...- titubeó -...siempre he sido la amante de algún señor...

- ¿Eres una prostituta? -. Se sorprendió Ebrá. No podía ser.

- No. No. Los hombres me protegen...

- ¡Mientes mujer! -. Alzó la voz a riesgo de que los criados le oyeran. Pero no tenía miedo. Le sería muy fácil desaparecer y parecería que Dunia había tenido una alucinación.

- ¡No miento! ¡Te juro que no miento! -. Exclamó asustada.

Ebrá había adelantado el cuchillo y con la punta había herido levemente el cuello de Dunia. Los ojos vibraban de miedo en su rostro pálido.

- ¿Dónde vivías? Sé que no has vivido aquí siempre -. Preguntó retrocediendo levemente.

- Yo...vivía en otra zona de Adentor...lejos de aquí...con un hombre malvado que me pegaba...tuve que irme de su lado si quería sobrevivir a sus palizas...- dijo casi susurrando.

Ebrá tragó saliva. ¡Cuántas mentiras! La rabia recorrió su cuerpo como un temblor.

- Y entonces, el buen Conde Parsis me encontró y me convirtió en su pupila... - continuó Dunia temblando. Era una excelente actriz, pensó Ebrá.

- Vivías con un hombre llamado Marlon, estabas casada con él -. Afirmó el joven secamente, sin titubear, como si supiera mucho más.

Dunia se retrepó en la silla y sus ojos indicaron lo que su cuerpo calló. Aquel hombre sabía cosas de ella, sabía que mentía. Tendría que ir con cuidado si quería salir viva de aquella situación.

- Sí, es lo que he dicho. Se llamaba Marlon. Me pegaba. Escape de sus garras antes de que me matara...- la expresión angustiada y lastimera de Dunia conmovieron a Ebrá. No. No podía ser cierto, pero parecía tan veraz.

- Marlon era un hombre pobre que se ocupaba de ti con cariño. ¿Cómo puedes decir que te pegaba y quería matarte? -. Inquirió indignado y asqueado.

- ¿Cómo sabes tú todo eso? -. Preguntó audaz y sorprendida.

- ¡Callate! - Exclamó Ebrá con enfado. - Simplemente, lo sé. Escúchame bien. Sé

muchas cosas sobre ti, muchas...- trató de insuflarse inseguridad y dudas -...así que la próxima pregunta que te haga quiero que sea la pura verdad. Miénteme y morirás...

La mujer tragó saliva amarga y asintió.

- Te fuiste porque una nueva mujer entró en la vida de Marlon. ¿No es cierto?
- Sí.
- Esa mujer tenía un nombre, ¿no?
- Sí. Se llamaba Valeria... pero ¿qué importancia tiene su nombre?
- A ti no te importa. ¿Tenía hijos?
- Sí. Tres. Marlon se los trajo a casa. No me gustaba tener niños en casa.
- ¿Y por eso te fuiste? Le abandonaste.
- Por eso...- titubeó. - Sí, fue por eso...

Ebrá supo instintivamente que había mentido. ¿Por qué razón había dejado a su marido? Marlon la quería, de eso estaba seguro. ¿Qué ocurría allí?

- Mientes mujer -. Susurró.
- No...no...te juro que no miento...tengo miedo...¿quién eres?...¿por qué te importa tanto saber porqué abandoné a Marlon? ¿Que tiene que ver contigo?

Ebrá se aproximó y bajó el cuchillo dubitativo.

Sin previo aviso, Dunia se levantó de golpe y empujó a Ebrá con más fuerza de la que parecía tener. La mujer, asustada y temblorosa, había dejado pasar a una gata enfurecida.

- ¡Guardias, guardias! -. Gritó mientras corría hacia la puerta y él trataba de recuperar el equilibrio.
- ¡Ah, maldición!

La mujer abrió la puerta y se escucharon fuertes carreras, gritos y llamadas.

Ebrá se había quedado con muchas preguntas en los labios pero los guardias y los criados que entraban en tropel protegerían a la mujer y le harían más difícil el interrogatorio. Sería cuestión de abandonar la casa y esperar a otra ocasión.

- ¡Había un hombre! ¡Un hombre que me amenazaba con un cuchillo! -. Dunia chillaba ante los incrédulos criados que buscaban y rebuscaban en una sala vacía. Como única prueba tenía la pequeña herida del cuello.

Ebrá había salido sigilosamente por entre los criados y los guardias como un soplo suave de aire limpio. Volvería puesto que ya sabía donde encontrarla.

Ebrá pasó la noche envuelto en conjeturas, preocupaciones y dudas. ¿Qué había insinuado Dunia respecto a su presencia y la de sus hermanos en su casa? ¿Habían sido ellos la causa de que se marchara? ¿O había algo más? ¿Algo que Ebrá no conseguía imaginar? ¿Podía tener relación con que le atacaran y le dieran por muerto? Eran demasiados interrogantes como para poder conciliar el sueño. Se agitaba en su jergón una y otra vez, y uno de sus compañeros protestó. Tomaría una decisión. Lo que sí tenía bastante claro era que debía abandonar a Rudul y regresar a casa ahora que ya se encontraba mejor. Ya le había traído muchas joyas y, aunque sabía que el jefe de los ladrones era avaricioso y codicioso, estaba seguro que respetaría su decisión. No había nadie que le hubiera conseguido en los últimos tiempos más objetos valiosos que él. Y si no le permitía que se marchase siempre podía utilizar sus cualidades secretas. Cuando amaneció, desayunó con prisas, ansioso de regresar a la mansión de Dunia.

- ¿Adónde vas tan rápido, Muerto? -. Preguntó Constantin con cara de sueño hurgándose la nariz.

- Tengo cosas que hacer -. Respondió Ebrá abandonando la sala común.

- Voy a estar en el Mercado de las Telas-. Escuchó que decía el niño.

- No te busques problemas. No sé si voy a estar ahí -. Anunció Ebrá.

Salió y el guardia de la puerta, escondido en las umbrías de la entrada, le saludó con un gruñido. Ya hacía calor a esa hora tan temprana y Ebrá notó el peso de la humedad del aire. El cielo azul brillaba y volaban altos los incansables pájaros. Iría a la mansión en primer lugar. Seguro que Dunia no se lo esperaba y la sorprendería de nuevo. Quería resolver sus dudas y debía hacer las preguntas adecuadas. Aún no había mucha gente en las calles a esas horas y, a pesar de andar con rapidez, le costó más de una hora alcanzar las primeras casas señoriales de aquella zona de Adentor. Las criadas y los mozos corrían con cestos cargados de viandas, panes y verduras hacia las cocinas de las majestuosas mansiones. Cuando se despertasen sus nobles dueños querían opíparos desayunos y había que tenerlos preparados. Al doblar la esquina comprendió que había algo extraño en la mansión en la que habitaba Dunia. No había guardias ante la puerta cerrada y los ventanales también estaban sellados a pesar de que hubiera sido conveniente tenerlos bien abiertos ya que la brisa nocturna refrescaba los salones y dormitorios de las casas, tal y como así ocurría en todas las que había visto hasta llegar allí.

Se acercó a la puerta negra y la palpó con timidez para asegurarse de que estaba bien cerrada. Tendría que esperar a que alguien saliera del edificio para que pudiera entrar. La ausencia de guardias le inquietaba. Se alejó y se sentó bajo la sombra de una

morera, dejando libre el banco pintado de negro, con los ojos prendidos de la puerta. El día se iba iluminando y la gente brotaba de las casas para dirigirse a sus quehaceres cotidianos y a sus paseos matutinos y, sin embargo, nadie salía de la mansión. Ya habían pasado más de dos horas y la casa continuaba silenciosa y cerrada. Era muy extraño. Un joven se acercó a la puerta con una gran cesta de verduras cargada al hombro, observó la puerta, hizo gestos de extrañeza y dejó la caja en el suelo. Su rostro reflejaba desconcierto. Para él tampoco era normal que aquella sólida puerta no estuviera abierta. Con los nudillos llamó varias veces, esperó y nadie le abrió. Ebrá se levantó y se le aproximó:

- ¿No te abren? -. Preguntó.

El joven le miró con cautela y respondió:

- No. Es muy raro. A estas horas los guardias ya están aquí apostados. El Conde Parsis tiene muchos enemigos y protege su casa con mucha atención. No sé qué ocurre. Esto no es lo habitual. Voy a preguntar al amo qué hago con la cesta. Hizo ademán de marcharse sin las verduras.

- ¿No hay otra puerta? ¿Otra para el servicio? -. Ebrá recordó que la mansión del Gran Mago Valian tenía dos entradas separadas y que los criados se dirigían a las cocinas para entrar en el edificio.

- No. Esta es la única que hay. No conozco otra. ¿Tu venías por lo del trabajo?

- Sí -. Mintió -. Eso es. Llevo esperando un buen rato y nadie ha salido -. Improvisó.

- Bueno. Voy a buscar al amo, a ver qué quiere hacer.

El joven se marchó y Ebrá se retiró a la sombra de nuevo. Las dudas crecían en su interior.

Al cabo de un tiempo, el joven de la cesta volvió con un hombre maduro y un guardia de aspecto peculiar pues iba vestido con una túnica elegante y negra. Ebrá no se atrevió a salir de las sombras y adoptó su cualidad.

El hombre de oscuro llamó a la puerta y nadie le respondió. Lo hizo repetidamente e incluso dio voces para alertar a los habitantes de la casa, y nadie contestó. Entonces extrajo una llave que guardaba en algún bolsillo de la túnica y se dispuso a abrir la puerta. Ebrá se levantó y se acercó al trío con rapidez.

- Desde luego que tu aprendiz tiene razón, Caudal, no es normal que la casa esté cerrada a estas horas de la mañana y que los guardias no estén custodiando la entrada. Bien, pasemos a ver qué ha pasado.

Entraron y Ebrá fue tras ellos.

Los gatos merodeaban por el patio y nada más verles se escabulleron. Todo estaba silencioso. No se escuchaba el ruido de ningún utensilio de cocina, ni charla alguna, ni gritos, ni risas, ni nada que pudiera indicar que había alguien allí. La casa estaba vacía a pesar de que el día anterior había estado bien habitada.

- ¿Qué extraño? No hay nadie. ¡Eh, hay alguien! ¡Qué alguien nos conteste! ¡Soy, Re, el Guardia de las Llaves! ¿Me oye alguien?

Ebrá había estado en aquella casa el día anterior. Recordaba el patio, la sala en la que había amenazado a Dunia, con los muebles intactos y colocados en el mismo sitio, en los que aún no se había depositado polvo alguno. Pero la habían abandonado.

¿Dónde estaban? ¿Cómo se habían ido tan rápido? ¿Cómo habían desaparecido? Era la segunda vez que veía desaparecer a Dunia. Entonces experimentó un súbito escalofrío al pensar que el interés que había mostrado por Marlon hubiera despertado en la mujer la curiosidad y se hubiera marchado para cometer alguna fechoría. De pronto se estremeció con un extraño presentimiento y se alejó corriendo hacia la salida. Debía volver pronto a la casa de los ladrones, hablar con Rudul y regresar a casa de inmediato.

Cuando llegó a la guarida de los ladrones, encontró al vigilante oculto como siempre en la oscuridad. Ebrá sabía que estaba allí, aunque no lo viera.

- ¿Rudul se ha marchado? -. Preguntó al vacío.

- No. Está dentro y ha preguntado por ti, Muerto -. Respondió una voz gruesa y seca.

Ebrá entró con celeridad. Aún estaba angustiado por los presentimientos que le acosaban y se preguntaba porqué no se había marchado sin más, porqué se sentía impelido a ofrecer su lealtad a un ladrón y asesino como Rudul.

Dos hombres limpiaban la mesa común y recogían los restos del suelo. La luz del día entraba por las ventanas y flotaban partículas de polvo entre las líneas claras del sol.

- ¿Rudul está en su cámara? -. Les preguntó.

Uno se encogió de hombros y el otro negó.

- No lo sé.

Ebrá se dirigió a la habitación privada de su jefe obviando su respuesta. A aquellas horas quedaban pocas personas en la casa pues la mayoría estaba en los mercados o en las calles dedicándose al pillaje. Llamó a la puerta de la alcoba y esperó:

- ¿Quién? -. Se escuchó la voz de Rudul molesto.
- Soy... -. Fue a decir su nombre. - Soy Muerto -. Rectificó.
- ¡Ah! Pasa, Muerto.

Ebrá entró y se encontró a Rudul arreglándose la espada al cinto. La luz escasa de las velas sumía la habitación en la penumbra pues las espesas cortinas tapaban la claridad del día.

- Te fuiste muy rápido esta mañana Muerto. Has sido muy rápido. ¿Ya me traes tu botín? -. Le preguntó con codicia.

- No, señor. No fui a robar. Fui a otra cosa.

Rudul frunció el ceño.

- No estás aquí para hacer otra cosa. Estás aquí para robar -. Escupió Rudul y rodeó la mesa y se plantó ante él.

Ebrá sintió un poco de miedo pero esta vez no se dejaría amilanar.

- Sé que mi familia está en peligro. Necesito alertarles. Quiero hacerlo -. Dijo con voz temblorosa. No era nada fácil mostrar valor ante unos ojos malignos y duros como aquellos.

Rudul bajó la mirada y negó.

- Te he dado demasiada libertad, ¿verdad, Muerto?-. Palpó la empuñadura de su espada y Ebrá sintió inquietud. Una idea absurda que no había contemplado pasó por sus pensamientos.

- Señor, solo quiero ir a avisarles. Nada más...No tenéis nada que temer de mí...

Entonces, Ebrá escuchó una voz incomprensible y ridícula, y sintió que todo su cuerpo quedaba inmovilizado desde la cabeza a los dedos de los pies, incluso los párpados y el flujo de la saliva en la boca. La marca que le habían grabado en la piel, aquel símbolo extraño que creía una señal de pertenencia al grupo, quemaba como si se la volviesen a grabar a fuego en aquel instante. Le había paralizado como a Crul. ¿Querría matarle?

- Demasiadas veces...- dijo Rudul paseando ante el inmóvil Ebrá -...he confiado muchas veces en hombres que dijeron que nada tenía que temer de ellos y que luego fueron a buscar guardias al Salón de la Justicia para detenerme...- añadió.

Ebrá solo escuchaba. No podía negar que esas no eran sus intenciones, no podía alegar nada en su defensa.

- ...y quedarse mi negocio...¿Sabes que pago bien a los Guardias de las Calles para que me dejen tranquilo? No puedo arriesgarme -. Sonrió con malicia.- Somos una familia, aunque a veces tenga que sacrificar a alguno, nos protegemos, nos

ayudamos... para ti ya no hay más familia que nuestro grupo...así que si quieres volver con tu familia...solo has de regresar a esta casa. Es todo cuanto tienes, nada más.

Aquel hombre no le dejaría ir a avisar a Valeria y a los niños. Dunia los encontraría y les haría daño. Ebrá pugnaba en su interior por escapar o hacer que su cualidad le ayudase a romper la inmovilidad que se había adueñado de su cuerpo. Pero nada sucedía. La señal del brazo continuaba ardiendo como si una brasa candente se apretase contra su piel. Entonces comprendió que la parálisis que sufría se debía a aquella marca, que el símbolo grabado en su piel era la llave que le permitía controlarle.

– Eres el mejor ladrón que he tenido...- continuó Rudul que se movía a su alrededor. Ahora lo tenía a la espalda. - ...y no tienes más familia que a nosotros -. Se interrumpió un momento y palmeó su hombro derecho. - Sabes, cuando alguien dice que quiere volver a su antigua existencia, como comprenderás no es la primera vez que ocurre...- se puso ante sus ojos otra vez -...sé que todo ha acabado entre nosotros...- su sonrisa era malévola -...y no puedo dejar que vaya por ahí contando lo que ha hecho y a quién pertenecía. Así que...- comenzó a sacar lentamente la espada de la vaina de madera. Ebrá supo que lo iba a matar como había hecho con Crul, sin posibilidad de defenderse, cruelmente, como a un animal, enjaulado en su propio cuerpo. Sus ojos reflejaron la angustia que sentía no por su muerte sino porque no podría salvar a su familia de la amenaza que representaba Dunia.

Algún brillo curioso debió ver Rudul en los ojos tristes de Ebrá que éste se detuvo con la espada en la mano antes de herir su vientre.

– ¡Vaya, tienes algo qué decir! ¿Quizás debería darte una oportunidad? ¿Eso es lo que piensas?-. Dijo con voz taimada. Arrugó la frente y sonrió.- Quizás te muestre un poco de piedad, Muerto. No puedes escapar de mi...- Rudul estaba tan seguro de la fuerza de su voz paralizante que quizás le iba a soltar. Ebrá era poca cosa para él. Aunque era más alto, estaba muy delgado, parecía débil y despreciable y él tenía una espada además de sus palabras de defensa. Se sentía confiado y seguro de sí mismo. ¿Qué podía temer de un personaje como Muerto? Si intentaba escapar o atacarle, le volvería a paralizar y lo mataría sin remordimiento. Pero había sido su mejor ladrón, había tenido mucha suerte al encontrarlo y salvarlo, le había servido bien y los beneficios que había obtenido de su inversión la superaban con creces. ¿Por qué tenía que matarlo? ¿Qué estúpido era aquel que despreciaba su fuente de mayores ingresos? A golpes le haría comprender que nunca más pensase en traicionarle. No. No le dejaría ir a ninguna parte en unas semanas, le encerraría y le haría comprender

que la única familia que tenía eran ellos, que le debía lealtad solo a él, que su antigua familia ya no existía, ni para él ni para nadie de los mendicantes. -...y eres demasiada buena inversión para tirarte a los cerdos -. Bajó el arma.

Ebrá estaba seguro de que le mataría en aquel momento, pero al escucharle, una chispa de esperanza alumbró sus ojos. Rudul interpretó esto como un signo de arrepentimiento. Ebrá comprendió que si quería salvar a su familia solo tendría una oportunidad. En cuanto le liberase. La codicia de Rudul le traicionaría.

De repente, Rudul pronunció un susurro y Ebrá sintió que los músculos paralizados volvían a responder a sus deseos. No podía demorarse más ya que volvería a usar la voz contra él de inmediato una vez dedujera que la chispa de sus ojos no era de arrepentimiento sino de odio.

Rudul le miró con una sonrisa de suficiencia en su rostro huraño y entonces le llegó la ignorancia. Alzó las cejas incrédulo. Ebrá había desaparecido y ya no tenía la espada en la mano. Abrió los labios pero sintió que algo ardía en su garganta. Ebrá volvió a aparecer. Rudul se llevó la mano al cuello. Había algo líquido en él, algo caliente que bajaba por su pecho. Los ojos de Muerto le miraban asustados pero firmes. ¿Qué le había hecho? ¿Qué había pasado? Sintió que desfallecía. No podía hablar y todo se difuminaba a su alrededor. Caía.

Ebrá le cogió para que no golpease la mesa y en su estruendo alertase a la gente que aún quedaba en la casa. La sangre del cuello de Rudul brotaba como un torrente y manchaba sus brazos, la camisa y los pantalones. Lentamente lo dejó caer al suelo. La sangre goteaba y era imparable. Los ojos de Rudul miraban a la oscuridad y a él mismo, pero se mostraban vacíos, inexpresivos. Lloró. Nunca había matado a nadie y se sentía despreciable. Era terrible lo que había hecho, pero si quería salvar a su familia, no podía permitir que Rudul se saliese con la suya. Le habría encerrado y humillado, y durante semanas solo habría recibido golpes mientras Dunia acababa con su madre. Era él o ellos. La codicia de Rudul había sido su perdición. Ebrá temblaba de asco y culpabilidad. A pesar de todo, aquel miserable le había salvado la vida. Dejó el cuerpo inerte sobre las baldosas. No debía perder más tiempo. Soltó la espada sobre el escritorio. Saldría de allí de inmediato y buscaría la manera de regresar a su barrio. Pero cuando encontrase a su familia deberían mudarse de casa, así que necesitaría piedras o joyas para el cambio. Rudul las tendría escondidas en alguna parte en aquella habitación pero no tenía tiempo para registrarla toda. En la mesa había dos cajones. En uno de ellos encontró varias bolsas con objetos de cambio. Asqueado por lo que había hecho, las cogió y se las ató a la cintura. La camisa y los pantalones

estaban empapados en la sangre derramada por Rudul. Al salir, miró hacia atrás: el jefe de los mendicantes era un fardo en el suelo y él era un asesino.

Ebrá dejó la casa de los ladrones temblando. El guardia de la puerta ni siquiera notó que pasaba por su lado cuando abrió la puerta a uno de los jovenzuelos que traía mensajes e información a Rudul. Pronto encontrarían su cadáver y en aquel cubil de serpientes estallaría el caos y la muerte. Sin una dirección férrea, los ladrones más experimentados querrían tomar el control, los que guardaban una insana fidelidad al difunto Rudul, pensarían otro tanto, y entonces estallarían las reyertas y los asesinatos . Pero él dejaba atrás todo aquello.

Al girar una esquina, ebrio de miedo y culpa, vomitó. Se miró las ropas húmedas de sangre. Quemaban. Debía quitárselas de inmediato pues le recordaban constantemente lo que había hecho. Aunque se quedara desnudo, aunque no pudiera sacarse la culpa de la consciencia. Tiró el chaleco, el cuchillo, rompió la camisa, se quitó los pantalones e incluso el calzón que estaba sucio también lo despreció y, a continuación, lanzó los zapatos bien lejos de él pues había pisado sangre. Pero no importaba, nadie le vería si no lo deseaba y hacía calor y un buen día para recuperar la libertad.

Se dirigió al Mercado de las Telas. Encontró una fuente y se lavó la sangre seca que se le había impregnado en la piel. Vio a Constantin pululando entre hombres elegantes vigilados por criados que desconfiaban del jovenzuelo y le miraban con preocupación, vio a Babosa sentado junto a una columna, dormitando o simulando que lo hacía para señalar a las presas confiadas que pasasen ante él, vio a Susurro vestido con traje de mercader adinerado discutiendo el precio de un sombrero mientras Clen le sisaba otro al aturrullado comerciante. Aquellos hombres y niños habían sido sus camaradas durante largos meses y, aunque nada les debía, sentía que habían formado parte de su vida y que le entristecía tener que abandonarlos. Robó unos pantalones negros de perneras anchas y una camisa gris de buen corte, una tela verde oscuro para anudarse a la cintura y guardar las piedras, unas sandalias de buen cuero y un sombrero de ala ancha, se vistió y saludó a sus camaradas ladrones que no le vieron. Se despedía de todo aquello pero más bien era una despedida para su alma.

Y entonces le asaltaron las dudas. ¿Cómo regresaría a su barrio? Adentor era una

ciudad tan grande que quizás le costase más de un día llegar a casa. Si decidía caminar por las calles y los barrios que la formaban, preguntar a las gentes, cruzar los ríos Gris y Blanco, atravesar las avenidas nobles en las que los Soldados Blancos y los magos pululaban, corría el peligro de que lo intuyesen. Había oído conversaciones entre ladrones que decían que los magos sabían lo que uno había hecho con tan solo mirarle a la cara. Y seguro que iba a cruzarse con muchos, como aquel que una vez le presintió en un mercado. No podía arriesgarse a que esa fantasía fuera cierta. Y también estaba el peligro de perderse por las calles, de toparse con ladrones, asesinos y vendedores de cadáveres que pudieran atacarle. No iba a estar todo el día protegiéndose de los ojos de la gente con la ignorancia. Si abusaba de su cualidad quizás no pudiese recuperar su estado natural. No. La desesperación y la angustia no debían nublar su juicio. Así que decidió que lo mejor sería salir fuera de la ciudad y rodearla, aunque le costase más. Debía llegar cuanto antes a casa y no podía arriesgarse a un retraso inesperado.

Salir de Adentor no era difícil. A lo lejos se veían las inmensas murallas exteriores que protegían a la ciudad que daba nombre a un imperio, y el flujo de gente que iba y venía circulaba por una amplia avenida. Caminaba con prisa pues se alejaba de su asesinato y de una vida miserable.

Un grupo de soldados a caballo interrumpió el flujo de gente y vio pasar a una hermosa señora en una alta yegua barbada. Su rostro era tan bello que su forma quedó impresa en su memoria como un acontecimiento importante.

– Es la maestra Ciren, es una Hija del Reino -. Dijo alguien.

– He oído que están acudiendo todas a Adentor. La Emperatriz debe estar peor -. Dijo una mujer que parecía muy enterada.

– La Condesa Fabriella no dejará que se muera -. Terció un hombretón gordo y sudado. - No le conviene que la Joya elija a otra Emperatriz y pierda todo su poder.

La hermosa señora se perdió en la avenida y la gente volvió a ocupar la calzada. La sombra de los altos castaños cubría tanto las aceras como las calles.

Eran conversaciones que no interesaban a Ebrá. Él solo tenía prisa para llegar a su casa. La gente parecía preocupada por la falta de pescado, por los calurosos días del Lento Verano, por la escasez de telas de ciertos colores, por los pequeños problemas cotidianos tan intrascendentes como nimios. La sensación de libertad que sentía fue acabando con el terrible sentimiento de culpabilidad por el crimen que había cometido.

Vio a unos hombres cargando sacos de carbón que caminaban con las espaldas encorvadas, y se sonrió pensando en que él había sido uno de ellos. En todas las

entradas de la ciudad debía haber montones de carbón y miserables acarreándolo por pequeñas piedras rojas. Marlon debía estar haciendo lo mismo en aquel instante. Estos pensamientos espolearon sus pasos. Debía llegar cuanto antes.

Dos torres inmensas flanqueaban las puertas y, cuando pasó bajo el arco triangular que sustentaba la alta muralla, notó la mirada escrutadora de los guardias, aunque solo fue durante un pálido instante y nada le dijeron. El exterior de la ciudad era un abigarrado puñado de casas apelotonadas sin orden en callejuelas estrechas y sinuosas que se agolpaban al lado de una amplia avenida. Después se encontraban los montones de carbón, los campos vallados y los caminos de tierra que la circunvalaban. La brisa era agradable y la gente comenzó a espaciarse. Ya se veían menos humos de señales y de la tierra polvorienta se levantaban nubes por el paso de personas y animales. Había granjas coloridas, cobertizos, corrales y pequeñas agrupaciones de viviendas de madera o piedra en las que siempre había niños jugando, gatos, perros, gallinas y matronas tendiendo la ropa o conversando. Los sembrados tenían el aire dorado de la siega y los árboles frutales rebosaban de melocotones, albaricoques y peras.

– Buen hombre, ¿podrías indicarme hacia dónde he de dirigirme para entrar por la Puerta del Circo de la Sangre? -. Preguntó a un labriego que llevaba una azada al hombro.

El hombre se quitó el sombrero y silbó.

– Eso está muy lejos, muchacho. Es hacia allí, según creo...- señaló una dirección -...pero tardarás dos o tres días en llegar...yo no he estado nunca.

– ¡Ah! -. Exclamó Ebrá. Estaba más lejos de lo esperado. Adentor era más grande de lo que había imaginado. Debería caminar mucho y buscar algún sitio para dormir.

– Podrías comprar un asno para llegar antes -. Sugirió el campesino.

– ¿Un asno? -. Repitió Ebrá. No se le había ocurrido.

– Sí. Un joven distinguido como tú no debería ir a pie por estos caminos polvorientos.

Ebrá alzó las cejas. Claro. Los pantalones, el sombrero y la camisa que había robado eran de buen corte y parecía un joven señor más que un pobre mendicante.

– ¿Y donde puedo encontrar un asno que me lleve buen hombre?

– Precisamente yo tengo uno. Se lo dejaré a buen precio -. Dijo el hombre ansioso.

– Bien. Pues vamos a verlo.

El asno estaba muy bien, era fuerte, recio y obediente y tenía una pelambrera gris y negra muy suave. Ebrá pagó buenas piedras por él y, aunque le pareció caro, poco

sabía del precio de los asnos en Adentor y, además, las piedras eran robadas, estaban manchadas de sangre y quería desprenderse de ellas cuantos antes mejor. Pero tampoco era un tonto como para dilapidarlas si podía conseguir una vida mejor para su familia. Así que, al cabo, se sentó sobre el rucio y lo dirigió hacia la puerta de su barrio. Las gentes con las que se cruzaba le miraban y le sonreían. Su estampa debía ser curiosa o divertida para muchos de ellos.

El sol se alejaba hacia el horizonte de la noche cuando, de improviso, el asno dio un salto brusco y tiró a Ebrá sobre las piedras del camino. El joven se golpeó la cabeza y por un instante todo se volvió borroso a su alrededor. Cuando se levantó dolorido y frotándose la cabeza vio al rucio que se alejaba a un vivo trote por el camino del que había venido. Ebrá comprendió que el campesino le había engañado y que el asno tenía aprendido el camino de regreso a casa. ¿Cuántos incautos como él habrían caído? Se preguntó mientras se levantaba y veía al asno tan lejano ya que le hubiera sido imposible salir tras él y alcanzarle con una carrera.

– ¡Maldita sea! Soy un imbécil confiado -. Exclamó mientras recogía el sombrero y un par de campesinas se reían de él. Ebrá las miró con ojos furibundos y ellas le hicieron un gesto despectivo con las manos. Era un estúpido. No podía correr tras el asno. Lo había perdido, aunque había adelantado algo del camino en las escasas horas en que lo había cabalgado. Aquello le enseñaría a no confiar tan fácilmente en cualquiera. Estaba claro que después de salir del cubil de ladrones se había vuelto demasiado confiado. El mundo continuaba siendo cruel y duro a pesar de que él quisiese un poco de confianza y hermandad. Continuó caminando. Al menos esperaba que no le hubiese mentido al indicarle la ubicación de las Puertas del Circo de la Sangre. ¡Ya sería lo último!

Se estaba quedando sin los últimos rescoldos de claridad cuando encontró una vieja posada. No estaba muy limpia pero le dieron una comida decente y una habitación pequeña por un precio escandaloso. Ni siquiera protestó. Cenó y se fue a dormir vigilado por la atenta mirada de la matrona que le había servido. En la alcoba había una silla y con ella atrancó la puerta, no le fueran a robar o asesinar mientras dormía. Hacía calor en el cubículo, pero no le importó. Al apagar la luz de la vela que le habían dejado pensó en que aquella era la primera noche que pasaba libre desde que le habían cortado el cuello y tirado al río. Nunca había pensado demasiado en ello pues le causaba un tremendo dolor recordar que había perdido a su madre, a sus hermanos y a la joven que comenzaba a conocer. Pero pronto los recuperaría a todos y los salvaría de Dunia.

Desayunó sopas de pan con guisantes y una jarra de vino malo, pagó el servicio y se dispuso a marchar de nuevo. El camino ya estaba transitado por caminantes que aprovechaban la mañana antes de que hiciera más calor. Un tonelero llevaba dos gruesos barriles sobre lomos de un asno viejo y pasó por su lado sin saludarle. Se caló el sombrero y emprendió la marcha. Veía las altas murallas de Adentor a su izquierda mientras la ciudad se combaba y el río Gris, ancho y tranquilo, se plantaba ante él con los Muelles del Comercio altos en la orilla y los astilleros en los que se levantaban numerosos esqueletos de barcos. El camino se dirigió hacia el Puente de los Navegantes y caminó sobre sus viejas losas grises mientras se elevaba hacia el centro del río. Las naves pasaban con sus velas azules, verdes, rojas y amarillas desplegadas y los humos de reconocimiento flotando como estandartes sinuosos. Había innumerables barcas atracadas en el río, en los muelles o apoyadas en la orilla, y abundaban los marineros de los distintos países y reinos que eran súbditos del Imperio. Algún que otro mago se embarcaba en pequeños cascarones de vela latina y se dirigían hacia la puerta que se alzaba sobre las aguas del río. A los comerciantes no se les permitía pasar más allá del puerto. Únicamente los magos, los nobles y los gobernantes podían transitar bajo las orgullosas puertas del río navegando en un barco tranquilamente. Ebrá se adentró en el puerto. Siempre había querido visitarlo y recorrerlo para descubrir sus innumerables secretos. Aspiró el aroma de las frituras, escuchó el verbo de cien lenguas diferentes en la dicción común, observó los ropajes variopintos y estrafalarios de los visitantes y a los marineros que caminaban por el mercado del puerto con curiosidad y desconfianza, vio en los puestos mercancías desconocidas, exóticas o caras, de usos extraños para él, y a las gaviotas revoloteando en el cielo, percibió a las maromas susurrando con la brisa y vigiló a los ladrones ejerciendo su oficio entre los descuidados hombres y mujeres que circulaban por allí. El ladronzuelo que se acercó a Ebrá se llevó un cachete cuando trató de palparle el pañuelo de la cintura.

El joven no hizo caso excesivo a la variedad de gentes, mercancías, lenguas y costumbres pues tenía mucha prisa y continuó su camino.

Cuando le sorprendió la noche, buscó refugio en una posada próxima a uno de los pequeños enjambres de casas que habían crecido como granos en el exterior de las murallas inmensas de Adentor. La Puerta del Circo de la Sangre ya no estaba lejos le informó un huraño posadero mientras le servía la cena consistente en alubias con tocino y pan negro y mohoso. Otro día más y llegaría a casa. Esperaba que no fuera demasiado tarde.

Ledi3n estaba sentado en su lugar habitual, con los guardaespaldas tras 3l y los enormes montones de turba m3s grandes que en las estaciones de fr3o. Ebr3 se sonri3 pues sab3a que ninguno de los tres pod3a verle y, aunque lo hubiera permitido, estaba casi seguro de que no le hubieran reconocido. Hab3a varios hombres que esperaban con lazos rojos atados a los brazos para adquirir la mercanc3a. No escuch3 lo que Ledi3n ladraba pero reconoci3 su voz agria y desagradable. Los cargadores de carb3n recogieron la turba y se apartaron del grupo que a3n esperaba su turno. Ebr3 suspir3. Tal vez hubiera estado 3l en esa misma cola si no hubiera cambiado su vida. Se hab3a detenido un momento, atrapado en la nostalgia de su viejo oficio, y tambi3n para comprobar si Marlon hab3a ido a trabajar aquella ma3ana. No hab3a tenido suerte pues no estaba all3. Luego sigui3 su camino hacia la alta b3veda de la puerta del Circo y dej3 que los hombres cargados con sacos de carb3n le vieran. A sus ojos era un muchacho delgado, bien vestido, tal vez un forastero que llegaba a Adentor por primera vez y que no les molestar3a. Pas3 junto a los carboneros sin que ning3n guardia reparase en 3l a pesar de su perfecta visibilidad y se dirigi3 hacia la casa de Marlon. Hab3a pasado mediod3a, hac3a calor y los vencejos se guardaban en las sombras. Hab3a poca gente en las calles, ol3a mal pues hac3a d3as que no llov3a y los excrementos abundaban. De las ventanas de las casas sal3an voces, ri3as y risas, de ni3os, de mujeres y hombres enzarzados en sus vidas cotidianas. Los adoquines de suelo a3n estaban en peor estado de como los recordaba, los carboneros se dispersaban. En el Lento Verano hab3a menos faena para ellos y deb3an visitar m3s casas para quedarse sin carga. Hab3a perros vagabundos buscando sombras y gatos callejeros rebuscando en la basura.

La casa de Marlon, en un mediod3a de calor, ten3a las ventanas abiertas como en todos los inmuebles, con la ropa sec3ndose al sol y la brisa. Ebr3 se par3 un momento a contemplar la fachada y a recordar cuanto tiempo hac3a que no ve3a la pintura desconchada en la que asomaba el gris antiguo bajo el amarillo sucio de encima. Nada parec3a presagiar que Dunia hubiera regresado y cometido alguna fechor3a. No hab3a se3al alguna de incidente violento o muerte. Ese pensamiento le tranquiliz3 de inmediato. Estaba cambiado. ¿Su madre, Crina y Saum le reconocer3an? ¿Qu3 habr3an pensado qu3 le hab3a ocurrido? ¿Le habr3an buscado como Marlon hizo con Dunia? No quer3a asustarles, as3 que entrar3a con cuidado en sus vidas de nuevo. Trag3 saliva y se dirigi3 a la puerta, subi3 los escalones y encontr3 la puerta cerrada. Suspir3. No se

escuchaba nada en el interior de la casa. Ni risas, ni sonidos de utensilios de cocina. ¿Tal vez no estaban? Se asustó. Habían pasado muchos meses y tal vez se habían mudado. De ser así, ¿cómo les encontraría? O quizás Dunia sí que había vuelto. Llamó y nadie respondió. Tenía el corazón en un puño. En un piso cercano se escucharon voces y nada más. Desató el cordel que servía de cerradura y abrió lentamente. A la izquierda continuaba la cocina, en medio, la mesa y las banquetas, la brisa entraba por la ventana abierta, había un cubo con agua fresca en el suelo. Olía a su madre, a familia, a días mejores. Avanzó tres pasos y tocó la mesa. Su madre había estado allí, reconocía la limpieza de los muebles. Un leve roce sonó tras él. Entonces, un borrón, un cuerpo rapidísimo, se abalanzó sobre su espalda sin darle tiempo a girarse. Cayeron sobre la mesa y la rompieron. El atacante había sido muy veloz y había cogido a Ebrá por sorpresa. Mientras caía trató de defenderse y se volvió. Los ojos azules de su madre, los ojos amados de Valeria, se encontraron con su mirada.

PARTE III

– ¡Madre! -. Exclamó mirando la rabia en sus ojos, viendo el cuchillo que levantaba sobre su cara y que estaba dispuesta a hundir en su cuello.

Valeria abrió los ojos sorprendida y detuvo su mano en el aire mientras susurraba:

– ¿Ebrá...?

– ¡Madre, madre! ¡Soy yo! ¡No me reconoces! -. Las lágrimas saltaron de sus ojos. Valeria se quedó suspendida del tiempo, sin respirar siquiera, sin parpadear, mientras observaba el rostro de su hijo y trataba de reconocer sus formas, sus ojos, sus cabellos, mientras recuperaba una esperanza perdida.

– Ebrá, hijo... -. La mujer dudó unos momentos, como si quisiera asegurarse de que aquel joven era quién decía ser y no un malvado engaño. El cuchillo cayó de su mano y se tendió sobre él para comenzar a llorar en silencio.

Ebrá la abrazó y se puso a llorar como ella.

Estuvieron fuertemente abrazados, apretados y felices en aquellos instantes de recuperación, sollozando de alegría.

Valeria se levantó con la mirada viva y ayudó a su hijo. Luego miró la mesa rota, las banquetas desparramadas y el cuchillo que había resbalado de su mano.

– Hijo, hijo...- le cogió el rostro temblando - ...¿qué te ha pasado? ¿dónde estabas? -. Con un dedo recorrió las cicatrices, la nariz incompleta, los labios mordidos, la ceja derecha medio desaparecida, el cabello largo y lacio. Salvo los ojos grises, aquella cara no era la que recordaba.

– Madre. Es muy largo de contar -. Le sonrió.- He regresado. Pero dime, ¿Estáis todos bien? ¿Dunia no os ha hecho daño? ¿Cómo has hecho para saltar de la puerta hasta tirarme al suelo? -. Reparó en el sombrero que había rodado por el suelo.

Valeria miró a su hijo y asintió:

– Yo también tengo muchas cosas que contarte, hijo mío.

Valeria recogió dos banquetas y se sentó frente a Ebrá. Antes de hablar le cogió las manos con cariño. Sus ojos destilaban una extraña combinación de alegría y tristeza que le confundían.

– Hijo mío, creí que estabas muerto -. Las lágrimas afloraron en sus hermosos ojos de nuevo.

Ebrá acarició su rostro y Valeria tembló un instante.

– Y morí, madre. Creo que morí -. Susurró Ebrá mientras apartaba la camisa y le ensañaba la larga y dura cicatriz del cuello.

Valeria abrió los ojos espantada.

– ¿Cómo te hiciste eso, hijo mío? -. Pudo preguntar. Las palabras se atascaban en los labios.

– No lo sé, madre. Solo sé que alguien me atacó y me tiró al río y, por alguna extraña razón, no morí ahogado en la aguas ni desangrado por el tajo. Ves mi rostro...
– se señaló allí donde los peces habían mordido, las gruesas cicatrices que le afeaban, que le dejaban partes del rostro con un color diferente de piel – ...los peces me mordieron. No sé cuanto tiempo estuve en las aguas pero unos pescadores me recogieron aunque después me volvieron a tirar hasta que me encontraron unos niños que me entregaron a Rudul...

– ¿Rudul? ¿Quién es Rudul?

– Era un ladrón, un asesino...- bajó la mirada y comenzó a llorar de nuevo. Valeria le acarició el cabello -. Le maté madre, le maté...- susurró.

– ¡Hijo! -. Exclamó Valeria con dolor.

– Encontré a Dunia, madre...- Ebrá la miró a los ojos y vio un destello de odio en los de ella, inesperado y duro. -...por casualidad, la encontré y la seguí, y luego desapareció y pensé que querría mataros...le pedí a Rudul que me dejase ir...que me dejase avisaros...pero él no quiso...me...me quería matar y...y...me defendí...- bajó la cabeza y la apoyó en el regazo de su madre mientras lloraba desconsoladamente abrumado de culpa y horror.

Valeria le acarició el cabello y le susurró suavemente palabras de consuelo.

– No hiciste nada malo, Ebrá...defender tu vida y proteger a los tuyos está bien...eres muy valiente...

El joven se sintió reconfortado por las caricias y las palabras de su madre y poco a poco se fue calmando y comenzó a pensar. Levantó bruscamente la cabeza y preguntó:

– ¿Y Crina y Saum? ¿Dónde están?

Valeria sonrió con dulzura:

– En lugar seguro, Ebrá.

– ¿Nadie puede hacerles daño, madre?

– Nadie, hijo, nadie -. Respondió con firmeza y seguridad.

Ebrá la interrogó con la mirada. Intuía algo extraño en ella.

– ¿Qué ocurre madre? ¿Sabes por qué me atacaron? -. Las palabras salieron amargas de sus labios.

Valeria sostuvo su mirada un largo instante, cabeceó y suspiró:

– No creía que se atreviesen a tanto, hijo.

– ¿Atreverse? ¿Quiénes?

Valeria le soltó las manos y se levantó ante la mirada inquisitiva de Ebrá. Pensó que

quería rehuir la respuesta. Dio unos pasos y negó en silencio.

– No hay más remedio que contártelo...- dijo mientras se volvía -...Soy una asesina, Ebrá -. Confesó mientras se enfrentaba a la mirada incrédula de su hijo.

El joven dejó escapar un grito de sorpresa y miedo.

– Soy la Asesina Propia de la Emperatriz Icelia -. Valeria matizó las palabras con lentitud, casi con orgullo.

– ¿La Asesina Propia? ¿Qué significa eso madre? -. Ebrá se sentía horrorizado y confundido. Su madre, su dulce madre, tan fuerte y tímida, ¡Una asesina!

La mujer se sentó de nuevo y le cogió las manos que le temblaban.

– Significa que únicamente Icelia puede ordenarme a quién he de matar. No obedezco a nadie más, ni a los magos ni a los ilustres. Solo acato sus órdenes, escuchadas de su propia voz y recibidas en su presencia. Cuanto diga, he de cumplir... - decía estas palabras con dignidad, con dureza y aplomo -...he de obedecer, aunque sea...- bajó la mirada avergonzada -...hasta matar a mis propios hijos...sin cuestionarlas ni negarlas...

Ebrá retrocedió involuntariamente, trató de soltar las manos de Valeria, pero su madre se las retuvo con firmeza.

– ¿Madre? -. Susurró con preocupación y angustia.

Valeria no le miraba pero sus manos eran de hierro. Cuando levantó la cabeza, la mujer lloraba.

– Me negué, Ebrá, me negué...- casi fue un rugido la voz que escapó de su boca.

El joven suspiró con fuerza.

– Cuando escuché sus palabras malditas, me negué a cumplirlas...¡Pedía vuestra muerte!...la tuya, la de tus hermanos, la de tu padre....¡No, no podía hacerlo!...se lo dije...le dije que cumpliría cuanto quisiese, menos eso...y me rechazó...- Valeria hablaba con dolor, como si al ser repudiada se le hubiera roto el corazón.

– Madre -. Ebrá acarició su cabello.

– ¡No! -. Valeria rechazó su mano.- He de contártelo todo. No me interrumpas. Tienes que saberlo.

El joven cabeceó.

– Me dejó ir, dijo que me perdonaba y que comprendía mi error, dijo que viviese mi vida lo mejor que supiese y que nunca más volviese al Palacio Rojo, que estaba tan

agradecida por lo que había hecho por ella que se sentía capaz de olvidarme..- suspiró con tristeza -...y así fue durante un tiempo, hijo, así fue. Creí en la honestidad de la Emperatriz y en que cumpliría su promesa hasta incluso después del asesinato de tu padre.

- ¡Lo mataron, verdad. Padre era inocente! -. Estalló Ebrá con rabia. La certeza que latía en las palabras de su madre confirmaban el hecho que su corazón sabía.

- Así es, hijo. Lo proclamó el día de su ejecución. Recuerdas sus últimas palabras frente al verdugo: ¡Soy inocente y leal!

El espíritu de Ebrá se encogía ante la injusticia que la Emperatriz de Adentor había cometido. Habían castigado a su padre para vengarse de su madre.

- ¿Él sabía lo que eras? -. Preguntó con tristeza.

- Se lo dije en el calabozo, el día antes de que lo ahorcaran...- Valeria comenzó a llorar de nuevo. - Me pidió que cuidase de nuestros hijos. Él no había robado nada, ni matado a nadie, ni formaba parte de ninguna conspiración contra el Imperio...su muerte era un aviso para mí...había ojos en aquella plaza, ojos pendientes de lo que yo hiciera, que esperaban que me revoliera contra ella... pero no hice nada, Ebrá...- bajó la mirada entristecida -...no hice nada...y él murió en la horca. Tu padre se sacrificó por nosotros. ¡Se sacrificó por mí! -. Exclamó con dolor.

- Madre -. Ebrá solo podía acariciar su pelo.

- Cuando fuimos con Marlon pensé que la pesadilla se había acabado, pero no, no fue así...

- ¿La desaparición de Dunia?

- No hijo. Dunia no es nada más que un simple peón en este sucio juego. No. Tu padre quiso que viniéramos a esta casa porque confiaba en Marlon, su buen amigo, su colega, su compañero...¡Cuán equivocado estaba! -. Bramó.

Ebra abrió los ojos sorprendido.

- Madre, me estás asustando.

- Marlon no es quién tu crees, hijo -. Dijo con resolución. - Marlon me vigila, nos espía y espera el momento en que Icelia se lo ordene para acabar conmigo.

- No puede ser -. Negó Ebrá. ¿Cómo podía pensar semejante cosa? Marlon les había acogido, les había ayudado. No podía ser cierto lo que decía su madre. Aunque, tampoco podría asegurarlo pues ella misma nunca se había mostrado tal cual era hasta aquellos mismos momentos. Si Valeria había conseguido ocultar quién era, Marlon también lo podía hacer.

- Así es Ebrá. Créeme. Es nuestro enemigo.

– Pero nos acogió, me enseñó el oficio de carbonero, padre confiaba en él, nos hubiera podido dejar en la calle... - Dijo con desesperación.

– Y hubiéramos desaparecido. ¿Qué mejor manera de vigilarme que teniéndonos cerca? -. Argumentó Valeria con resolución.

El joven negaba. Le parecía increíble que lo afirmaba su madre fuera cierto.

– Pero, ¡Madre! Nos hubiera podido matar cualquier noche, aquí, en su casa.

– No hijo, cualquier noche no. Le he vigilado todo el tiempo y solo lo hubiera intentado cuando la Emperatriz se lo hubiera ordenado. Icelia aún debe querer algo de mi. Además, dudo de que pudiera conseguirlo.

– ¿Y por qué no acabaste con él, si eras tan buena? -. Inquirió Ebrá enfadado.

– Por que mientras lo tenga vigilado a él no enviaran a nadie más contra tus hermanos. Contigo me equivoque, hijo -. Sentenció Valeria.

La contundencia y seguridad con la que respondía su madre comenzaron a resquebrajar la incredulidad de Ebrá. ¿Podía ser cierto cuanto decía? Era imposible que la bondad y cariño que les había mostrado Marlon fuese tan solo pura fachada, una comedia interesada. La historia que contaba su madre era espeluznante y horrible. Sin embargo, la angustia que sentía chocaba contra la certeza que Valeria le presentaba.

– ¿Entonces crees que fue él quién trató de matarme?

– Lo sospecho, Ebrá. No quise acabar con esta farsa hasta que tus hermanos estuvieran seguros. He aguantado unos meses más, me he mostrado desconsolada, retraída, sin esperanza, mientras tejía las mentiras para proteger a los niños. Supongo que habrá investigado mis contactos pero te puedo asegurar que Crina y Saum ya estan muy lejos de su alcance -. Supiró con satisfacción. - Ni esos malditos magos esbirros podrán localizarlos. En estas últimas semanas he trazado el plan para que confesara tu secuestro, debía ser cauta y paciente, imaginaba que te tendrían cautivo en algún sitio para presionarme...pero nunca pensé que te hubieran intentado asesinar, hijo...

– ¿Y si ahora me ve?

– Comprenderá que ha fracasado y actuará en consecuencia. Y si lo intenta, hijo, estoy preparada.

Ebra parpadeó.

– No madre. No me verá.

– ¿Qué quieres decir?

– Que la muerte y el río hicieron algo en mí.

Entonces Ebrá se levantó de la banqueta y empleó su cualidad.

Valeria se quedó desconcertada un instante, luego observó el vacío, agitó la cabeza como si se despertase de un sueño y sus ojos se preguntaron qué hacía allí sentada.

Al momento, el joven reapareció.

– ¡Hijo! -. Valeria se sobresaltó, aunque esta vez sin violencia, y le miró como si lo viera por primera vez.

– Comprendes madre.

La mujer recapacitó unos instantes y recordó que estaba hablando con él antes de olvidarlo.

– ¿Qué has hecho? -. Preguntó asustada.

– No lo sé madre...no sé lo qué me ocurre...pero puedo hacer que las personas ignoren mi presencia...Marlon no sabrá que estoy aquí si no quiero...hazle confesar...y así averiguarás si este juego cruel es como crees...

Valeria observó a su hijo y cabeceó.

– Es momento de poner fin a todo esto.

Marlon entró y saludó a Valeria con un gruñido. Iba sucio de carbón y se dirigió como siempre hacia el cubo de agua para lavarse. La mujer estaba de espaldas y cortaba una patata junto al fuego. Ni siquiera se percató de la endeblez de la mesa recompuesta rápidamente.

El hombre vio que quedaba muy poca agua en el cubo y en la jofaina, y gruñó de nuevo.

– No hay agua en el cubo, mujer -. Dijo con enfado.

– Ya lo sé. Ve tu mismo a por ella-. Puntualizó Valeria con tranquilidad.

– Cuando vengo a casa quiero tener agua para lavarme. Es lo menos que podrías hacer a cambio de mi gratitud -. Cogió el cubo molesto y lo soltó sobre el suelo para que su golpe incomodara a la mujer.

Valeria se volvió tranquilamente con el cuchillo de cortar las patatas en la mano. Sus ojos estaban alegres.

– De eso quería hablarte, Marlon. De tu gratitud -. Dijo serenamente.

– ¿Qué quieres decir, Valeria? Te recogí a ti y a tus hijos cuando colgaron a Randon...os he dado cobijo y comida. ¿No fue eso un gesto de gratitud? -. Extrañamente, el hombre se ponía a la defensiva. Dio un paso atrás.

– Sí, desde luego lo es...o lo parece, Marlon -. Respondió.

– No te entiendo, Valeria. ¿Qué ocurre aquí? ¿Has recibido alguna mala noticia de tus hijos desaparecidos?

Valeria controló su ira con tranquilidad.

– Mis hijos han desaparecido, Marlon, como desapareció Dunia... pero he estado pensando...¿no crees que son demasiadas desapariciones?

Marlon se frotó la barba del mentón y respondió con suspicacia.

– Sí, es cierto, Valeria. A mi entender, Dunia desapareció por culpa tuya...no le caías bien y no pudo resistir tenerte en casa...¡Bien que la busqué, ya lo sabes!, pero ¡Qué iba a hacer yo!...¡Dejarte en la calle con los niños! -. Gritó.

– ¿Y mis hijos, por qué han desaparecido? ¿Dónde están? -. Exclamó Valeria fingiendo dolor y desesperación, como si no pudiera resistir más la angustia que sentía. Marlon suspiró.

– ¡Te has vuelto loca, mujer! ¡Qué sé yo! Los buscamos, ¿recuerdas? ¿No nos pasamos semanas enteras buscándolos?-. Preguntó enfadado.

– Y yo aún continua haciéndolo Marlon.

– ¡Claro! ¡Tú sí! ¡Eres su madre! Pero yo no puedo estar toda la vida persiguiendo una quimera, mujer.... Comprendo que Ebrá se marchara... – dijo Marlon sosteniendo la mirada de Valeria con indiferencia -...tenía éxito en su trabajo y quizás quiso probar cosas nuevas...pero lo que no entiendo es como desaparecen dos niños pequeños así, sin más...¿quién los querría?

Valeria fingió dolor.

– ¡Hay familias que no tienen hijos y que los necesitan para trabajar! ¡Lo sé muy bien! ¡Tal vez ahora estén a mil millas de aquí! ¡Tal vez sean criados de algún terrateniente o de algún maldito noble necesitado de carne joven! ¡Secuestran niños, Marlon! ¡Los secuestran! -. Bramó desesperada.

– ¿Y qué culpa tengo yo, Valeria? -. Marlon alzó la voz más alto que ella -. Te he acogido, te he ayudado, os recibí en mi casa y me costó mi esposa,... - dijo fríamente - ...si no estás contenta de vivir aquí, puedes marcharte, no te necesito -. Sugirió.

Valeria bajó la mirada y no dijo nada.

– ¡Ah, claro! ¿Dónde ibas a ir? Acabarías de prostituta en cualquier sucio burdel...- dijo con desprecio.

Valeria le miró con rabia. No hacía falta disimular ante semejante comentario.

– Me marcharé, Marlon...- dijo con suavidad.

– ¡Pero mientras vivas en mi casa, quiero el cubo lleno! ¡Así que vete a llenarlo ahora mismo! -. Le ordenó mientras se sentaba en la banqueta, alzaba el cubo y la

miraba desafiante.

– ...pero no será antes de que haga justicia...- Añadió mientras el hombre se sentaba.

Marlon la observó sorprendido. Sin previo aviso, una cuerda se le enroscó en el cuerpo y le ató los brazos. Al debatirse, cayó de la banqueta, golpeó la mesa, que se descompuso fácilmente, y se dio un fuerte cabezazo en el suelo que le nubló la vista.

Al recuperar la visión, sus ojos se abrieron horrorizados pues había un joven frente a él mientras Valeria le miraba con el cuchillo de pelar patatas en la mano.

– No me reconoces, Marlon -. Dijo aquel joven que tenía horribles cicatrices en el rostro. - ¿No sabes quién soy? -. La voz le era extrañamente familiar. De pronto recordó y sintió un estremecimiento de pavor.

– ¿Ebrá?

– Sí, Marlon. Soy Ebrá y no he muerto...

– Te...- Susurró con voz descompuesta.

El joven comprendió al observar la súbita mirada de espanto de Marlon, que aquel hombre que les había refugiado en su casa, que le había enseñado y hablado con cariño, que había sido su amigo y el de su padre, le había traicionado, le había asesinado y echado al río para que los peces se lo comieran o cualquier miserable vendedor de cadáveres humillase su cuerpo, y sintió que la pena y la ira le embargaban por igual.

– No puede ser...- Añadió asustado.- Yo...

Valeria le propinó un fuerte bofetón.

– ¡Maldito! -. Rugió mientras lo levantaba con fuerza. La sangre le chorreaba de la boca. - Debería matarte ahora mismo...- dijo con rabia -...pero antes quiero saber porqué has esperado tanto.

Marlon esbozó una ligera sonrisa mirando a Valeria y a Ebrá alternativamente. Cualquiera, en su situación, hubiera estado temblando, pero él daba muestras de tranquilidad una vez había comprendido su fracaso. La frialdad con que habló estremeció al joven:

– ...y yo quiero saber cómo ha sobrevivido...- respondió.

Un nuevo bofetón sorprendió a Ebrá que se sintió asqueado por la violencia que desplegaba su madre con soltura, con naturalidad y sencillez.

– ¡No estas en posición de preguntar, maldito! -. Gritó.

Marlon tragó saliva sucia de sangre y se quedó mirando a Valeria con ojos desafiantes. La mujer suspiró y sonrió duramente.

- No me lo pongas difícil, Marlon. Sé que hablarás -. Le amenazó.
- Sé que puedes hacerlo, pero moriré antes de hablar.

Valeria negó y dijo con fiereza:

- Esto no conduce a nada, Ebrá. Acabemos de una vez con él.

Ebrá miró a los ojos de Marlon que le observaban con frialdad e indiferencia. ¿Cómo podía mirarle así? ¿En que clase de monstruo se había convertido o qué clase de monstruo era? ¿La indiferencia y el desprecio que leía en su mirada eran su verdadera naturaleza? ¡No podía creerlo! Le había engañado, embaucado, traicionado y finalmente intentado de asesinar. No merecía piedad ni compasión. Si no lo hubieran cogido por sorpresa estaba seguro de que les habría atacado con la misma violencia que mostraba Valeria en aquel instante. Pero se negaba a creer semejante actitud y vileza en una persona como Marlon. Su madre habló, y su voz monótona y tranquila le produjo un escalofrío.

- Los asesinos de Icelia somos pacientes y fieles hijo, podemos soportar cualquier tormento, cualquier esclavitud que se nos imponga para cumplir con nuestra misión. Marlon no hablará. No hay nada que hacer.

El hombre asintió suavemente con una sonrisa irónica y presuntuosa.

- El fracaso se paga con la vida, muchacho -. Dijo con serenidad y cierta dosis de crueldad.

Entonces, Valeria, sin más dilación, con el cuchillo de cocina que blandía, le cortó el cuello de un brutal golpe que hizo retroceder a Ebrá horrorizado por la absoluta frialdad con que su madre había cometido el crimen.

Marlon se desplomó de la banqueta mientras la sangre empapaba las baldosas y sus ojos se volvían vidriosos y vacíos.

- Madre...- Susurró Ebrá súbitamente asqueado .

Valeria soltó el cuchillo.

- Nos habría matado a la mínima oportunidad ahora que nos descubrimos.

Ebrá se sentó sin poder dejar de observar al cadáver que se desangraba.

- Hijo -. Valeria le puso una mano en el hombro.- Tenemos que irnos lejos de aquí. Podrían llegar otros como él.

El joven tragó saliva.

- ¿Y Crina y Saum?

- Tus hermanos estarán bien. No vamos a atraer sobre ellos el peligro ahora que los he liberado de mi pasado. Solo me quedas tú.

Ebrá la miró:

– Pero madre, ¿no vas a dejarme abandonado ahora que he vuelto, verdad?

Valeria negó. Era una posibilidad que no había contemplado.

– No hijo. Nos iremos, pero antes he de hacer una cosa, un acto que nos libere para siempre...- arrastró las palabras con pesar, como si lo que se proponía hacer fuera un sacrificio enorme, solo comparable al que había hecho su marido.

Ebrá no comprendía lo que su madre insinuaba.

– ¿Puedo ayudarte madre?

– No hijo. Lo que he de hacer solo me compete a mí.

– Madre. ¿Qué quieres hacer? ¿Vas a dejarme solo?

Valeria miró intensamente a los ojos de su hijo. Había abandonado su vida de asesina por él. ¿Cómo podía explicarle la angustia y el dolor que había sentido cuando le creía muerto? Ahora que lo había recuperado, no lo dejaría jamás.

– No voy a abandonarte Ebrá... - respondió con dulzura -...pero lo que he de hacer, lo he de hacer sola.

– Al menos, ¿dime qué vas a hacer? -. Insistió el joven que temía una acción desesperada.

Valeria se sentó y apartó un mechón rebelde de su rostro. Miró por un instante al cadáver de Marlon e hizo una mueca de disgusto. Luego, con voz resuelta, habló:

– La única manera de escapar de la sombra de la Emperatriz es matándola.

– ¡Madre! ¡Eso será muy peligroso! ¡Te matarán! -. Exclamó Ebrá asustado.

– Lo sé.

– Tendrá guardias privados, protecciones mágicas, adivinos, gente que te verá y querrá matarte.

– Sin duda, hijo. Pero yo conozco pasajes secretos por los que deslizarme sin que me encuentren. Ese era mi cometido. Nadie debía saber que yo era la Asesina Propia de la Emperatriz. Nadie conoce de mi existencia salvo a quién la Emperatriz se lo haya revelado. He estado pensando en ello desde hace muchas nieves, pero nunca me atreví a llevarlo a cabo. Ahora no me queda más remedio. Icelia debe morir. Es el único camino que me ha dejado.

Había determinación y valor en su voz. Valeria se levantó ágilmente.

– Yo te acompañaré -. Dijo el joven con firmeza. No sabía porqué pero confiaba en la resolución de su madre.

– Tu no -. Dijo Valeria tajante.

Ebrá hizo valer su cualidad. Por un momento, Valeria dudó de que no hubiera estado soñando con su hijo en vez de tenerlo en su presencia. Cuando reapareció, abrió los

ojos sorprendida.

– ¡Eh! Por un momento olvidé que estabas aquí conmigo.

– Quería demostrarte que puedo acompañarte. Nadie me recuerda, nadie sabe de mi presencia sino quiero. ¿Crees que no puedo acompañarte y ayudarte, madre?

Valeria asintió a regañadientes. No comprendía cómo su hijo había adquirido semejante cualidad pero reconocía su utilidad.

– Vendrás conmigo, hijo. Y luego nos marcharemos. No debería hacerlo pero tal vez sea la mejor opción que tengo. Pero antes vamos a librarnos de este despojo.

El Palacio Rojo era una inmensa construcción de cientos de hectáreas ubicada en mitad de la inmensa ciudad de Adentor, levantado y ampliado en numerosas ocasiones por reyes y emperadores para mayor gloria del Imperio. Contenía jardines públicos y privados, ágoras y teatros, centros de estudio y práctica, cuadras, halconeras y campos de adiestramiento, torres y palacetes y una cantidad descomunal de edificios tanto para la nobleza y los magos como para la servidumbre, los soldados y los guardias. Valeria se apoyó en la piedra granate y escarlata que formaba las murallas y suspiró: era el color de la sangre fresca o coagulada. Por la acera circulaban soldados distraídos y ciudadanos presurosos que no prestaban atención a una pobre mujer y al joven que la acompañaba. Tenían pinta de mendigos o de ciudadanos que han perdido su suerte y caído en desgracia. Si alguien se hubiese fijado en ellos más de unos segundos se habría percatado de que la mano de la mujer tanteaba las piedras con mucho cuidado, pero nadie hacía el más mínimo caso, pues seguramente pensaban que se apoyaba para descansar.

Llevaba bastante rato explorando sutilmente la pared cuando una sonrisa iluminó el rostro de Valeria.

– Prepárate hijo -. Le advirtió.

Antes de que el muchacho pudiera asimilar las palabras, la piedra se abrió y absorbió a la pareja con violencia.

Ebrá cayó al frío suelo pero se levantó de inmediato. Había sido arrojado a un lugar oscuro y húmedo en el que ni siquiera se escuchaba el sonido de la calle. En el silencio notó como su madre tocaba las piedras pues escuchaba roces y golpecitos. Al cabo de unos segundos hubo una chispa y una diminuta llama alumbró el rostro de la mujer. Sin duda, Valeria conocía el lugar o en aquella completa oscuridad nunca hubiera

encontrado la pequeña vela ni las piedras que había utilizado para encenderla.

– La dejé antes de salir hace mucho tiempo, Ebrá. Nadie ha entrado por aquí -. Aclaró y levantó la exigua llama para alumbrar las paredes húmedas. Luego la acercó al suelo para ver en estado se hallaba.

– ¿Nos habrá visto alguien, madre?

– Espero que no. Hemos hecho la transición muy rápido. Vamos, subamos por el pasadizo. No hagas ruido y mantente cerca de mi. Aunque es difícil que nos oigan, hay magos en este palacio que disponen de algo más que oídos y aunque no estén en guardia pueden notar nuestra presencia...

El joven siguió a su madre tan cerca como pudo. La mujer se había vestido con pantalones viejos y raídos y una desastrada camisa gris, y le había obligado a cubrirse como ella. Así, tenían el aspecto de pobres diablos que no representaban ningún peligro para los ciudadanos y los soldados. El pasadizo oscuro ascendía en pendiente envuelto en una negrura absoluta. La llama, un diminuto suspiro, no les permitía ver más allá de un palmo de sus narices aunque la mujer avanzaba segura y rápida, como si se conociese el camino de memoria. Mientras la seguía, Ebrá pensaba en que alguna cosa no cuadraba en la explicación de su madre: Icelia le había ordenado que matará a sus hijos y ella se había negado. Para escapar de ella, Valeria se había refugiado en el anonimato y había conseguido burlar su vigilancia. La Emperatriz había dejado pasar el tiempo sin incomodarla ni reclamar su obediencia. Podía ser que Valeria fuera una persona muy valiosa para ella, pero si la había desobedecido ¿por qué no eliminarla enseguida a ella primero? Se estremeció mientras la seguía. Era su madre, había renunciado a todo por ellos. Pero había algo extraño que le carcomía el pensamiento. La Emperatriz había urdido un plan complicado, un plan de vigilancia largo, sutil y cruel. ¿Por qué? Había hecho que Marlon se convirtiese en amigo de su padre únicamente con el fin de vigilarla. Habían transcurrido años sin que el espía y asesino actuase y solo en aquellos meses anteriores había intervenido, primero condenando a Randon y luego tratando de asesinarle a él. ¿Qué había hecho obrar a la Emperatriz? ¿Qué había cambiado para que Marlon ejecutase los designios de Icelia? Ebrá repasaba los acontecimientos y las explicaciones de Valeria mientras dudaba. Había algo más en su comportamiento que no le decía, una pieza desconocida que necesitaba descubrir para completar la verdad. Madre se había resistido a confesarla, ¿qué podría ser?

Ebrá se percató de que el pasadizo era bastante irregular, ya que se estrechaba en algunos lugares pues tuvo que agacharse para no golpearse la cabeza, y que en otros

se alzaba hasta alturas invisibles, aunque ascendía continuamente. En un momento determinado, Valeria se paró y acercó su rostro a la pared, como si a través de una rendija abierta en la piedra otease el otro lado del muro.

– Han quedado abajo las habitaciones de las Compañías -. Se retiró de la piedra y la luz iluminó su rostro.

– Madre. ¿cómo sabes que la Emperatriz estará en su alcoba? -. Preguntó Ebrá con suavidad.

– No lo sé con seguridad, hijo. No sé si duerme aún en el aposento hacia el que nos dirigimos ni si sus costumbres han cambiado -. Dijo con franqueza. - Cuando llegemos al dormitorio, lo sabremos. Si tenemos suerte, esperaremos a que caiga la noche y la Emperatriz esté sola. Siempre llevaba Compañías a su alrededor y, aún cuando se sentía segura, seguía siendo bastante desconfiada y previsora. Hace años que no la veo ni que me ordena misiones de viva voz, así que no sé si habrá cambiado sus hábitos, aunque no lo creo pues era reacia a modificar sus rutinas y era una anciana poco dispuesta a introducir cambios en su vida.

– ¿La conociste bien? -. Ebrá sintió curiosidad.

– Demasiado bien, Ebrá. Demasiado -. Respondió con pesar.

Valeria no estaba muy comunicativa. Debía ser difícil para ella matar a quien en un pasado había apreciado y servido con fidelidad.

– Madre...

– No me hagas más preguntas, hijo. En su momento te lo contaré todo. A partir de aquí, las palabras pueden viajar por la piedra. Has de permanecer en silencio absoluto hasta que te diga que ya puedes hablar.

Ebrá asintió sin abrir los labios. Podía ser cierto o no. No creía que su madre le mintiera pero era una estupenda manera de mantenerlo callado.

Caminaron durante mucho rato en aquella negrura pues la vela fue consumiéndose en la mano de Valeria. Ebra pensó que si no llegaban pronto la oscuridad les impediría avanzar rápidamente.

– Ya estamos -. Susurró Valeria y apagó la vela. La oscuridad les envolvió y Ebrá sintió un momento de pánico hasta que su madre le dio la mano. - No tengas miedo, hijo.

Ebrá notó que la mujer se acercaba a las piedras y las tanteaba.

– Sí, aquí está -. Tenía algo en la mano. – Esperaremos. Siéntate hijo. Permaneceremos en la oscuridad hasta que sea el momento adecuado.

– ¿Pero cómo sabes que es el sitio correcto? -. Preguntó el joven mientras se

sentaba con mucho tiento.

– No te preocupes, lo sé. La alcoba está vacía y la noche no tardará mucho en llegar. Icelia es anciana y no creo que le gusten las fiestas a su edad.

– Madre...

– No me hagas preguntas Ebrá. Esperaremos en silencio.

El joven obedeció. En aquella oscuridad escuchaba la respiración tranquila y pausada de su madre y sus pensamientos repasaban cuanto había sido su vida desde la ejecución de su padre. ¡Cuántas cosas habían cambiado! Había muerto y había matado; madre era una asesina única al servicio de la Emperatriz, padre había dado su vida por protegerlos y Marlon, su asesino, había muerto también a manos de Valeria. Dunia era el único peón que había escapado del tablero. ¿Qué sería de ella? Valeria no le había dado importancia alguna, pero si había convivido con Marlon, alguna cosa sabría. La había visto vestida con elegancia, viviendo en una mansión que no correspondía a sus ingresos y dominando a los criados como si lo hubiera hecho toda la vida. ¿Quién sería Dunia? Se preguntó.

Hacía frío en el pasadizo y Ebrá apretó las rodillas contra el pecho. Notó que Valeria le pasaba el brazo por el hombro y le acercaba a su pecho mientras susurraba: - Mi niño querido -. y le daba calor con su cuerpo.

Ebrá suspiró. Madre no había sido excesivamente afectuosa con él y el cariño que le había mostrado, había sido más distante que íntimo. Aquel medio abrazo era tan acogedor como amoroso, a la par que inesperado y agradable.

Pasó el tiempo.

– Voy a ver...- dijo madre y se levantó. Al poco dijo: - La Emperatriz está en la alcoba. Ha envejecido mucho. Las Compañías pululan a su alrededor como hacen siempre.

Ebrá se irguió en la oscuridad. No veía a su madre pero gracias a su voz se dirigió hacia ella. Tocó su espalda.

– ¿Puedo ver?

– No hijo. Tus ojos no están entrenados para ver a través del muro de inconsistencia de esta pared.

Ebrá suspiró con resignación. Madre también poseía alguna rara cualidad.

– Aún se la ve ágil y con malas pulgas. Acaba de abofetear a una Compañía. Sí, es ella aún -. Dijo Valeria con emoción contenida. - Las malas lenguas dicen que se ha vuelto loca, que Fabriella la domina y que sus hijas son marionetas en manos de la Condesa, pero no lo creo. Es ella la que toma las decisiones importantes, lo veo en su

porte, en el brillo de su frente, en sus maneras de moverse...

La voz de Valeria parecía fascinada y, a su vez, asqueada de estar en donde se encontraba aunque fuera para verla una última vez.

Ebrá esperó tras ella en silencio mientras escuchaba la descripción que le hacía Valeria de la alcoba, de los sentimientos divergentes que le producía la Emperatriz, de la rabia que sentía porque las cosas no hubiesen sido distintas.

– Se ha acostado. Ha despedido a las Compañías. Han velado algunas piedras iluminarias pero aún queda algo de claridad. No le debe gustar dormir a oscuras. Sopla la brisa. Esperaremos un poco más.

Se mantuvieron en pie. Valeria vigilaba, la respiración pausada y serena mientras que Ebrá comenzaba a ponerse nervioso. Habían llegado hasta allí. Pero ¿Y si algo fallaba? Morirían, de eso estaba seguro, y esta vez no habría milagro alguno que le permitiera sobrevivir.

Valeria le apretó la mano:

– No tengas miedo, hijo. Hemos llegado hasta aquí, la decisión está tomada. Tendremos éxito y ya nadie más nos amenazará. Tranquilo.

Los minutos o las horas que transcurrieron esperando fueron larguísimos para el muchacho. Había sido paciente en las plazas y los mercados, incluso en el hogar de Rudul, pero nunca había esperado con tanta ansiedad que el tiempo transcurriera más deprisa como en aquel momento.

– Vamos.

Madre tiró de él y de pronto se encontraron en una habitación ricamente amueblada, con una piedra iluminaria parcialmente velada que permitía ver bien aunque con dificultad. En la cama, el brillo de la Joya que ardía sobre la frente de la Emperatriz era más nítido y claro. Valeria caminó sobre la alfombra de lino con rapidez. Ebrá vio el fino estilete que llevaba en la mano como una línea de plata. Observó como se acercaba a la mujer que había gobernado su vida y un imperio durante décadas, la mujer que quería su muerte, como levantaba el arma y...

– Vienes a matarme Valeria.

La voz de Icelia, frágil y suave, pero firme, detuvo la mano de la mujer. Ebrá, de inmediato, inconscientemente, adoptó su cualidad. Aquello era un fracaso. ¡Les había descubierto!

Valeria se quedó paralizada con el estilete en alto, indecisa y desconcertada. La Joya iluminaba su cara.

– Ordenaste que mataran a mis hijos -. Dijo madre con rabia.

– Era necesario.

Ebrá escuchó la voz de la Emperatriz segura y tranquila de quién sabe que ha obrado con rectitud y justicia. Madre retrocedió e Icelia se incorporó en la cama.

La Emperatriz era una anciana de cabellos blancos y rostro arrugado en cuya frente brillaba la Joya esmeralda con intensidad, la Joya que la proclamaba dueña de Adentor, Única en el Imperio. Tenía los ojos grises, los labios tan finos que habían desaparecido de su rostro, las orejas grandes y la nariz pequeña en un rostro envejecido y demacrado.

– No era necesario. Siempre te obedecí. Cumplí todas las misiones que me encomendaste -. Replicó Valeria triste y desolada.

La charla alertaría a las Compañías pensó Ebrá envuelto en su halo de seguridad. ¿Qué hacía madre?

– Te necesitaba libre, no te quería atada a la correa de una familia, Valeria.

– No podías dejarme simplemente vivir mi vida. Una vez dijiste que me recompensarías...

– Vivías para mí. Incluso te hice mi heredera, ¿no te pareció suficiente recompensa?

Ebrá dio un respingo. ¡Heredera! ¡Esa era la pieza que faltaba! ¡Por eso no la había mandado asesinar! ¡Tal vez esperaba que gobernase Adentor tras su muerte! ¡Su madre podía haber sido la próxima Emperatriz! Se encontró temblando ante lo que escuchaba.

– Una Hija del Reino más... - dijo Valeria con desprecio.

– Sí. Pero la Hija del Reino con más posibilidades, Valeria. Muchas más que mis propias hijas Atenta y Germania. Cuando muera, la Joya elegirá, pero no hay ninguna Hija del Reino más digna que tú, obediente, fiel y valiente... -. Dijo la Emperatriz con satisfacción. Se mostraba tranquila y segura, fría y firme, como si supiera lo que iba a ocurrir y que nadie la iba a asesinar.

– Renuncié a ello, Icelia. No quiero ser Emperatriz, quiero ser madre de mis hijos...- susurró Valeria con pena. ¿Se estaba dejando vencer? ¿Habían llegado allí para nada?

– Tus hijos son importantes, sí, pero Adentor lo es mucho más -. Expuso la Emperatriz con vehemencia. - Son millones de vidas a las que debemos proteger ahora que el Tejedor de Muerte oscila hacia el Imperio. Algo le ha despertado, algo que nos llevará a una guerra muy larga en la que podemos vencer. Se necesitará una Emperatriz fuerte y valiente, cruel y decidida, y tu eres perfecta para ese puesto,

Valeria...

La mujer retrocedió un paso. Icelia se incorporó un poco más. Ebra la observó en silencio.

– ¿Tú querías que llegase hasta ti? -. Preguntó Valeria asustada de repente.

La Emperatriz rió suavemente y se retrepó en los cojines del respaldo de la cama. Irradiaba confianza y seguridad en sí misma.

– Como sino mantendría esta conversación contigo ahora mismo, mi querida niña -. La sonrisa de Icelia era amable, cálida, pero sus ojos la desmentían.

– ¿Sabías que vendría? -. Valeria retrocedió otro paso anonadada, impresionada y asqueada.

– No hay seguridad cierta en los actos de los seres humanos, Valeria, pero pensé en ti y en que si ordenaba que los planes tan largamente postergados se ejecutasen de inmediato, no tendrías más remedio que venir a matarme para impedirlos. Tu hijo mayor ha muerto y a tus hijos pequeños pronto los encontraré...tendrás que cumplir con tu obligación y gobernar el Imperio...nadie te lo impedirá cuando la Joya tome tu frente...

La Emperatriz le hablaba como una madre orgullosa y fiera, le trasmitía su herencia con satisfacción y firmeza.

Valeria negó y las lágrimas afloraron en sus ojos. Luego se aproximó a la cama y Ebra vio que una mezcla de rabia y cariño dominaba su rostro. Levantó el estilete temblando.

– No vas a matarme, Valeria. Hoy no. Debes gobernar un Imperio cuando yo muera, pero eso aún no va a ocurrir...

La Joya brillaba con más intensidad en aquella frente anciana. Algo ocurría en la alcoba. Valeria dejó caer el arma sobre las sábanas mientras Icelia sonreía. Bajó la cabeza y Ebra vio que las lágrimas se multiplicaban en su rostro. ¿Qué ocurría allí? Habían fracasado. Madre no iba a matarla. De alguna manera, la estaba dominando. La confianza y seguridad de su madre habían desaparecido envueltos en la luz esmeralda. Aquello era la sentencia de muerte para él y sus hermanos.

– Tus hijos morirán y tu serás Emperatriz de Adentor cuando yo me vaya -. Dijo con pausa, delicadamente. - Me encargaré de que la Joya te elija.

Valeria lloraba y miraba a la Emperatriz derrotada, incapaz de dominar su cuerpo y su destino.

Ebra sentía rabia hacia aquella maldita mujer que, con voz calmada y dulce, gobernaba la razón de su madre, sentía odio por la condena que había dictado contra sus hermanos, tan injusta y cruel como inmerecida, se sentía desconcertado por la astuta

forma en que la Emperatriz había conseguido llevar a su madre hasta aquella alcoba, sentía desprecio porque alguien tan poderosa fuera tan retorcida y malvada, y sentía que había de hacer justicia y liberar a su madre de aquel yugo de esclavitud que le ofrecía.

Sobre una mesa, las Compañías había dejado las agujas que le habían quitado del pelo a la Emperatriz. Cogió una. En sus manos se convertiría en un arma de un palmo de acero, fino, duro y afilado. Sentía asco y miedo por lo que iba a hacer. Pero no podía permitir que les quitaran la vida a sus hermanos solo por el capricho de una malvada mujer. Él no era un asesino aunque había acabado con Rudul, pero mataría a la Emperatriz allí mismo. Se acercó. Icelia miraba a la vencida Valeria con una sonrisa taimada y dulce, segura del control absoluto de la situación. ¿Madre había olvidado que él estaba allí? La Joya era un foco en la frente de la Emperatriz. No le advertía, no sabía que estaba allí, listo para matarla. Era una mujer repulsiva. El corazón le latía tan fuerte que le ensordecía. Alzó la aguja en silencio. Icelia hablaba, enredaba la razón de Valeria con un suave hechizo de palabras.

– ...el Imperio necesita una Emperatriz joven como tu, dispuesta a gobernar con mano dura y a enfrentarse a todos ellos... yo ya no estoy para salir de este palacio...me he vuelto vieja...

No pudo continuar. Ebrá clavó la aguja en su cuello, la extrajo y apagó su voz.

Icelia abrió los ojos espantada y emitió un quedo grito. La sangre brotó de la herida y se derramó por el pecho y el camisón mientras la Emperatriz se llevaba las manos a la herida. Valeria levantó la mirada y emitió un suave quejido de dolor y desconcierto.

– ¿quién...? -. Pudo aún preguntar.

La voz se apagó en sus labios mientras se derrumbaba sobre las sábanas rojas de sangre. Ebrá apareció ante ella. Sus ojos, que se apagaban, le miraron sin reconocerle.

– Soy el muerto que regresa... -. Dijo Ebrá viendo la sangre derramada y la vida que escapaba de aquella poderosa mujer. Incapaz de moverse, se quedó mirando como el intenso brillo de la Joya se apagaba en la frente de la anciana hasta que Valeria le abrazó por detrás. El arma cayó de su mano.

– Lo has hecho hijo. No creí que sería tan débil al final...- dijo mirando a Ebrá a los ojos. - Os hubiera perdido.

– Te ofrecía un Imperio a cambio de nuestra vidas, madre -. Ebrá se apartó de Valeria temblando de culpa. Había vuelto a matar. ¿Qué era él?

– Quería matarla, quería... juro que quería hacerlo...pero...hijo...no pude...no pude...-. Valeria derramó nuevas lágrimas.

Ebrá la abrazó y le habló al oído:

- No importa madre. Ha muerto y ya no nos hará daño. Marchémonos de aquí. Si alguien ha escuchado algo, vendrá y no me gustaría que te encontrasen aquí.
- Tienes razón, hijo. Aunque la alcoba esté protegida puede que alguna Compañía haya advertido la muerte de la Emperatriz. Vámonos...

Valeria miró el cadáver de Icelia y en sus ojos había tristeza y repugnancia, admiración y resentimiento. Luego, se miró las manos y a Ebrá, tomó su mano y se dirigió hacia el muro para entrar y alejarse de allí.

COMIENZO

- Saben, las honras fúnebres por la muerte de la Emperatriz Icelia van a durar dos meses -. Dijo el posadero.
- Lo sabemos -. Admitió Valeria. No tenía muchas ganas de hablar. Cogió la cuchara y se la llevó a la boca.
- ¿Adónde se dirigen? -. Preguntó el hombre con curiosidad.
- Lejos de Adentor. Si la Joya no encuentra pronto a una buena heredera no auguro tiempos de provecho en la ciudad -. Dijo el joven que la acompañaba.
- Seguro que la Joya elegirá bien. Icelia ha sido una buena Emperatriz.
- Es cierto, lo ha sido -. Dijo el joven que trataba de cubrirse el rostro horrible que tenía.
- ¿A qué se decidan? -. Preguntó el inquisitivo posadero.
- Somos comerciantes. Mi madre y yo viajamos por el Imperio para comprar vino de buena calidad. ¿Sabe si hay algún buen vinatero por aquí?
- ¡Oh, sí! Precisamente este vino que les he servido es de Carlo, puede que tenga dos buenos toneles para cambiar.
- Muy interesante. Gracias, señor. Ahora puede dejarnos solo, mi madre y yo queremos hablar.
- ¡Oh, sí, sí! Naturalmente. Si necesitan algo más no duden en pedírmelo.
- Así lo haremos.

El posadero se alejó satisfecho de poder sacar una buena comisión si su amigo trocaba el vino.

Valeria dijo en voz baja:

- Aún no estamos seguros, hijo. Los magos sabrán la verdad, aunque no sé si nos perseguirán.
- No lo harán, madre. - Dijo Ebrá con confianza. - El corazón me dice que no lo harán.
- ¿Y qué haremos nosotros cuando recuperemos a tus hermanos, Ebrá?

El muchacho sonrió, tomó la mano de su madre y respondió:

- Buscar una nueva vida.

